

Basado en el juego de ordenador nº1 en el mundo

LEGADO DEL VACIO

RELATOS



STARCRRAFT
LEGACY OF THE VOID

MATT BURNS - MICKY NIELSON - JAMES WAUGH



Lectulandia

Serie de relatos previos al lanzamiento de la tercera expansión de Starcraft II.

Descubrid la historia que se oculta tras StarCraft II: Legado del Vacío, que comienza con «*Ascensión*», un siniestro aunque revelador relato sobre las vidas y andanzas de los protoss tal'darim.

Lectulandia

AA. VV.

Legado del Vacío, Relatos

Relatos Starcraft - 1

ePub r1.0

Titivillus 01.09.17

Título original: *Legado del Vacío, Relatos*

AA. VV., 2015

Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

STARCRRAFT
LEGACY OF THE VOID™



ASCENSION

ROBERT BROOKS

PRIMERA PARTE

Un guerrero tal'darim se verá sometido a una dura prueba de fe, y tendrá que recurrir a la astucia y al engaño en su camino hacia la Ascensión.

Alarak se detuvo en el camino sombreado que serpenteaba entre los acantilados negros. La piel le escocía. «Imposible». Solo era el mediodía, pero aun así había terrazine en el aire.

Allí. En el acantilado del oeste. Volutas de neblina violeta —gas terrazine— emanaban de una reciente grieta irregular que descendía por la cara del acantilado. Un temblor debía de haber roto una bolsa de gas subterránea. Una pequeña. Este regalo no duraría mucho. Alarak se adentró en la niebla de terrazine y levantó los brazos, las palmas hacia arriba, dejando que el aliento de la creación lo envolviera.

Penetró en su piel.

Fluyó por sus venas.

Expandió su mente.

Lo acercó más a Amon. Al Dios Oscuro.

Alarak podía sentir la voluntad de Amon, su gélido propósito, el oscuro latido de su corazón justo debajo de la quebradiza piel de este universo, una telaraña de venas en expansión dentro del vacío que palpitaba con expectación. El golpe maestro definitivo contra el corrupto ciclo estaba próximo. Alarak y el resto de los protoss elegidos, los forjados —los tal'darim—, solo tenían que esperar un poco más.

«La ascensión está próxima», había prometido Amon.

Pero la brisa no tardó en disipar la niebla arremolinada. Las oleadas de placer solo duraron unos instantes más.

No emanaría más terrazine hasta la puesta de sol. En ese momento, inundaría toda la atmósfera, como hacía cada noche. ¿Por qué? Esa era la voluntad de Amon. Todos los tal'darim de Slayn, ya fueran de clase alta o baja, quedaban sumergidos en su gloria hasta que el sol se elevaba y su regalo se desvanecía. Cada noche, todos los tal'darim eran iguales ante su oscura mirada.

Pero no durante el día. Bajo la luz del sol, cada uno tenía que ganarse su lugar. Tal era también la voluntad de Amon.

Detrás de él, se oyó el crujir de fragmentos de roca bajo unas pesadas botas.

—Maestro Alarak. —Era su subordinada Ji'nara, que se acercaba a él con cautela—. Se requiere tu presencia.

Ella era la quinta ascendiente. Él era el cuarto, un eslabón por encima en la cadena de ascensión. Un día, ella intentaría asesinarlo.

«Pero probablemente hoy no», pensó Alarak. No se molestó en darse la vuelta.

—Puede esperar —respondió. Quería inspeccionar el lugar en busca de más bolsas de terrazine. «Si emanara más gas aquí durante el día...».

—No, no puede —dijo ella—. Me envía el maestro Nuroka. Desea hablar contigo.

—De acuerdo. —Como cuarto ascendiente, Alarak no podía desobedecer al primer ascendiente Nuroka más de lo que podía desobedecer a Amon—. ¿Dijo por qué?

—Ha desafiado al gran señor Ma'lash a un *Rak'Shir* —respondió Ji'nara—. Uno de los dos morirá mañana.

El silencio llenó el desfiladero. Alarak no reaccionó ni hizo movimiento alguno. No podía. Era como si todos sus pensamientos se hubieran congelado al instante.

«Imposible».

¿Estaba mintiendo? No. De ninguna manera. Ji'nara era astuta, pero no irresponsable. Si estuviera mintiendo, Alarak la destriparía y arrojaría su cadáver a los hambrientos zoanthisk. Ella ya le había visto hacerlo con otros subordinados. Tenía que ser verdad.

—Interesante —respondió. Decidió guardarse el resto de sus pensamientos. Al igual que ella se guardaba los suyos—. ¿Lo sabías?

Alarak se dio por fin la vuelta para escrutar su expresión.

—Sí —dijo ella. Era mentira, por supuesto.

Rak'Shir. Hacía meses que no se celebraba ninguno entre los tal'darim de alto rango. Los planes de Amon estaban a punto de fructificar. Cuando lo hicieran, todo tal'darim viviente alcanzaría la gloria bajo el nuevo orden de Amon. ¿Desafiar al Gran Señor a un combate a muerte? ¿Ahora? Era una locura. «¿Por qué querría Nuroka...?».

Ji'nara lo observaba con atención. Las siguientes palabras de Alarak determinarían si ella participaría en el ritual.

Sus miradas se encontraron.

—¿Lucharás mañana? —inquirió Alarak.

—Quizás —respondió ella.

—Será muy interesante. El gran señor Ma'lash no permite que sus contendientes mueran rápidamente —dijo Alarak. «Hay que poner fin a esto», se dijo. Si demasiados ascendientes se unieran al combate... si demasiados líderes tal'darim murieran, el caos podría retrasar los planes de Amon durante meses. O décadas. Alarak no ganaría nada con eso. «Si Ji'nara se queda fuera, nadie que esté por debajo de su rango osará participar. No en un *Rak'Shir* tan inesperado». Su tono de voz se tornó amenazante—. Disfruta como espectadora. Detestaría tener que asesinar a alguien con tus capacidades.

Ella no pareció reaccionar. Solo el ligero temblor de sus hombros bajo la negra y picuda armadura delataba sus emociones.

—Lo entiendo —dijo con tono inexpresivo. Y era evidente que así era. Ji'nara no

pelearía mañana—. El maestro Nuroka ordena que vayas a sus aposentos.

—Muy bien —repuso Alarak mientras la despedía con un gesto brusco.

Ji'nara se fue sin decir más mientras le lanzaba una mirada por encima del hombro. Ella hablaría. Eso era bueno. Alarak quería que los demás creyeran que se uniría al combate. Pero no quería que nadie supiese a favor de quién. Cuanto más confusos estuvieran, mejor.

Eso ocultaría la confusión que él mismo sentía.

Alarak salió del desfiladero por el mismo camino angosto que lo había llevado hasta allí. No estaba lejos del puesto de avanzada tal'darim, pero tendría suficiente tiempo para pensar.

Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Quién participaría en el combate? ¿Por quién lucharían?

¿Y a cuántos sería capaz de matar Alarak?

SEGUNDA PARTE

La voluntad de Amon era simple.

«Alzaos. Más alto. Siempre más alto.

»O caed para siempre».

Alarak siempre había apreciado la claridad. La sagrada cadena de ascensión partía de Amon y cada tal'darim constituía un eslabón de la misma. Uno obedecía a los eslabones que estaban por encima de él, y mandaba sobre los que estaban por debajo.

Sencillo.

¿Y si deseabas llegar más alto? ¿Siempre más alto? Pues desafiabas al eslabón por encima de ti. *Rak'Shir*. El más fuerte perduraría, mientras que el eslabón más débil desaparecería y el conjunto de los tal'darim se volvería más poderoso. Sencillo.

Por supuesto, no siempre era así de simple. En las cuestiones de vida o muerte, nada lo era. Alarak también apreciaba eso.

En el *Rak'Shir*, otros podían luchar en tu lugar. Muchos otros. No había límites. Cualquier número de tal'darim, de cualquier rango, podía unirse a ti o luchar contra ti. Algunos rituales habían sido duelos individuales entre dos combatientes. Otros incluían a miles de aliados en cada bando. Tras el recuento de muertes en esos grandes combates, quedaban numerosas vacantes en la cadena sagrada. Era posible ascender cinco, diez o un centenar de eslabones. De hecho, este era el modo que Alarak había empleado para ascender rápido. Ni siquiera los elegidos de Amon eran inmunes a la vanidad y el orgullo. Con un pequeño empujón, Alarak había convencido a muchos ascendientes que ocupaban puestos elevados en la cadena para que participaran con confianza en el *Rak'Shir*. Todos se habían dado cuenta demasiado tarde de que lo había dispuesto todo para su muerte a manos de un enemigo que los superaba en número.

La mayoría de los desafíos se gestaban durante mucho tiempo. Uno tenía que asegurarse de que llevaba las de ganar. A menudo, los rituales venían precedidos por meses de tensiones e intrigas mientras ambos bandos reunían tantos aliados como podían.

Pero no hoy. No había tiempo.

Alarak sintió un escalofrío. ¿Era ese el plan de Nuroka? Tenía que serlo. Nuroka tenía una perspicaz mente de estratega. Solo un mes antes, había demolido el puesto de avanzada del Dominio terran en un sistema cercano. Aprovechó los huecos en sus defensas con tanta rapidez que los humanos jamás tuvieron tiempo de enviar una sola señal de socorro antes de que las cuchillas rojas de los tal'darim se hundieran en sus gargantas.

Esta era la misma táctica. Un ataque en el ángulo muerto del enemigo.

«Yo soy el blanco», comprendió Alarak. Su superior directo, el tercer ascendiente

Zenish, era una bestia. Carecía del sentido de la estrategia. Por encima de él estaba la segunda ascendiente Guraj. Era terriblemente astuta, pero no se le daba bien reunir aliados. Prefería intoxicar las mentes de las facciones rivales, haciendo que se pudrieran desde dentro y se enfrentaran entre ellas en vano. Pero aquí, cerca de la cúspide de la cadena, más que facciones que corromper, había ambiciones individuales.

Entre los ascendientes, solo Alarak era capaz de embaucar y manipular a los aliados. Todos los demás poseedores de esas habilidades habían muerto. Alarak se había encargado de ello.

El camino que recorría el angosto desfiladero llegó a su fin, y la blanquecina grava bajo las botas de Alarak dio paso a la roca sólida, ennegrecida por siglos de hollín e inmundicia. Había sido así al menos desde que las últimas selvas de Slayn se habían asfixiado bajo la niebla nocturna de terrazine —en opinión de Alarak, un pequeño precio a pagar a cambio de la bendición del aliento de la creación—. Ante él se alzaban los edificios de los tal'darim, insolentes y poderosos, un testimonio de su disposición para la guerra, no como los vanidosos monumentos de los templarios. «Necios, todos y cada uno de ellos», pensó. Los tal'darim conocían el valor del dolor. El conflicto era la esencia de la vida. Solo los ignorantes osarían suavizar esa verdad con resplandecientes ciudadelas y un falso sentido de la unidad.

En pocos minutos, Alarak había llegado al extremo del puesto de avanzada. Era primera hora de la tarde. Numerosos protoss de baja clase se escabullían entre los edificios mientras llenaban el aire con un rumor de excitación. Para ellos, este *Rak'Shir* no era más que puro entretenimiento. No hablarían de otra cosa hasta que hubiese terminado.

Alarak caminó entre ellos. Se apartaron a su paso.

Los aposentos del primer ascendiente Nuroka no estaban lejos. La entrada daba a una calle; no había posibilidad de entrar a hurtadillas. Los demás verían a Alarak, y hablarían. «La segunda y el tercer ascendiente se enterarían de la reunión». Alarak se preguntó si podría utilizar eso a su favor.

Una oleada de calor y humedad envolvió a Alarak al entrar. Imitaba el clima del mundo donde nació Nuroka. Al primer ascendiente nunca le había gustado el clima duro y seco de este lugar. La puerta se cerró detrás de Alarak. Se arrodilló. Nuroka no estaba en la habitación, pero sí cerca, y había que respetar ciertas formalidades, incluso en vísperas del *Rak'Shir*.

—Obedezco y sirvo —dijo Alarak de forma automática.

—Llegas tarde —dijo Nuroka. Aún no estaba en la sala, pero sus palabras sonaban con claridad.

—Mis disculpas, maestro.

—¿Has hablado con Guraj o con Zenish hoy?

Alarak contuvo un amago de irritación. «¿Y tú?». Eso es lo que Alarak quería saber. ¿Habían llegado ya a algún tipo de acuerdo? ¿Alguno de ellos había jurado

lealtad a la causa de Nuroka? Sin la respuesta a esas preguntas, Alarak se uniría a ciegas al *Rak'Shir* de mañana. Pero no valía de nada preguntar porque no se podía confiar en las respuestas. —No— fue todo lo que dijo Alarak.

Nuroka entró por fin en la habitación. Debido a la escasa luz que penetraba a través de las pequeñas ventanas del edificio, Alarak tardó unos instantes en comprender lo que veían sus ojos. El primer ascendiente no iba ataviado con la armadura tradicional de los ascendientes. Llevaba una simple túnica gris.

Una túnica manchada de sangre fresca.

Alarak se puso en pie de un salto y activó sus cuchillas. «¡Asesinos!». —¿Cuántos te han atacado? ¿Quiénes eran? «Eran los nerazim. Tenían que serlo. ¿O era el Gran Señor? Enviar a alguien para matar a su contendiente...».

—¿Acaso te he dado permiso para levantarte, cuarto ascendiente? —Nuroka parecía jovial en lugar de alarmado.

Durante un largo instante, solo las brillantes cuchillas de Alarak se movieron. Después Alarak dejó que se apagaran y se arrodilló de nuevo. El frenético latir de su corazón comenzó a ralentizarse. —Te pido disculpas, maestro— dijo con cuidado.

Nuroka lo obligó a permanecer arrodillado más tiempo del necesario. —Puedes ponerte de pie— dijo al fin.

Alarak sintió que la irritación bullía en su interior. La mantuvo allí, profundamente enterrada, y se irguió sin rechistar. —¿Qué ha ocurrido, primer ascendiente?

—Necesitaba mandar un mensaje. —Nuroka se remangó la túnica dejando al descubierto heridas frescas y ensangrentadas.

—¿A quién?

—Al Gran Señor y a Amon.

Alarak mantuvo una expresión neutral. Las heridas de Nuroka eran rectas y uniformes, y mostraban unos cuadrados perfectos allí donde la piel había sido arrancada. Los cortes no mostraban ningún indicio de vacilación. «¿Nuroka se había hecho eso a sí mismo?». Eso explicaría mucho. Nuroka había propuesto de forma tan inesperada celebrar un *Rak'Shir* porque había enloquecido.

—No. No he enloquecido —dijo Nuroka con frialdad.

Alarak se maldijo a sí mismo. «¡Mantén ocultos tus pensamientos, necio!». Al menos no había Khala que revelara sus emociones. Alarak no sabía cómo los templarios podían soportar semejante existencia. —No lo entiendo, maestro. ¿Qué estás haciendo?

Pequeñas gotas de la sangre azul de Nuroka cayeron al suelo, emitiendo un ruido sonoro y húmedo al chocar con la piedra. —Quiero que todo quede claro mañana—. Un humor negro impregnaba sus palabras. —Quiero desenmascarar al gran señor Ma'lash, aunque no vivirá lo suficiente como para sufrir como es debido. Dejé que las mangas de la túnica cayeran de nuevo—. Cuando era joven y de rango bajo, tallé las palabras de Amon en mi cuerpo. ¿Y tú?

—No —dijo Alarak.

—¿Porque dudabas de Él?

—No —repitió Alarak. Nunca le había visto el sentido, ni siquiera cuando era un devoto de rango bajo. Existían otras formas de mostrar fervor por las enseñanzas de Amon.

Nuroka recorrió con los dedos el lugar que antaño ocupaban las palabras grabadas sobre su piel.

—«Servidme y gobernad. En el día de la ascensión, el ciclo corrompido llegará a su fin. En el día de la ascensión, os alzaréis por encima de todos los maestros». ¿Recuerdas esas palabras?

—Por supuesto. Y el resto. «Alzaos. Más alto. Siempre más alto...».

Nuroka miró fijamente a los ojos a Alarak. —Entonces, ¿por qué crees que me las he quitado?

La herejía se respiraba en el ambiente. Alarak sabía que lo estaban empujando hacia ella. —No lo sé— respondió.

—Porque el día de la ascensión que esperamos jamás llegará —dijo Nuroka—. Y por eso necesito tu ayuda. Mañana gobernaré sobre los tal'darim. Y cuando lo haga...

Tú me ayudarás a matar a Amon.

TERCERA PARTE

Alarak se enorgullecía de su autocontrol, su paciencia y su circunspección. Por eso le sorprendió verse a sí mismo saltando hacia el cuello de Nuroka, con las cuchillas encendidas y dispuestas a rajarlo.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó su mente.

«¡Matar al traidor!», cantó su corazón.

Era la oportunidad perfecta. Nuroka no llevaba armadura ni arma que Alarak pudiera ver, así que el cuarto ascendiente agitó sus cuchillas hacia abajo y...

... Se lanzó...

... Y se estampó contra la pared orientada hacia el este de la estancia con un sonoro cabezazo. Cayó al suelo con violencia, pero logró incorporarse y adoptar una pose defensiva.

«¡Imbécil!», aulló su mente.

Esta vez, su corazón no respondió. Nuroka estaba tres eslabones por encima en la cadena sagrada. Jamás habría llegado hasta allí si no fuera un luchador temible. Y Alarak acababa de atacar a un superior fuera del *Rak'Shir*. Era uno de los delitos más graves que podía cometer un tal'darim y se castigaba con la muerte. Una muerte larga, dolorosa y pública. Aun así, a Alarak le temblaba todo el cuerpo mientras resistía el impulso de cortarle la cabeza al primer ascendiente por blasfemo.

Nuroka lo observó con calma y esperó. No tenía armas. No las necesitaba. Había lanzado a Alarak al otro extremo de la estancia con la única ayuda de sus manos.

Alarak abandonó su pose y dejó que sus cuchillas desaparecieran de nuevo. —Te has vuelto loco— dijo.

—¿Cómo matarías tú a Amon? —preguntó Nuroka.

—Te has vuelto loco.

Nuroka ignoró el comentario. —Dime cómo.

—Amon no puede morir —repuso Alarak. «Hereje lunático...».

Se contuvo, pero después le sobrevino un nuevo pensamiento. «Esto es una prueba». Tenía que serlo, ya que Nuroka no parecía estar loco. No, sus ojos no tenían ese destello. Simplemente estaba probando la lealtad de Alarak a Amon de una forma dramática. Alarak se aferró a ese pensamiento. —Sería más sencillo destruir cada estrella de la galaxia— dijo. Amon nos da la vida. Comparte con nosotros el aliento de la creación. ¿Qué harían los tal'darim sin su orientación?

La mirada de Nuroka era fría e inmutable.

—Libres. Sin Amon, los tal'darim serían libres —respondió.

—Libres de morir con los otros herejes. —La incertidumbre comenzó a invadir la mente de Alarak como si de un parásito se tratase. Alarak solo detectaba sinceridad en las palabras de Nuroka—. A menos que creas que esas marionetas templarias

pueden oponerse a él.

«¿De verdad querría...? No. Esto es una prueba».

—Seremos libres cuando Amon triunfe. Seremos nuestros propios amos. Esa es la promesa de Amon.

La respuesta de Nuroka iba cargada de sorna:

—¿Recuerdas las órdenes del *Rak'Shir*? «Derrotad a vuestros maestros o sucumbid ante ellos».

—¿Qué pasa con eso?

—Esas no son las verdaderas palabras de Amon. Fueron tergiversadas por Ma'lash y por los grandes señores que lo precedieron. —Los ojos de Nuroka refulgieron de color violeta. El color del gas terrazine—. Anoche, cuando el aliento de la creación se elevó, me adentré mucho más allá del velo. Vi la verdad.

—¿Cómo?

—El gran señor Ma'lash admitió una vez que ni siquiera él conocía todos los secretos de Amon. Yo me sumergí en el vacío. Traté de conocer los pensamientos ocultos de Amon. Quería vislumbrar la gloria que nos prometió. —La túnica de Nuroka estaba cada vez más empapada de sangre, como si su ira se estuviera derramando. Su corazón debía de latir aceleradamente a causa de la ira—. Descubrí más de lo que imaginaba. Amon había bajado la guardia. Sus expectativas de victoria habían reemplazado su cautela. —Nuroka caminó lentamente hacia Alarak—. Estas fueron las verdaderas palabras de Amon: «Derrotad a vuestros maestros o alzaos por encima de ellos».

Alarak se mantuvo firme mientras Nuroka se cernía sobre él.

—Eso no significa nada.

—Amon no ve la muerte como un fracaso. La ve como el ideal más elevado. Lo he visto en su corazón. —Los ojos de Nuroka centellearon—. ¿Qué nombre le dio a nuestra arena de duelos? Los Pozos de la Ascensión. Se burla de nosotros. Amon no honra a los ganadores, rinde homenaje a los perdedores. Ellos son quienes ascienden ante sus ojos. Nos hace despedazarnos unos a otros porque ese es su plan.

Alarak no dijo nada. Si Nuroka no lo estaba poniendo a prueba, debía ocultar sus verdaderos pensamientos.

En cualquier caso, Nuroka pareció presentirlos. —No me crees.

Alarak respondió con cautela:

—Amon es incognoscible. Cuando tocaste sus pensamientos, no viste la verdad. Tu mente los interpretó de forma incorrecta.

—No había nada que interpretar. Estaba claro: la ascensión de Amon es nuestra destrucción. Su plan es eliminar todo lo que los Xel'Naga crearon, y eso nos incluye a nosotros. Quiere reducirnos a todos a polvo, junto con todos los planetas y estrellas. Ese es su último propósito, y ese necio de Ma'lash lo sabe. —Nuroka se inclinó más hacia Alarak—. Tú aún no has tocado el corazón oculto de Amon, pero piensa en lo que quiere: el fin de este ciclo, el fin de la vida... ¿Por qué nos salvaría de ese

destino?

Alarak no tenía ninguna respuesta. Así que cambió de tema. —¿Qué dijeron Zenish y Guraj sobre esto?

La irritación se dibujó en el rostro de Nuroka mientras daba la espalda a Alarak. —No les dije nada. No tienen imaginación. No como tú.

Alarak no fue capaz de disimular su ira al responder. —Yo tampoco sé cómo matar a Amon.

Nuroka se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la sala mirando de nuevo hacia Alarak. La irritación del primer ascendiente había dado paso a una expresión divertida. —Aún no.

—Jamás —dijo Alarak.

—¿Qué haría falta? —presionó Nuroka—. Si la muerte de Amon supusiera tu supervivencia, ¿cómo lo harías?

Alarak caminó hacia la puerta. Ya era hora de que se fuera. —Adiós, Nuroka. No creo que volvamos a hablar de nuevo. El gran señor Ma'lash es mucho más fuerte que tú.

—Un paso más y te mataré. —Nuroka no movió un músculo, pero Alarak se detuvo de todos modos. Las palabras del primer ascendiente contenían una promesa glacial—. Es una orden directa. Dime cómo matarías a Amon.

Alarak se planteó por un momento desobedecer. Nuroka estaba desarmado, pero era peligroso. En caso de que estallara la violencia entre ellos, Alarak podría perder. Podría...

—¿Puedo sentarme, maestro? —Ya habría suficiente tiempo mañana para la violencia. Nuroka señaló el suelo y Alarak se sentó delante de él—. Me estás pidiendo lo imposible. Amon es del vacío. No puede ser asesinado.

La mirada fija de Nuroka no vaciló.

—Asesinado, destruido, desterrado... Elige la palabra que más te guste. ¿Cómo librarías para siempre a los tal'darim del influjo de Amon? Pero deja que sea claro —dijo antes de que Alarak pudiera responder—, estoy hablando contigo porque sé quién eres de verdad.

Nuroka entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rendijas brillantes.

—Sé lo que hiciste hace cuatro años. Cuando te hicieron ascendiente.

Alarak se quedó petrificado. Cuatro mil combatientes en un único *Rak'Shir*. Ochocientos muertos. Había mantenido oculta su participación. Muy oculta. Ni siquiera había participado en el ritual. Por lo que él sabía, nadie sospechaba que hubiera formado parte de ello.

—No sé de qué estás hablando.

—Ni yo tampoco. Al menos, hasta anoche. Amon sabe exactamente lo que hiciste —hizo una mueca—. Me pareció curioso. Una sección entera de nuestros mejores líderes, aniquilada. Nuestra flota, sumida en el caos durante meses. Los propios planes de Amon, retrasados. A él no le importaba. Ni tampoco a ti. Ese día ascendiste

de eslabón en la cadena, por eso tienes que responder a mi pregunta. Los tal'darim consideran la cadena como un propósito sagrado, pero tú la ves como un juego, y si llegaras hasta la cima, no quedarías satisfecho de servir a Amon. ¿Cómo lo derrocarías?

«No podría». Pero la pregunta resultaba fascinante. Solo desde un punto de vista teórico, claro está.

—Tendrías que dirigirte al vacío. Si resulta posible asesinarlo, tendría que ser allí. —Un lugar donde Amon pudiera manipular la materia. Alarak no podía ni imaginarse a sí mismo dando más de tres pasos allí sin el consentimiento de Amon—. ¿Lo ves? Es imposible.

—Difícil, pero no imposible —respondió Nuroka—. Pero tendrás tiempo de hallar una solución cuando seas el primer ascendiente.

Tras esa extraña e inesperada conversación, Alarak había empezado a pensar que no habría más sorpresas. Estaba equivocado.

—¿Cómo?

—Cuando venza en el ritual, me convertiré en Gran Señor. Necesito a alguien con tu instinto para desafiar a Amon. Zenish y Guraj no sirven, así que los matarás. Si alguno de los dos sigue con vida mañana, te enfrentarás a ellos. Yo seré tu aliado, así que no será difícil.

Alarak dejó patente su escepticismo.

—Puede que se alíen contra ti mañana. En ese caso, no hay nada que yo pueda hacer.

Solo había tres comodines, Alarak, Zenish y Guraj, así que no sería un combate igualado. Si los tres se unían al ritual, uno de ellos se enfrentaría a los otros dos ascendientes. Una sentencia de muerte.

—Entonces, haz un trato. No me importa cómo —dijo Nuroka—. Convince a uno de ellos para que se una a nosotros. Eso es lo que se te da mejor. —El primer ascendiente cerró los ojos con expresión satisfecha. Adoptó una pose relajada y se dispuso a meditar antes del combate del día siguiente—. Y si decides abstenerse de pelear y yo sobrevivo, te mataré con mis propias manos. Y tu muerte será lenta, ¿queda claro, cuarto ascendiente?

—Sí.

No había nada más que decir.

—Entonces, vete.

Alarak le hizo caso.

En una hora, el sol se puso y el terrazine se elevó en el ambiente. Todos los tal'darim se bañaron en la gloria de Amon y se deleitaron con la promesa del ritual al amanecer. Alarak se pasó la noche pensando. Planeando.

Decidiendo.

CUARTA PARTE

Pasó la noche, y el terrazine comenzó a disiparse con los primeros rayos de sol que surcaron el horizonte. Había llegado la hora. Miles de tal'darim se habían reunido al borde de los Pozos de la Ascensión y permanecían en silencio. Esperando.

El terreno ocupaba una enorme extensión, lo bastante grande como para albergar una flota de portanaves. En cada extremo se abría un enorme y profundo pozo que se hundía en el abismo y que servía de lugar de descanso final para los vencidos. Aquellos que cayeran en el *Rak'Shir* no dejarían de hacerlo hasta que llegaran al centro fundido del mismísimo planeta, un viaje que parecería durar una eternidad.

Alarak llegó poco antes del amanecer. El gran señor Ma'lash levitaba un palmo sobre el suelo cerca del pozo oriental mientras acumulaba poder, su rostro oculto bajo la puntiaguda máscara de acero mientras la energía roja chisporroteaba a su alrededor. El primer ascendiente Nuroka estaba sentado cerca del pozo occidental. Seguía sin llevar armadura, tan solo su túnica ensangrentada. Un detalle que era motivo de discusión entre los espectadores.

Ni siquiera Ma'lash pudo resistirse a comentarlo.

—Una lástima. Esperaba ser el primero en derramar su sangre. —Se aseguró de que todo el público pudiera oír sus palabras—. Pero, al menos, en eso de verlo sangrar el primer ascendiente y yo estamos de acuerdo.

Entre los pozos se encontraban los únicos tal'darim que superaban en rango a Alarak: la segunda ascendiente Guraj y el tercer ascendiente Zenish. Ambos miraban a Alarak. Sin duda se habían enterado de que Nuroka lo había convocado la noche anterior, y se preguntaban a qué clase de acuerdo habrían llegado.

Alarak evitó sus miradas. Se dirigió hacia los espectadores, con cuidado de mantenerse lejos de los Pozos de la Ascensión. Divisó a la quinta ascendiente Ji'nara y se colocó junto a ella, no sin causarle cierta sorpresa. —¿Listo para disfrutar del espectáculo?— preguntó Ji'nara de forma mordaz. Alarak no respondió.

—«Alarak». —Era Nuroka. No miraba a Alarak, pero le seguía hablando en privado. Nadie sabría que hablándose comunicaban—. «¿Qué estás haciendo?».

Alarak no dijo nada.

—«Cuarto ascendiente, eso era una orden. Respóndeme».

Alarak seguía sin decir nada. Amanecería en pocos minutos, y él seguía fuera de la arena. Guraj y Zenish empezaron a sospechar que Alarak no participaría en este *Rak'Shir*, y quedaron estupefactos ante la idea de que el gran oportunista Alarak fuera a dejar caer su suerte en manos de otros.

La mente de Nuroka le hizo llegar una amenaza. —«Te advertí de lo que ocurriría si me traicionabas»— dijo furioso.

Alarak respondió por fin: «No te prometí nada, y no he traicionado a nadie: no he

hablado con Guraj, ni con Zanish, ni con el Gran Señor».

—«Declárame tu lealtad, Alarak. Ahora».

En respuesta, Alarak se sentó. Nuroka no pudo reprimir su ira.

—«¿Vas a aliarte con Amon? Él nos traicionó. Quiere vernos a todos muertos. ¿De verdad eres tan necio?».

—«No soy ningún necio» —dijo Alarak mientras se concentraba en Guraj y en Zenish—. «Saben que hablaste conmigo y que no lo hiciste con ninguno de ellos. Así que se habrán aliado en tu contra. No puedo derrotarlos a los dos, primer ascendiente».

—«Así que ahora no tengo ningún aliado».

—«¿No?» —preguntó Alarak.

Guraj y Zenish estaban midiéndose el uno al otro. Las manos de Zenish se crisparon en un puño. Las piernas de Guraj adoptaron una pose de combate. Los dos luchadores se apartaron lentamente.

Alarak sintió que se apoderaba de él un macabro sentimiento de satisfacción. No se había equivocado: habían planeado aliarse contra Nuroka no porque se preocuparan por el Gran Señor, sino porque Nuroka había hecho este desafío de forma tan repentina. Unirse era la mejor forma de contrarrestar sus planes secretos con Alarak.

Pero ahora...

Alarak estaba fuera. Sería una victoria fácil contra Nuroka, una victoria de la que Guraj y Zenish sacarían poco. Estos solo ascenderían un eslabón en la cadena sagrada, y no morirían futuros contendientes. Era muy poco gratificante.

Fue el tercer ascendiente Zenish, la bestia, el azote de Slayn, quien rompió el pacto secreto. —¡Me declaro a favor de Nuroka!— aulló.

Ma'lash gruñó. —Patético.

Guraj lanzó a Zenish una mirada que llevaba la promesa de una muerte lenta, y después miró a Alarak, que permaneció inmóvil. Guraj tendría que decidir pronto. La tradición dictaba que todas las declaraciones se hicieran antes del inicio del *Rak'Shir* al amanecer, pero no estaba segura. Podía abstenerse de luchar por completo, o podía aliarse con Zenish para derrotar fácilmente a Ma'lash. Pero ella era una ascendiente. Nadie alcanzaba ese rango sin ambición, y la ambición siempre soslaya la prudencia. Y Alarak contaba con esto.

Hoy, la ambición se traducía en eliminar tantas amenazas como fuera posible. A fin de cuentas, algún día Zenish trataría de matarla.

—¡Me declaro en favor de Ma'lash! —dijo finalmente.

Nuroka no mostró reacción alguna. Ma'lash extendió los brazos.

—Mi fiel servidora. Guraj, hoy serás ensalzada.

El sol asomó por el horizonte, pero Alarak permaneció sentado. Aún no se había decantado.

Nuroka le hizo llegar un pensamiento vengativo: «Esto no es lo que acordamos».

—«Yo no acordé nada» —repuso Alarak.

Y llegó la hora.

El *Rak'Shir* dio comienzo.

—Tu herejía termina hoy —dijo el gran señor Ma'lash. Embistió hacia el frente. El primer ascendiente Nuroka alzó sus palmas. Los dos combatientes se lanzaron oleadas de energía psiónica que, al chocar entre sí, despidieron dentados relámpagos. El suelo alrededor de ellos, piedra y metal ennegrecidos por siglos de hollín e incontables batallas, empezó a humear y a agrietarse. Los espectadores tal'darim se vieron obligados a retroceder para protegerse del calor.

Solo Alarak permaneció donde estaba dejando que el humo se arremolinara en torno a él. Incluso Ji'nara se retiró. Zenish y Guraj aún lo observaban, esperando que se uniera a la pelea, a pesar de la tradición. Pero no lo hizo.

Por fin, Zenish se giró y encendió sus cuchillas: energía pura extraída del reino de Amon y transformada en un filo, que los maestros antiguos afirmaban era capaz de hender el planeta en dos mitades, salió disparada hacia Guraj. Ella esquivó su ataque con un movimiento.

La pelea había comenzado de verdad. Los dos contendientes se lanzaban energía en estado puro. Guraj y Zenish luchaban junto a ellos. En el *Rak'Shir*, los aliados no podían intervenir directamente en el duelo, pero sí podían prestar su propio poder psiónico. Por eso se necesitaban siempre más aliados, para abrumar al adversario. Incluso ahora, con solo un aliado cada uno, Nuroka y Ma'lash asestaban golpes que explotaban entre ellos y que resultaban más destructivos de lo que habrían sido capaces de lanzar a solas.

Zenish era el campeón más fuerte, tanto en fuerza bruta como en potencial psiónico. Eso era evidente. Su poder, añadido al de Nuroka, estaba obligando al gran señor Ma'lash a retroceder paso a paso. La habilidad de Zenish con las cuchillas también resultaba impresionante. Su codo derecho se incrustó en la sien de Guraj mientras su cuchilla izquierda atravesaba al mismo tiempo la armadura y desgarraba la piel subyacente. Guraj retrocedió de un salto antes de que Zenish pudiera hundir hasta el fondo la cuchilla. Comenzó a perseguirla, pero Guraj le propinó una patada en la cabeza.

Guraj estaba perdiendo. Eso también era evidente. Estaba herida y dolorida. Zenish aprovechó esta ventaja sin contemplaciones y arremetió lanzando sus cuchillas a la altura del hombro. Quería cortarle la cabeza a Guraj y terminar de una vez con la lucha.

Pero en su intento, dejó el abdomen al descubierto.

A pesar de estar herida y dominada, Guraj seguía siendo rapidísima. Se lanzó hacia delante en un impulso de sus pies, y sus dos cuchillas penetraron en el pecho de Zenish, retorciéndolas hasta que los dos extremos brillantes emergieron por la espalda. Zenish renqueó y sus cuchillas se desvanecieron. Guraj lo mantuvo erguido, atravesándolo con las cuchillas y mirándolo a los ojos hasta que el último brillo

desapareció de ellos. Después arrojó el cadáver de Zenish a un lado. Se adentró lentamente en el vórtice de energía sin dejar translucir ni su dolor ni su fatiga.

Y eso fue todo. Los espectadores tal'darim emitieron murmullos de aprobación. Todo había terminado. A Nuroka no le quedaba ningún campeón. La combinación del poder de Guraj y Ma'lash superó con creces su propio poder. El primer ascendiente había retrocedido pasos de gigante.

Nuroka había perdido.

—No temas —dijo el gran señor Ma'lash—, dispondrás de mucho tiempo para lamentarte.

Alarak se puso en pie.

—No me sigas —dijo a Ji'nara. Ella lo contempló atónita mientras corría hacia la arena. Todos los espectadores se giraron hacia él. Alarak encendió sus cuchillas, dos fragmentos de energía roja crepitando en sus muñecas, y sintió cómo un rumor de sorpresa se elevaba del resto de los tal'darim presentes.

Era costumbre declarar tu lealtad antes del combate, sí, pero solo era una costumbre. No era la ley de Amon. Ni siquiera era la ley de los tal'darim. Y, por eso, Alarak decidió ignorarla.

Guraj lo sintió acercarse. A pesar de su sorpresa, se dio la vuelta y colocó las cuchillas en posición defensiva. Alarak no frenó. Utilizó sus cuchillas para arrebatarse las suyas de un golpe y, embistiéndola con el hombro, la hizo perder el equilibrio. En ese mismo instante, puso a disposición de Nuroka su poder psiónico.

El primer ascendiente cacareó de alegría y bebió profusamente del poder de Alarak. De repente, Nuroka no estaba perdiendo. El equilibrio de poder bruto casi se había restablecido.

—«Termina con ella rápidamente, Alarak, y pasaré por alto tu... creatividad» —dijo en privado.

Guraj estaba furiosa. Se puso de pie mientras atacaba de forma frenética con sus cuchillas. Alarak la esquivó en la medida de lo posible. Varios mandobles dieron en el blanco, causándole pequeños cortes. Ignoró las punzadas de dolor y se concentró en esquivar la ráfaga de golpes.

La ira de Guraj casi compensaba su creciente agotamiento. Casi.

Los movimientos de Guraj eran cada vez más lentos. Su resistencia se desvanecía. Alarak siguió rechazando sus golpes mientras se mantenía a la defensiva. No había necesidad de forzar un desenlace rápido.

—Sucio cobarde —escupió Guraj. Ella ya sabía cómo acabaría todo, pero no se rindió.

No llevó demasiado tiempo. Cuando los brazos le empezaron a flaquear, Alarak atravesó de un tajo sus defensas y la seccionó por la cintura de un veloz golpe. Guraj no suplicó piedad. No mostró signos de dolor. La luz de sus ojos y sus cuchillas se apagó al mismo tiempo. Alarak no se regodeó de ello; simplemente la dejó caer muerta en el sitio.

Y ahora era el gran señor Ma'lash quien no tenía ningún aliado. No tenía nada que hacer ante el poder combinado de Nuroka y Alarak.

Nuroka machacó al Gran Señor con contundentes andanadas de energía, empujando al líder tal'darim hacia su final. —Tú lo sabías, ¿no?— dijo furioso Nuroka—. Conocías la traición de Amon. Sabías que planeaba matarnos a todos.

Ma'lash no respondió. Elevó barreras de energía contra Nuroka, que quedaron hechas añicos antes de que pudieran terminar de formarse. Paso a paso, se vio empujado hacia el pozo oriental.

La arena de duelos era gigantesca. Transcurrió casi media hora antes de que el Gran Señor llegase por fin al borde del pozo. Alarak los seguía en todo momento, atento siempre a los espectadores por si alguno seguía su ejemplo y se unía al combate sin previo aviso. Prestó especial atención a Ji'nara. Ella seguía sentada.

—Alarak, maldito traidor —gruñó el gran señor Ma'lash—. No sabes lo que Nuroka planea hacer con nosotros. Traicionará a Amon. Ma'lash se plantó al borde del pozo oriental, que se abría a sus espaldas como un bostezo de muerte.

—¡Amon nos traicionó primero a nosotros! —bramó Nuroka. Comenzó a reunir poder para asestar el golpe definitivo—. Bajo mi reinado —se jactó—, dejaremos de estar sometidos a Amon. Nos enfrentaremos a él. Nosotros...

Alarak no había dicho una sola palabra desde que entrara en el combate. Su silencio era deliberado; tanto como las palabras que pronunció a continuación.

—Me declaro a favor de Ma'lash —dijo, y retiró su poder a Nuroka.

El golpe psiónico definitivo del primer ascendiente erró. Tranquilamente, Alarak abrió su poder a Ma'lash, y el Gran Señor lo aprovechó sin vacilar, liberándolo en forma de onda explosiva que hizo retroceder por los aires una distancia de ocho pasos.

—¿¡Qué?! —rugió Nuroka mientras el Gran Señor avanzaba desde el borde del pozo—. ¡No puedes cambiar de bando durante el *Rak'Shir*!

—No, no puedo —admitió Alarak. Esa era incluso una ley de Amon: «Una vez jurada lealtad, solo la muerte o la victoria pueden romper el juramento»—. Pero yo no nunca me pronuncié en tu favor. No dije nada en absoluto. —Que se supiera, nadie había luchado jamás en un *Rak'Shir* sin jurar lealtad a uno de los bandos; pero, una vez más, eso no era una ley, sino una costumbre. Y, por eso, Alarak decidió ignorarla.

—Ahora ya que me he pronunciado...

—No puede cambiar —dijo Ma'lash con oscuro regocijo—. Debe servirme hasta el final.

—No —susurró Nuroka—. Nos has condenado a todos.

—Gran señor Ma'lash —dijo Alarak—, los planes de Amon estaban a punto de materializarse. Nuroka lo estropearía todo.

—¡No! —chilló Nuroka.

—Sí, lo haría. Has tomado una sabia elección, Alarak —digo el Gran Señor—. Voy a disfrutar con esto.

Y lo hizo. No fue hasta el atardecer cuando Nuroka, con la mente quebrada y el cuerpo destrozado, fue elevado por encima del pozo. Ma'lash lo sostuvo allí, saboreando el momento final.

—Él lo sabe, Alarak —murmuró Nuroka—. El gran señor Ma'lash conoce la traición de Amon. Lo juro.

—Jura lo que quieras —dijo Alarak. Pero lo cierto era que Nuroka había hecho que su fe se tambaleara. Alarak podía sentir una pequeña semilla de duda oculta entre los firmes cimientos de su credo. «Pero no permitiré que florezca», se dijo. Amon era el Dios Oscuro. Su voluntad era incognoscible. Su poder era glorioso. Sus promesas eran verdaderas. Alarak tendría que proteger sus pensamientos frente a cualquier otra sombra de duda.

El camino a seguir se abría de forma nítida ante él: hoy Alarak escalaría más eslabones en la cadena sagrada; pronto el ciclo llegaría a su fin, las marionetas sucumbirían y él ascendería hacia la gloria de Amon.

Cuando el horizonte se oscureció, Ma'lash soltó por fin el cuello de Nuroka. La gravedad hizo el resto. Jirones de la túnica desgarrada y ensangrentada del primer ascendiente cayeron flotando tras él.

Así terminó el *Rak'Shir*.

QUINTA PARTE

—Eres listo —dijo el gran señor Ma'lash—. Los sirvientes listos me irritan. Siento ganas de matarte ahora mismo. Amon ni siquiera pestañearía.

Alarak permaneció de rodillas sin decir nada. No habría más ceremonia que esta, pues no había necesidad ninguna. Todos los tal'darim sabían cómo había terminado el desafío de Nuroka: Ma'lash se había impuesto, y su aliado, Alarak, había inclinado la balanza a su favor y ascendido tres escalones en la cadena sagrada.

«Las amenazas del Gran Señor no significan nada», pensó Alarak. Muchos ascendientes habían muerto ese día, demasiados como para perder a otro. Y ningún ejército, ni siquiera el de los tal'darim, podía funcionar sin subordinados capacitados que cumplieran órdenes.

Ma'lash continuó:

—Dime, primer ascendiente. ¿Deseas gobernar un día? ¿Deseas ser el Gran Señor?

—No.

Era evidente que Ma'lash no le creía. —¿Tu único sueño es servirnos a mí y a Amon? Eso me tranquiliza.

—En el día de la ascensión, todos nos alzaremos por encima de nuestros maestros, Gran Señor —dijo Alarak.

—Entonces, ¿Nuroka no hizo que tu fe vacilara?

—¿Cómo podría? —dijo Alarak sin alterarse.

—Todo cuanto dijo era mentira, por supuesto —dijo Ma'lash.

—Por supuesto.

Al Gran Señor no le gustaba su tono. —Escúchame bien, Alarak. Pude sentir la magnitud de tu poder en los Pozos de la Ascensión. Sé lo fuerte que eres—. El Gran Señor estiró la mano y la cerró sobre la cara de Alarak, agarrando sus pómulos con fuerza. Luego lo levantó con brusquedad y lo sostuvo en alto como había hecho con Nuroka en el pozo. Alarak no opuso resistencia. Las palabras de Ma'lash brotaron con la fuerza de una lluvia de meteoritos. —Desafíame y te aplastaré. Desafíame y me suplicarás una muerte tan rápida como la de Nuroka. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Bien. —Ma'lash soltó a Alarak y sus botas golpearon el suelo—. Recibirás la recompensa que mereces el día de la ascensión. Tus nuevos deberes comienzan mañana. No serán agradables.

—Comprendo, maestro —dijo Alarak.

Y de repente, Ma'lash había desaparecido. Alarak aún podía sentir la mano del Gran Señor apretando su cráneo.

«Ahora que he sentido su poder, sé exactamente lo que debo hacer», pensó.

«Servir... prepararme...
»... Y buscar a los campeones adecuados...».

STARCRRAFT

LEGACY OF THE VOID™



EL CRUCE DE LA PERDICION

JAMES WAUGH

EL CRUCE DE LA PERDICION.

El marshal confederado James Raynor ofrece a tres convictos la oportunidad de redimir sus crímenes... pero esta decisión podría costarle muy caro.

Había pocas cosas en el sector Koprulu que Jim Raynor odiara más que el Cruce de la Perdición. Pero los sentimientos de un hombre hacia una región geográfica no se tienen especialmente en cuenta a la hora de definir sus labores como marshal confederado. Raynor se abrió camino una vez más hacia ese páramo infernal, en medio de las afamadas tierras áridas de Mar Sara; o, lo que es lo mismo, en medio de la nada.

El viento rugía y se escurría en torno a su aeromoto buitre, mientras cruzaba el inhóspito barranco a toda velocidad para poder regresar a casa dentro de los dos días que le había prometido a Liddy, su esposa embarazada. El aire era punzante, seco y cálido. El impenetrable desierto que se extendía bajo sus pies se había resquebrajado debido al calor del sol y parecía haber pasado una eternidad desde la última vez que el cielo lo había bendecido con un poco de humedad. Raynor pensaba que la humanidad no había sido creada para sobrevivir en entornos como este. Sin embargo, aquel hecho tan cierto aún no había impedido que lo intentara.

En la distancia podía ver un desagradable y retorcido espejismo, las difusas figuras del *sheriff* Glenn McAaron, un camión aerodeslizador de policía y aquello que Raynor debía recoger: un cubo prisión de tamaño medio expedido por la Confederación. Sus sombras deformadas se veían dobladas por la luz solar vespertina.

—Maldita sea —murmuró Jim al ver las siluetas con más claridad, la misma claridad con la que recordaba el beso de despedida de Liddy.

Cruce de la Perdición estaba en el centro de las infames «anomalías de banda de onda» de Mar Sara; eso significaba que, muy a menudo, el equipo de equilibrio de vectores no funcionaba y la comunicación se tornaba prácticamente imposible. Y eso se traducía en que el transporte en naves de evacuación a través del valle desierto se tornaba en una propuesta realmente peligrosa, aun cuando pudieran permitírselo. Pero el asunto era aún peor, ya que las anomalías habían hecho que el tramo de 2400 kilómetros se convirtiese en una de las regiones menos vigiladas del planeta, incluso quizás de la galaxia. Y esto era un hecho del que los forajidos de Mar Sara y las bandas de criminales errantes tenían perfecto. Los lumbreras de la Organización de Científicos Confederados creían que las anomalías de banda de onda se debían a pulsos de electrones emitidos por las raras formaciones de cristales que brotaban cual puntiagudos y afilados cultivos desde las profundidades ricas en minerales. Sin

importar cuál fuese la causa, el resultado era que a Jim le había tocado cruzar el paso más peligroso del sector para encontrarse con su *sheriff* menos favorito, a fin de transportar prisioneros de un lugar del planeta a otro.

—¿Has venido para recoger el cubo o para unirte a los que hay dentro, marshal?

—McAaron esbozó una siniestra y desdentada sonrisita mientras Raynor detenía el buitre. Era el tipo de sonrisa irónica que dejaba claro que el humor no era precisamente el objetivo buscado.

—No es mi intención, a menos que me digas algo que me invite a cometer un delito. —Raynor escupió al suelo polvoriento. McCAaron ya no era el mismo tipo duro de antes; una protuberante barriga asomaba por encima de su cinturón de una forma bastante más evidente que la última vez que se habían visto. Esta parecía crecer con cada encuentro. El *sheriff* se estaba preparando para su inminente retirada del cargo.

—No me sorprendería, chaval. Tienes un historial más largo que la mayoría de criminales que traigo a este lugar. Si no contaras con los amigos que tienes, quizás serías tú el que se encontrara camino de El Indio esta tarde.

—¿Dónde está tu fe en la redención, *sheriff*? —Jim dejó ver su característica sonrisa de triunfador y descendió de su aeromoto. McCAaron había sido policía durante mucho tiempo y conocía el pasado de Jim. Los hombres como el *sheriff* eran obstinados y de mente cerrada, y su actitud hacia un excriminal no era nada personal, sino cuestión de hábito.

—Ah, las personas no cambian, marshal. Cuando formas parte de la fuerza policial durante tanto tiempo como yo, sabes que es así. Y no pienso perderte de vista.

—Agradezco el mimo, *sheriff*. —Y después de un momento añadió—: ¿Qué hacemos con nuestros chicos?

Se arrodilló y miró a través de los pequeños barrotes electrificados. Los cubos de prisión de la Confederación se habían convertido en un clásico de las colonias fronterizas y de los planetas menos desarrollados, donde las naves policiales de evacuación y otras ventajas de los mundos más sofisticados eran demasiado caras como para ser consideradas. Los cubos tenían ejes magnéticos, una tecnología aérea que los mantenía estables a velocidades de hasta 480 kilómetros por hora, un entorno de temperatura controlada, asistencia para todas las necesidades biológicas y oxígeno limpio y purificado que se reabastecía cada 30 minutos. A Jim le daba la impresión de que los criminales lo tenían mucho más fácil de lo que él lo tuvo en su día.

—Ya sabes, el grupo de costumbre preparado para una larga estadía en el hotel más sofisticado de Mar Sara. —De repente, el *sheriff* levantó la voz varios decibelios—. ¿Habéis escuchado eso, chicos? Os dirigís a la prisión El Indio.

Siguió una explosión de risa que acabó en una tos seca y sórdida. Una vez más, no había humor en el comentario; era más bien frío y cruel.

A Jim no le hizo gracia. La prisión El Indio no era algo para tomarse a la ligera. Se trataba de una penitenciaría de lo más resistente, pobremente financiada y que

solamente albergaba a los criminales más peligrosos. El índice de supervivencia de los prisioneros de El Indio apenas si alcanzaba el 64%. Era la encarnación de la justicia de la Confederación al más puro estilo fronterizo.

—Míralos —dijo el *sheriff*, escupiendo sobre la arena—. Qué desperdicio de créditos fiscales, ¿eh? Con un poco de suerte, quizás no salgáis vivos del cruce.

—¿Podemos seguir con este circo mientras vamos de camino? —repuso uno de los criminales desde dentro, un tipo corpulento con un bigote negro azabache, calvo y con unos brazos del espesor de los postes de telecomunicaciones. Su cuerpo estaba cubierto de horribles tatuajes de todo el sector. Fulminó a Jim con la mirada como si nada en el mundo pudiese hacer tambalear su confianza, y mucho menos un solitario marshal, el simple chico de los recados que tenía en sus manos su inevitable destino.

—Cuidado con ese. Su madre nunca le enseñó modales. Ese de ahí es Marduke Saul, la mierda más grande que jamás hayas conocido. Está aquí por agresión, asesinato, terrorismo, secuestro, y por ser un auténtico hijo de perra. —McAaron escupió de nuevo y, esta vez, la salpicadura alcanzó el cubo, cerca de la cara de Marduke.

—Tienes suerte de que esté aquí dentro, *sheriff* —dijo Marduke con un gruñido.

—No me digas.

Raynor miró a Marduke fijamente. Marduke le devolvió la mirada, desafiándolo a que lo tratase del mismo modo que McAaron, retándolo a faltarle al respeto. —Joder, *sheriff*, no es tan malo. El chico es un osito de peluche. ¿Verdad, Saul? Tú te portas bien conmigo y yo te pago con la misma moneda. Así de fácil.

Marduke comenzó a reírse a carcajadas.

—Seré un angelito, marshal. No pienses que soy un desconsiderado; es que no veo la hora de llegar a nuestras lujosas habitaciones.

—Por favor, marshal, no me llesves a El Indio. Te lo ruego. Esto es un gran malentendido.

De la parte trasera del cubo salió un prisionero flacucho de pelo rubio y rasgos delicados. El mono naranja que vestía era demasiado grande para su desgarrado cuerpecito. Parecía estar fuera de lugar... en medio del calor del desierto y con su traje de presidiario. Encajaría mucho mejor como banquero en el sector financiero de Tarsonis.

—Ese de ahí es Rodney Oseen. Cometió delitos de poca importancia, los llamados «de guante blanco». Limpió los fondos del gobierno de Mar Sara mediante un virus informático. Es guapo, ¿no crees? No va a durar ni un día en El Indio. —McAaron se rio una vez más.

—Encantado de conocerte, Rodney. —Raynor sonrió—. Estarás bien.

—Va a ser un infierno, señor. Ya sabes las cosas que hacen en El Indio. Yo no soy un asesino. Es todo un malentendido, un juez confederado con una rencilla personal. No estoy hecho para esto.

—«No comentas el crimen si no vas a cumplir la condena», ¿verdad, Raynor?

Bueno, tampoco es que tú puedas afirmar o desmentir nada, ¿eh?

—He oído historias sobre ti, marshal Jim Raynor —exclamó el tercer prisionero dejándose ver.

—T-Bone Smalls. El mayor asaltatrenes a este lado de Shiloh. Tenéis mucho en común —dijo McAaron con desprecio.

—Exactamente. Creo que el título te pertenece, ¿no? —añadió T-Bone—. Raynor analizó al personaje; le resultaba familiar. Tenía una barba como la de Jim y una cicatriz en su rostro. Joven y arrogante. —He oído hablar de tus trabajitos junto a ese tal Tychus Findlay tras la guerra. Eras una leyenda viviente para mí y para mi banda cuando aún se estaba formando.

Jim tenía una sensación extraña en el estómago. Hacía años que no escuchaba el nombre «Tychus Findlay» y prefería que siguiera siendo así. Mantenerlo en el olvido le había permitido empezar de cero y no pensar en su viejo cómplice o en la vida que con tanto esfuerzo había dejado atrás para poder redimirse. Una vida de la que Liddy le había ayudado a salir.

—Lo que no entiendo, y quizás me puedas explicar, es cómo un bandido de tal calaña al que asaltatrenes pedantes como yo admiran, terminó convirtiéndose en marshal. —T-Bone se inclinó. Jim podía sentir la mirada gélida de Marduke mientras procesaba la información. Tenía la sensación de que el asesino lo estaba evaluando.

—Veréis, chicos, aquí el amigo marshal tiene enchufes de categoría. —McAaron sonrió con aires de superioridad—. Un magistrado.

—Ya vale de gilipolleces, McAaron —dijo Raynor con firmeza.

—Yo nunca maté a un hombre, marshal. Lo que pasa es que no me gusta trabajar a cambio de un salario decente —añadió T-Bone—. No me parece justo que a ti te den una oportunidad y a mí no.

—¿Y quién ha dicho que la vida es justa? El marshal es uno de los tantos ejemplos —dijo finalmente Marduke, frío como el hielo—. ¿Nos movemos o qué?

Raynor miró a McAaron directamente a los ojos. —La próxima vez que empieces con esa mierda, *sheriff*, la cosa no quedará solo en palabras. ¿Estoy hablando claro?

A McAaron se le heló la sangre, y su sonrisa sarcástica se desdibujó. Por primera vez desde la llegada de Raynor, el *sheriff* había percibido la gravedad de la respuesta de Jim y lo cerca que estaba de despertar al viejo forajido que llevaba en su interior. McAaron podía ver el fuego que desprendían los ojos de Raynor mientras hurgaba en el morral que llevaba junto a su pierna y sacaba una pulsera digital. —Esto es un juguetito nuevo de la central. Lo llevan en los tobillos. Basta con pulsar este botón y ¡bum!, pueden despedirse de sus piernas. Y con este de aquí, ¡zas!, se revolcarán por el suelo como ratas. ¿Entendido?

Raynor cogió el dispositivo. Pudo ver que, dentro del cubo, los prisioneros tenían un gran trozo de metal fuertemente ajustado alrededor de sus tobillos.

—Yo que tú no los dejaría salir —continuó McAaron—. Hay agua suficiente dentro del cubo, y cada uno ha recibido un implante de nutrientes que debería

durales otros dos días. También regula las funciones intestinal y urinaria. Se conocen historias de convictos que han escapado de la prisión o que han provocado una pelea antes de llegar, así que más vale prevenir que curar.

—Este no es mi primer rodeo. —Jim se puso manos a la obra y enganchó el largo cable metálico del cubo a la parte trasera de su buitre. Estaba harto de perder el tiempo. El cable, hecho de una fusión reforzada con elementos catalíticos, sustancias más duras incluso que los mismísimos diamantes, había sido diseñado para mantener un enganche sólido entre el cubo y el vehículo de transporte.

—Nos vemos, *sheriff*. Agarraos, chicos. Puede que el trayecto sea un poco movido. —Sin esperar una respuesta, Raynor pisó el acelerador y se adentró en el desierto.

* * *

Jim no lograba acallar su mente. Nubes cargadas de pensamientos pasaban frente a él, una tras otra, recuerdos de días pasados, días en los que él y Tychus Findlay eran conocidos bandidos que vivían el día a día y robaban todo cuanto podían. Se trataba de una época de libertinaje, alcohol sin límites, ningún interés por el mundo circundante ni intención alguna de actuar por otra cosa que no fuera puro impulso. Todos aquellos excesos casi acabaron con la vida de Jim o, lo que es peor, con vida importancia que daba al simple hecho de vivir. Jim se sorprendió de tener esos pensamientos, ahora, mientras él y su esposa esperaban un bebé y tenía su mente puesta en el futuro, en proporcionar una vida mejor que la suya a su futuro hijo. Mientras cruzaba el desierto a 320 kilómetros por hora, se preguntaba si ese pasado que atormentaba su mente era algo que su bebé llegaría a conocer algún día, y qué le diría él si así sucedía. ¿Podría enseñarle a diferenciar lo bueno de lo malo cuando él mismo había cometido tantísimos errores que parecían estar fuera de cualquier posible enmienda?

«Concéntrate, Jim. No te pierdas en este laberinto». La amenaza de la presencia de los bandidos era muy real en Cruce de la perdición. Saqueadores, piratas y otros insensibles desgraciados a quienes no les importaba nada ni nadie podían estar en cualquier parte. Todos asesinos. Lo último que podía permitirse era toparse con compañías indeseables por no prestar atención al terreno circundante. Liddy no iba a terminar siendo madre soltera porque él hubiese sucumbido a los recuerdos del pasado y empezado a cuestionar su existencia. ¡Diablos! Odiaba a McAaron.

El atardecer caía sobre las tierras yermas del desierto acompañado de una mezcla de intensos azules con pinceladas de luz roja brillante... La belleza propia de la muerte del día. El desierto lucía totalmente diferente a esta hora de la tarde. Era un paisaje místico de ensueño, donde un cielo inestable se desvanecía y las desapacibles arenas se ennegrecían para convertirse en un vasto océano sombrío. Los solitarios arbustos se disipaban en la noche y el sofocante calor del día daba paso a un frío

invernal.

Incapaz de poder ver más allá del filo luminiscente del faro de su buitre, Raynor suavizó la marcha y comenzó a buscar un lugar para acampar. Había hecho 1600 kilómetros y le quedaban 800 más para llegar a su destino.

—¿Por qué paramos? —Rodney masculló cuando Raynor se dirigía a la parte trasera de su vehículo para hurgar en el portaequipajes—. No paremos... Venga, marshal, ya sabes qué cosas andan sueltas por aquí fuera.

—Calla —dijo T-Bone a Rodney—. Solo está echando una meadita, ¿verdad, marshal?

—No. Vamos a acampar.

—¿Que vamos a qué? —La voz de Rodney se agudizó de repente.

—Aunque tenga información sobre la ruta y sistemas de rastreo, ni de coña voy meterme en el Cruce con esta oscuridad. Las anomalías han alcanzado sus valores máximos este año. ¿Queréis llegar de una pieza, verdad?

—Eso mismo, marshal. Por eso nos preguntamos por qué estamos parando. —Smalls acercó la cara a los barrotes electrificados.

—¿Qué es exactamente lo que os preocupa tanto? —preguntó Raynor mientras preparaba el refugio. Encendió una luz infrarroja que iluminó su rostro.

—Los traficantes de esclavos... Son unos rufianes, pero no dejan de ser traficantes. Prefiero ser un prisionero que un sirviente al que vendan por dos duros. —Rodney estaba de los nervios.

—Es más probable que nos encuentren si seguimos avanzando. Es estando en marcha cuando deberíais preocuparos. Partiremos a primera hora de la mañana.

—¿De verdad hay traficantes de esclavos por ahí sueltos? —Marduke por fin rompió el silencio.

—La banda de Mazor. Se han hecho famosos durante el último año por asaltar a los viajeros en Cruce de la Perdición o secuestrar a investigadores científicos que vienen a estudiar los campos de minerales —añadió Smalls.

—Odio a los traficantes de esclavos —dijo Marduke con seriedad.

—¿Los has visto alguna vez? —preguntó Rodney a Raynor.

—No. Y tampoco tengo la intención de hacerlo.

Cuando Raynor terminó de montar su tienda, preparó algunas raciones de comida y separó tres adicionales. Los prisioneros se comían con los ojos la comida envasada y merodeaban cerca de los barrotes.

—Esa es una cantidad bestial de comida para un solo hombre —reprochó Smalls.

—No es todo para mí, chicos. Estoy a dieta. Supongo que querréis un poco; esas inyecciones de nutrientes no le llenan el estómago a ningún hombre. A mí también me las han puesto antes, cuando estaba en el ejército. —Raynor acercó los tres paquetes de comida al cubo y abrió el compartimento de inserción. Con un chirrido, el mecanismo introdujo la comida dentro del cubo—. Compartid como buenos niños. —Raynor sujetaba la pulsera que le había dado McAaron—. Estoy seguro de que

esas pequeñas tobilleras que lleváis pueden hacer mucho daño.

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Marduke.

—Pareces el más hambriento, grandullón.

Los prisioneros atacaron sus raciones usando los dedos como cuchara para que no se les escapara ni un milímetro de ese pegote de carne al *curry* secado mediante un proceso sónico, probablemente, décadas atrás. Raynor hizo lo mismo, pero con un tenedor. Gracias a la comida casera de Liddy, se había acostumbrado a no tener que comer mejunjes como ese. Los prisioneros, sin embargo, parecían estar disfrutando de un plato *gourmet*.

—Marshal, ¿háblanos sobre tus días de forajido? —dijo Smalls cuando terminó con su comida.

—El tío acaba de darnos comida —repuso Rodney—. Podríamos darle un respiro.

—No me digas qué tengo que hacer, pelagatos. —Smalls se abalanzó sobre Rodney a gran velocidad. Raynor alzó su brazo y señaló la pulsera.

—Tranqui, marshal. —La voz de ultratumba de Marduke era fría como el hielo—. Si hacen algo que me estropee la cena, no será usted el que tenga que encargarse de separarlos.

—Entonces, ¿solo tengo que encargarme de ti?

—Eso es.

—¿Queréis oír historias sobre mis días de asaltatrenes? —consintió Raynor—. Era un niño estúpido que no tenía otra cosa mejor que hacer. Un descarriado cabreado con el sistema que dejó a sus padres enfermos y en la pobreza, decepcionado por una guerra que fue manipulada desde el principio. Un juego para que los habitantes de Tarsonis se volvieran más ricos y para que a las personas como yo se nos fuese la vida en ello. Muchos hombres buenos murieron por nada. ¿Que era un rebelde y un sinvergüenza? Sí, sí que lo era. ¿Pero me siento orgulloso de ello? No.

—Pues yo sí. ¡Diablos! Mejor eso que ser un pobre minero confederado que tira de las sobras para llegar a ser un *donnadie*. —T-Bone se rio a carcajadas—. De mí no escuchará toda esa santurronería. Me convertí en un borracho y me volví torpe, y por eso me pillaron. Quieres aparentar que no eres como yo, marshal, que no te gustaba lo que hacías... o que ahora eres mejor persona. Está bien, pero eso no significa que vayamos a creerte.

—¿Y tú? —preguntó Raynor mirando a Rodney—. ¿Nos quieres contar cómo terminaste aquí?

—Yo... Creo que me volví codicioso. Quiero decir, yo no soy... no soy como estos... Creo que, simplemente, me pudo la avaricia. Una vez que empecé, ya no pude parar. La pasta llovía a raudales. Para cuando me di cuenta, era lo único que hacía.

—¿Y qué pasó con esa gente a la que pertenecía el dinero? —dijo Raynor.

—Mejor cuéntanos tú. ¿Qué pasó con la gente a la que hiciste daño, Raynor? Te sientas ahí en tu pedestal, viendo estos barrotes desde fuera, solo porque tienes un

amigo importante. El sistema es injusto, y eso lo que crea a las bestias como yo. —Marduke se echó hacia atrás y añadió—: Los suertudos como tú.

Todos se quedaron en silencio durante un tiempo hasta que, finalmente, Raynor se fue a la tienda a dormir.

* * *

Un estridente griterío despertó a Raynor, que salió disparado de su refugio hacia el gélido ajeteo matutino. En el cubo prisión, Marduke sujetaba a T-Bone contra los barrotes electrificados. Ambos cuerpos crepitaban por las cargas estáticas, pero ninguno se daba por vencido.

—¡Bájame, pedazo de hijo de puta!

Raynor, sin dudarle, dio un toque a su pulsera y la tobillera de Marduke se encendió produciendo un aumento de los estímulos nerviosos que, seguramente, le hizo sentir como si un dentista le hubiera introducido un elemento punzante y oxidado en el medio de una caries; solo que la caries en este caso era todo su cuerpo. El salvaje gritó y cayó al suelo en el cubo. Smalls se plantó encima de él y se preparó para contraatacar.

—Ni se te ocurra. —Los dedos de Raynor rozaron la pulsera.

—¡Venga, marshal! Solo un golpecito. —La sangre corría por la cara de T-Bone.

—Ni hablar —dijo Raynor mientras Smalls relajaba sus puños y se alejaba—. ¿Qué coño pasa aquí?

—Pasa que este es un bocas, y no dice más que mierdas. —Marduke sonrió a Raynor con aire satisfecho—. No iba a hacerle demasiado daño... solo el justo para ponerlo en su sitio.

—Basta de tonterías. Yo me largo, y vosotros tenéis una reserva de hotel a vuestro nombre.

Marduke le tiró un beso a T-Bone. Era el beso más amenazante que jamás se hubiera visto. T-Bone sonrió con respeto ante la bravuconería del hombre; él habría hecho lo mismo de haber estado en lugar de Marduke. Por otro lado, Rodney se volvió hacia Raynor. —¿Ves?— chilló—. ¿Ves, marshal? Yo... Yo no estoy hecho para esto. Por favor, no me llesves a El Indio. No soy como ellos.

Media hora después, estaban otra vez volando entre los cañones. El calor había vuelto con toda su fuerza, ese calor seco y sofocante que calaba hasta los huesos, sin respiro.

Cruzaron el Cañón del Juicio, un profundo barranco donde minerales grandes como colinas crecían en la zona plana de la cuenca. Raynor ascendió por encima de uno de los pilares de mena para evitar el oscuro desfiladero que se extendía debajo. Al llegar a la cima, a unos 16 kilómetros hacia el norte, pudo ver una gran columna de humo que se alzaba en los cielos. Algo así no era nada común en lugares tan desolados como este. Jim detuvo el buitre y sacó sus prismáticos.

Gracias a las lentes pudo ver el humo con más claridad. Provenía de las llamas de una explosión cercana producida en el casco de un vehículo de transporte. —Mierda — masculló para sí. La suerte le estaba jugando una mala pasada al tener que toparse con algo así justo cuando estaba a punto de completar su misión, y Liddy lo esperaba en casa con su plato favorito.

—¿Por qué paramos, marshal? —preguntó Rodney.

—Hay un vehículo de transporte en llamas a unos 16 kilómetros de aquí.

—¿Y qué? —añadió T-Bone.

—Vamos a echar un vistazo.

—Venga ya, marshal. Eso no tiene nada que ver con tu misión —aseguró T-Bone—. Tenemos que llegar a El Indio hoy mismo.

—No lo hagas, marshal —suplicó Rodney.

—A callar. —Raynor encendió el motor y aceleró en dirección al vehículo de transporte.

A medida que se acercaban, el humo se agitaba en densas nubes negras y formaba una especie de niebla oscura en torno a los restos del vehículo. Las llamas ardían en la estructura, carbonizándola. Podían observarse fragmentos dispersos por el impacto; probablemente la causa había sido un lanzacohetes que había derribado el vehículo y esparcido trozos de la carrocería por el suelo arenoso. Raynor había visto ataques similares en la guerra. Recordaba de sus días de forajido el daño que podía provocar un cohete a un vehículo de transporte. Rememoró la vez que Tychus reventó un camión blindado, volcándolo y casi matando a todos los que iban dentro. También recordó lo culpable que se sintió cuando los guardias, que intentaban huir del lugar del impacto, terminaron reducidos a cenizas junto con el dinero que él y Tychus intentaban robar.

Raynor detuvo el buitre. El penetrante olor a caucho derretido y productos químicos le obstruyó las fosas nasales. Cuerpos sin vida y con heridas lacerantes cubrían la arena; la sangre estaba comenzando a convertir el suelo en barro. Seguramente eran investigadores científicos, ya que todos llevaban trajes especiales para el clima. Las partidas de investigación eran muy comunes en Cruce de la perdición. Los minerales de la zona eran de los más ricos de la región y, a pesar de los riesgos que el área suponía, investigadores científicos y mineros de todo Mar Sara (y hasta de Chau Sara) se acercaban para hacerse con una parte del botín. Los grandes conglomerados con base en Tarsonis pagarían una buena suma de dinero a aquellos que quisieran poner en riesgo su vida para analizar la potencia de los minerales de la región y llevar de regreso la información necesaria para sintetizarlos. Existía un intenso debate sobre por qué era esta área, y no otras del sector, la producía cristales ricos en recursos. La primera organización en averiguarlo se llevaría una increíble montaña de dinero.

Jim salió de su ensimismamiento. Algo a su derecha se movía... Lentamente, puso su mano en la cartuchera de su pistola. Podía divisar el extremo de la cabeza de

alguien detrás de uno de los nodos de mineral más pequeños.

—Sal de ahí ahora mismo. No quiero problemas. —Raynor se bajó de su aeromoto y se escudó detrás de ella. Al mismo tiempo, sacó su arma y esperó una respuesta. Como nadie se acercaba, se levantó con cautela.

—¿Qué haces, marshal? Ponte a cubierto —advirtió Rodney desde el cubo. Raynor guardó su arma.

—No voy a hacerte daño —gritó Raynor.

—¡Déjame en paz! —dijo una voz de mujer desde detrás de la roca de mineral—. ¡Vete!

—Soy un marshal. Sal de ahí.

—Seguro. Vete.

—Aquí está la insignia. —Raynor alzó las manos—. ¿La ves? No voy a hacerte daño. ¿Qué ha pasado?

Una mujer delgada con aspecto preocupado, vestida con un traje climatizado gris para el clima y con el rostro cubierto de hollín salió de detrás del pedrusco. Sostenía una pistola de bengalas con ambas manos y apuntaba directamente a Jim. Estaba temblando y el arma se balanceaba sin parar. —He dicho que te vayas.

—Baja la pistola de bengalas. Aparte, no funciona como piensas. Deja que te ayude. —La voz de Raynor era suave y tranquilizadora, y pudo ver cómo ella comenzaba a relajarse y bajaba el arma.

—¡Baja el arma, mujer! —gritó T-Bone desde el cubo. La mujer volvió a subir el arma.

—¡Cierra el pico, reo! —gritó Raynor antes de dirigirse de nuevo a la mujer—. Me llamo Jim Raynor. Soy un marshal confederado y estoy en una misión de traslado de prisioneros. Ellos son mi carga. Ahora, dime qué ha pasado aquí.

—Lo siento. Oh, santo cielo, lo siento mucho. —La mujer volvió a bajar la pistola de bengalas y comenzó a llorar. Raynor se acercó a ella.

—No te preocupes, ahora estás a salvo, todo está bien. Cuéntame qué ha sucedido.

—Traficantes de esclavos. La banda de Mazor. Estábamos haciendo investigaciones de campo cuando aparecieron. Atacaron el vehículo de transporte; no le perdonaron la vida a nadie. Yo me escondí, pero descubrieron el campamento base y ahora se dirigen hacia allí. Marshal, las familias están en el campamento, el resto de nosotros. ¡Tienes que detenerlos!

—Calma. No puedo dejarte aquí.

—¡Joder si puedes! —gritó T-Bone.

Raynor se acercó a ella. —No les hagas caso. Estás a salvo, vamos.

La investigadora científica salió de detrás del pedrusco. —No, no estoy a salvo. Ninguno de nosotros lo está. Ya han asesinado a mis compañeros, por favor, no dejes que maten a los otros... Hay niños.

—¿Niños?

—Vinimos con toda nuestra comunidad. Era la única forma de hacerlo.

—¡Demonios! ¿Por qué hicisteis algo así? No puedo dejarte en este lugar.

—Dame un arma, me esconderé. Te daré las coordenadas del campamento base. Ve y sácalos de allí, al menos. ¡Por favor! No puedo dejar que les suceda lo mismo, o algo peor. Se trata de Mazor... ya sabes lo que es capaz de hacer. ¡Lo sabes!

Raynor suspiró. Quería pedir refuerzos, quería convocar a un escuadrón de soldados y arrasar a Mazor y a su banda de monstruos. Quería volver a casa con Liddy.

—Marshal, salgamos de aquí. ¡Por favor! —suplicó Rodney.

Pero Jim ya había tomado una decisión. No tenía otra opción. Desde que le habían dado una segunda oportunidad, desde que se había trasladado a Mar Sara y dejado atrás su antigua vida para comenzar desde cero, sentía la necesidad imperante de actuar para compensar por un pasado que aborrecía. Creía que podría redimirse de esa vida si ahora hacía lo que era debido. Y esto era lo debido, sin importar cuánto le doliera. Se dirigió a la caja de almacenamiento del buitre y sacó un rifle, una capa de camuflaje (un ingenioso artilugio que, al activarse, se mimetizaba con el ambiente que la rodeaba, al menos en la distancia) y algunas raciones de comida como las que había usado la noche anterior. Entregó todo a la mujer.

—Esto te puede servir. Mantente escondida, y si alguien se acerca demasiado, ya sabes lo que tienes que hacer con el arma.

—¡No hablarás en serio! —gritó T-Bone desde el cubo—. No pienso terminar siendo un esclavo. ¡Venga ya!

—Ni siquiera sabemos a lo que nos estamos enfrentando.

—Así es como la gente termina muriendo, Raynor. A nadie le importa un héroe si está muerto.

Pero Jim ya se estaba montando en su buitre. —Volveré a buscarte— dijo a la investigadora científica antes de pisar el acelerador de la aeromoto.

El piloto manual siguió las coordenadas que la investigadora científica le había dado y lo guio hacia las profundidades del Cañón del juicio. La garganta se le hacía un nudo a medida que se acercaba a su destino. Aún podía oír la melodiosa voz de Liddy diciéndole cuando partía hacia Cruce de la perdición: «Vuelve pronto. Y vuelve sano y salvo».

* * *

Raynor detuvo la aeromoto en la cima de un acantilado, se bajó, se tendió boca abajo como una lagartija y sacó sus prismáticos una vez más. Las coordenadas del campamento base parpadearon en verde hasta que el retículo se centró en un punto en el horizonte. Raynor hizo una ampliación de 100x. Ahora sí podía ver el campamento base. Era circular, tenía un escáner en la parte superior y se encontraba rodeado de depósitos de suministros. Giró hacia la derecha buscando algún movimiento, algo que

indicase que los habitantes estaban seguros (o no). Fue entonces cuando vio una línea irregular de aeromotos buitre personalizadas y pintadas de negro. Algunas llevaban calaveras a modo de adorno, y una de ellas llevaba un cubo prisión modificado acoplado. Raynor pudo discernir las siluetas de dos personas esqueléticas en su interior. Era imposible saber con seguridad si se trataba de hombres o mujeres, pero parecían dos sacos de huesos recubiertos de una piel tensa y quemada por el sol. Fueran quienes fuesen, debían haber estado a la sombra desde hacía tiempo, y posiblemente no se tratara de investigadores científicos, sino de otros pobres diablos.

—Maldita sea.

—¿Los ves, marshal? —presionó T-Bone.

—Cierra la boca. ¿O quieres que nos descubran? —contestó Raynor.

—Los ves, entonces. Los ves. ¡Ay, tío! —lloriqueaba Rodney.

Raynor siguió analizando el lugar. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban los niños? Después vio a un grupo de hombres y mujeres, formados en fila, con las manos en la cabeza y dirigidos por un hombre con una cresta teñida de rojo, pantalones negros y un chaleco de piel sobre el pecho desnudo y lleno de tatuajes. Tenía un collar de púas y un pendiente en la nariz. Raynor sintió un vacío en el estómago... era la banda de Mazor.

Siguió mirando el lugar y vio a más de ellos. Pudo contar unos diez, todos armados. Se dio cuenta de que habían separado a los niños de sus padres y los habían puesto en una fila diferente.

¡Mierda! —masculló Raynor. Lo superaban en número, en armas, y estaba a 160 kilómetros de distancia del camión de transporte de prisioneros. Nadie vendría a investigar por esta zona.

Volvió a mirar a través de sus prismáticos. El retículo se centró en un jovencito al que empujaban hacia la fila de los niños. Ahora, eran cuatro en total. Raynor alzó la vista y reconoció aquel rostro que había visto ya millones de veces en los carteles de «Se busca», en mensajes de video o en actualizaciones interplanetarias de orden público. Se trataba del mismísimo Mazor. Era calvo, tenía una barba blanca como la nieve, un porte musculoso y un evidente implante óptico cibernético de color rojo brillante.

—La madre que me parió... —Miles de pensamientos atravesaron la mente de Raynor, pero todos llegaron a la misma conclusión: iba a tener un bebé, a traer una vida a un mundo donde merodeaban hombres como Mazor.

—¿Están allí abajo? —preguntó Marduke.

—Sí.

—¡No, no, no! —lloriqueó Rodney.

—Entonces, ¿qué piensas hacer, marshal? —preguntó T-Bone—. ¿Vas a dar aviso de la situación cuando salgamos del cruce o qué?

—¡Marshal, mira! —Era Marduke. Raynor dejó rápidamente los prismáticos y se giró justo a tiempo para ver cómo un explorador de la banda de Mazor cruzaba el

barranco a toda velocidad. Pudo ver el reflejo del sol en las gafas de este cuando le dirigió una mirada.

—Maldita sea. —Jim se lanzó sobre el buitre y empezó a jugar con unos botones y ruedecillas—. Tengo que bloquear su comunicador. ¡Vamos, vamos! ¡Bingo! —Un sonido agudo de alta frecuencia llenó el aire, se estableció la conexión y el comunicador del explorador dejó de funcionar. Raynor cogió su rifle de la parte trasera del buitre y caminó hacia el borde del acantilado.

Observó a través de las lentes del rifle de francotirador, agrandó la imagen y cargó el arma. Por un instante, la aeromoto buitre parecía volverse más y más distante... Respiró hondo, apuntó a su objetivo y apretó el gatillo con convicción. Odiaba tener que hacerlo de esta forma, pero era la única manera.

El rifle dio un fuerte culatazo y el disparo alcanzó al explorador. Este cayó de su aeromoto y el buitre derrapó sobre el suelo desértico. Había sido un disparo excelente, el mismo tipo que hubiese hecho Tychus con orgullo durante la época de forajido de Raynor, el mismo tipo que pudiese haber hecho Ryk Kydd, el francotirador de su escuadrón. Sin embargo, este disparo iba a traer problemas. «Si el explorador no contesta, vendrán a ver qué pasa», pensó Jim. Eso complicaba las cosas. Tenía que decidir qué hacer y hacerlo ahora. Tenía entre manos un explorador muerto, unos traficantes de esclavos llevándose a unos niños, otros preparándose para matar a los investigadores científicos y tres convictos apiñados en el cubo prisión. Superado en número y en armas.

Raynor se acercó al cubo. Miró fijamente a Marduke Saul. —¿Sabes usar un lanzaproyectiles?

—Diría que sí —dijo Marduke con una sonrisita ladina.

—¿Y tú, *bocachancla*? ¿Sabes cómo usar un lanzagujas o un lanzaproyectiles? — La mirada de Raynor se posó sobre T-Bone.

—¿Tú qué crees?

—¿Y tú, Rodney? ¿Has usado alguna vez un arma de fuego?

—Yo... bueno...

—Este nunca ha tocado un arma —interrumpió T-Bone.

—Sí que lo he hecho. Claro que lo he hecho —respondió Rodney.

Raynor volvió a girarse hacia el cañón que yacía a sus pies. Una ráfaga de viento proveniente del valle golpeó su rostro. Se sentía frío y seco bajo el cálido sol y le recordaba sus días en Shiloh. Volvió a mirar al interior del cubo.

—Supongamos que hacemos un trato. Allí abajo hay diez asesinos desalmados que están capturando a los investigadores científicos y a sus hijos para convertirlos en esclavos o vete tú a saber qué. Pronto vendrán en busca de ese explorador y está claro que yo solo no puedo manejar esta situación.

—Desde luego que no puedes —interrumpió T-Bone—. Además, diría que ni siquiera tienes las habilidades necesarias.

—La cosa es que estáis vosotros tres aquí dentro y mi buitre está lleno de armas,

minas araña y todo tipo de cosas desagradables.

—Marshal, no es una idea muy brillante poner armas en las manos de tres conocidos convictos.

—No, no lo es, Smalls. Pero todavía tengo aquí esta pulsera con seis botones que puede inmovilizaros con mucho dolor o haceros desaparecer para siempre. Si tienes alguna duda, pregúntale a Marduke. Así que no es una idea tan estúpida después de todo.

—Explícame por qué íbamos a ayudarte —dijo Smalls acercándose a los barrotes.

—¿Qué te parece si hablo con la gente de El Indio? Ayudar a un marshal confederado en una situación como esta podría hacerte sumar algunos puntos con el alguacil.

—O hacer que los otros prisioneros quieran matarnos —añadió Marduke con una burla.

Raynor sabía que tenía razón. No era el tipo de argumento que lograría persuadirlos. Una vez más, le vino a la cabeza aquella época en la que él estaba en el lugar de los convictos. Pensó en lo atractivo que le resultaba al principio vivir una vida en fuga constante hasta que todo se le fue de las manos y se convirtió en un aparente carrusel de arrepentimiento sin salida. Hasta que el magistrado de Mar Sara, un hombre al que tenía suerte de conocer desde su juventud, vio algo en él, le dio una segunda oportunidad y le hizo la oferta que cambió su vida...: lo convirtió en un marshal confederado. Ya nunca más sería más un criminal.

—De acuerdo, grandullón. —Raynor se inclinó hacia él. Sabía que el tiempo se estaba agotando y tenía que actuar deprisa—. ¿Alguna vez has pensado en redimírtela redención?

—¿Quieres decir como tú? —interrumpió T-Bone—. ¿Con la ayuda de un pijo de alta categoría que me deje hacer borrón y cuenta nueva?

—Exacto. Ayúdame a salvar las vidas de esas personas y yo fingiré que fuimos asaltados y que todos vosotros fuisteis capturados.

—A ver si lo he entendido bien —continuó Marduke—: nosotros te ayudamos ¿y tú nos dejas libres?

—Lo considero un trato justo. Creo que sería como daros la misma oportunidad que yo tuve en su momento.

—¿Vas a dejar a este asesino en libertad? —dijo T-Bone con el ceño fruncido—. ¿Sabes lo que ha hecho?

—Bueno, yo acepto —dijo Rodney—. Vaya si acepto. ¿Una oportunidad para librarme de ir a El Indio? Cuenta conmigo.

—¿Qué tengo que perder? Bien... De acuerdo. —T-Bone sonrió.

—¿Y tú qué dices, grandullón?

—Se supone que tengo que confiar en ti, ¿eh? —dijo Marduke enfadado.

—Eso es.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Porque lo único que tiene un hombre en esta vida es su palabra, Marduke. Y yo te estoy dando la mía. —Raynor miraba fijamente al asesino—. Si te digo que puedes confiar en mí es porque puedes.

—¿Sabes cuántos hombres me han dado su palabra, Raynor? Ni uno de ellos ha cumplido... Diablos, mi vida sería muy distinta si lo hubiesen hecho. Una vez confié en un hombre y terminó asesinando a mis padres. Luego, confié en otro hombre y me costó mi primera barra de estimulantes. Y en otro más que me metió en una «familia» de asesinos y convictos. Todo eso es lo que he sacado de confiar en la palabra de un hombre, marshal. Me encantaría vivir en un mundo donde los hombres hicieran honor a su palabra.

—Te doy la mía —insistió Raynor—. ¿No quieres una segunda oportunidad?

—Ojalá hubiera una segunda oportunidad para los tíos como yo.

—Yo solía pensar de la misma manera —dijo Raynor—. No puedo ofrecértela de otra forma. Mi pregunta es: ¿estás dispuesto a aceptarla?

Marduke inclinó la cabeza. Estaba pensándolo seriamente, sopesando todo. —Voy a confiar en tu palabra, Raynor— dijo finalmente—. Si no cumples con ella, bueno, supongo que no me sorprendería, pero... ¡Diablos! Bien, nunca me han gustado mucho los traficantes de esclavos.

—Entonces, parece que tenemos a algunos traficantes de esclavos que detener, chicos.

Raynor pulsó dos botones de su pulsera y el resplandor que rodeaba los barrotes se desvaneció. Pulsó otro botón y los barrotes de la parte trasera del cubo se elevaron. Raynor abrió el compartimento del buitre y comenzó a sacar las armas de la Confederación. Una lanzagujas, un lanzaproyectiles, un fusil gauss. Y debajo de ellas, había una caja verde con minas araña.

—A que son monas, ¿eh? —bromeó T-Bone—. Cogeré la grande, el gauss.

—No, esa va mejor conmigo —dijo Marduke, haciéndose con el arma sin dudar.

—Tengo un plan —dijo Raynor.

* * *

Los cuatro hombres se movieron en silencio, paso a paso, en dirección al depósito de suministros que se encontraba más al sur. Allí fuera, dos miembros del equipo de Mazor revolvían los contenedores, desperdigando las provisiones por el suelo en busca de los mejores productos para robar. Ambos estaban vestidos de negro, sus cabellos eran de colores brillantes y llevaban pendientes. También estaba claro que la idea de afeitarse no era una de sus predilectas.

Raynor y el grupo de convictos se parapetaron la parte trasera del depósito. Jim dio la señal y, entonces, Marduke y T-Bone se movieron hacia el otro lado. Raynor y Rodney avanzaron. Antes de que Rodney supiera siquiera lo que estaba haciendo,

Raynor ya había abatido a los bandidos con su rifle; para cuando quisieron darse cuenta de su presencia, Raynor los estaba golpeando en la frente con los suministros. El impacto sonó exactamente como el golpe seco de un sistema hidráulico de extracción de minerales.

El traficante de esclavos cayó de espaldas y quedó tendido sobre un manantial de su propia sangre. El otro bandido cogió su arma y apuntó a Rodney, que todavía intentaba ponerse al día con la situación. Antes de que pudiese actuar, Marduke lo arrinconó y lo levantó por el cuello con su brazo derecho, mientras le cubría la boca con el izquierdo.

—Tráelo aquí atrás. —Raynor arrastró al bandido inconsciente por los pies hacia la sombra, al cobijo del depósito de suministros. Marduke sujetaba al otro canalla. Por más que el hombre intentaba librarse, el colosal convicto lo agarraba con firmeza. Una vez alcanzaron la parte trasera de la construcción, Marduke soltó al traficante de esclavos y le propinó un puñetazo en la mandíbula a velocidad hipersónica. El hombre cayó al suelo y expectoró sangre. Raynor se agachó y tomó la cara del hombre por la barbilla.

—¿Adónde lleváis a los niños y al resto de la gente?

La cabeza del bandido rodó hacia la izquierda como si estuviera flotando sobre un cojinetes de bolas. Luego, exhibió una sonrisa bromista bañada en sangre. —Un marshal confederado... Serías un bonito premio. Seguramente vales mucho.

¡ZAS! Esta vez fue el puño de Raynor el que golpeó la cara del bandido. Raynor había aporreado a muchos hombres antes y este no se iría de rositas más fácil que los demás. Cogió su rifle y lo puso en la sien del individuo.

—Acabo de ponerlo en modo silencioso. Te das cuenta de que aquí tengo jurisdicción para aplicar la ley según crea conveniente, ¿no?

—Da igual. Los niños van para subasta, y los investigadores científicos... para la tumba.

—Los investigadores científicos no son tan convenientes como los niños —dijo T-Bone escupiendo.

—Aquí el segundo de abordaje tiene razón —dijo el bandido—. Luego se giró hacia Rodney y sonrió aún con más ganas. —¿Ves a este de aquí? Este es tu punto débil.

En un abrir y cerrar de ojos, el bandido estaba de pie y a punto de hacerse con el arma de Rodney. Pero antes de que pudiese alcanzarla, Marduke le voló los sesos con el gauss.

—¡Mierda! Seguramente han oído esto —dijo Rodney con la respiración entrecortada.

—Entonces, en marcha. ¡Ahora! Marduke, tú y Smalls id a rescatar a los niños. Seguid esas huellas hacia el este. Todavía no han salido del campamento. Rodney, tú vienes conmigo. Vamos a detener esta matanza. Ah, chicos, no os olvidéis que la señal de esas tobilleras es de largo alcance.

—Hombre de poca fe. —T-Bone sonrió y dijo a Marduke—: Oye, tú, bestia. Vamos a salvar a esos niños.

* * *

Jim y Rodney se dirigieron a la parte trasera del campamento y se acercaron lo máximo posible a las paredes del depósito de suministros, aprovechando la protección que les brindaba. Estaban siguiendo los interminables rastros de las polvorientas pisadas de las víctimas y sus captores, que marchaban de lado a lado. Ahora podían oír voces a poca distancia, detrás del centro de mando. Estaban cerca. Corrieron hacia un muro a la sombra de una gran antena de sónar y miraron cuidadosamente a su alrededor.

—Maldita sea —dijo Raynor mientras tironeaba de la camiseta de Rodney hacia el suelo—. No te levantes. Les están haciendo cavar sus propias tumbas.

Ahora podía verlos: seis investigadores científicos con palas cavaban una enorme fosa. Sobre la tierra, yacía el cuerpo inerte de un séptimo, con un tiro en la cabeza, cubierto por su propia sangre. Detrás de los investigadores científicos estaban Mazor y tres de sus amigotes.

Raynor cogió su bolsa y la apoyó sobre el suelo. Dentro estaban las minas araña. —Vale, las colocaremos por aquí y atraeremos a los matones. Cuando te dé la señal, activas el percutor. ¿Entendido?

De repente, Raynor perdió la noción de lo que estaba pasando.

Cuando se giró hacia donde estaba Rodney, se encontró cara a cara con el cañón de una pistola que, de un culatazo, lo dejó tendido en el suelo. Intentó levantar la mirada, pero no era capaz de abrir los párpados. No oía nada... Un zumbido que parecía perforarle la base del cráneo hacía imposible silenciaba todo lo demás. ¿Lo habían flanqueado? ¿Había subestimado a Mazor? ¿Habría dejado este un explorador de guardia? Finalmente, con mucho esfuerzo, Raynor abrió los ojos.

Rodney se alzaba sobre él, y le empujó hacia un lado para hacerse con la bolsa de minas araña.

—Esto me puede suponer una buena suma de dinero. —Rodney miró a Raynor, que apenas tenía los ojos abiertos y estiraba su mano para intentar alcanzarlo—. Quieto, marshal —dijo en un susurro—. ¿No sabes que la gente no cambia? ¡Soy un convicto, idiota!

Y con esas palabras, Rodney aplastó la nariz de Jim de un zapatazo. El mundo de Raynor se oscureció.

* * *

Marduke y T-Bone habían seguido las huellas más allá del depósito de

suministros, donde las aeromotos de la banda de Mazor formaban una fila cerca de las torres de conducción de humedad. Al escuchar voces, se tiraron al suelo y avanzaron poco a poco reptando hacia el lugar. Marduke había usado esta técnica infinidad de veces durante su época de oro para abatir a sus enemigos incluso antes de ser visto. Lo había hecho de muchas maneras diferentes: a veces, con una espada; generalmente, con un arma; y, en ocasiones, cuando era necesario, con sus manos desnudas, aunque esta última forma no era de su agrado. Era un trabajo lento y tedioso, y solo sabía que su presa estaba muerta una vez exhalaba un último y sofocado gemido de sus pulmones.

Al principio, cada persona a la que mataba quedaba grabada en su mente. Se le aparecían con más frecuencia durante la noche o cuando estaba solo y libre de distracciones. Pero un buen día se dio cuenta de que eso ya no le suponía un problema. Podía matar sin pestañear, sin pensárselo dos veces, y eso, de alguna manera, era una realidad aún más aterradora que el ser perseguido por los fantasmas de sus víctimas. Pero ahora ya estaba cansado de tantos asesinatos, de las huidas... Curiosamente, su condena en El Indio había sido una bendición para él. Ninguno de sus antiguos socios vendría a solicitar sus servicios. Todo acabaría para él.

«Pero ¿y si...?», pensó.

¿Y si pudiese empezar de nuevo? ¿Qué pasaría si todos pensarán que murió o desapareció en el cruce? Quizás Raynor tuviese razón y entonces un desgraciado como él pudiera contar con una segunda oportunidad. Pero lo primero era lo primero; sus días de asesino todavía no habían acabado. Al menos esta vez los traficantes se lo merecían. Y ni se darían cuenta de qué estaba pasando.

Marduke y T-Bone treparon hasta la punta de las torres de conducción de humedad. Sus ventiladores giraban lentamente intentando atrapar las más efímeras brisas del desierto. Del otro lado, la banda de Mazor cargaba a los jóvenes en su cubo prisión. Se trataba de un modelo más antiguo y los barrotes tenían un aspecto oxidado y frágil debido al tiempo que había pasado en estos páramos áridos. Los niños estaban horrorizados, sus rostros eran el mismísimo retrato del miedo y la consternación.

Cuando uno de los ventiladores hizo el último ruidoso giro, Marduke miró a Smalls y gritó:

—¡Ahora!

Marduke Saul se levantó y atacó, haciendo explotar todo lo que se le cruzaba en su camino con el gauss. El chirrido agudo que provenía de las púas hipersónicas al despedazar carne y hueso era ensordecedor. T-Bone lo seguía a gran velocidad, lanzaproyectiles en alto, dirigiendo potentes disparos a la banda. Los niños corrían presas del pánico; algunos se tiraban al suelo, otros se escondían detrás del cubo. La banda de Mazor realmente no tenía ninguna probabilidad de sobrevivir. Marduke era un profesional y la balanza se había inclinado a su favor con el factor sorpresa. Todo acabó tan pronto como había comenzado. Esa era la ventaja de las armas modernas.

El cuerpo humano no estaba preparado para competir con púas que vuelan a velocidades hipersónicas, y ni siquiera la mejor de las armaduras podía detener a un buen tirador.

Marduke se tomó un momento para asimilar la masacre que se había producido. Miró larga y duramente a los temerosos niños que se escondían detrás de todo aquello que podían encontrar: aeromotos buitre, el cubo prisión... Sus lágrimas expresaban una mezcla de alivio, incertidumbre y terror. No entendían si estos hombres estaban aquí para secuestrarlos o para salvarlos. Marduke había pensado en esa posibilidad. Vio el miedo en sus ojos y supo que estaban inseguros.

—Venid, pequeñines. No mordemos... a menos que a las chicas les guste. —T-Bone miraba lascivamente a una de las chicas mayores. Tendría unos dieciséis años, era rubia y hermosa.

—Cierra la boca, Smalls. Mantenla cerrada o te arrancaré la mandíbula de tu maldita cara. —Marduke dedicó a T-Bone Smalls una mirada glacial. Luego, se giró hacia donde estaban los niños—. Ahora estáis a salvo. ¿Me oís? Estáis a salvo. —Era bastante difícil de creer, dado que todo cuando había entorno a ellos era sangre y muerte.

—Tranquilo, grandullón. Solo estoy bromeando. No les tocaría ni un pelo de esas bonitas cabezas. Bueno, quizás a esa sí.

Sin dudar, Marduke levantó a T-Bone por el cuello y lo dejó suspendido en el aire. —He dicho que cierres la boca y que la mantengas cerrada, ¿te enteras?

T-Bone respiraba con dificultad. Ahogándose, soltó el lanzaproyectiles e intentó liberarse de Saul con ayuda de las dos manos. —Está bien— logró decir—. Vamos.

—¡Chicos, chicos! Vale ya.

Marduke se dio la vuelta y vio a Rodney con la pulsera de Raynor en la mano, la que controlaba sus tobilleras. —Suéltalo— dijo Rodney—. Somos libres, salgamos de aquí.

Marduke bajó a Smalls y le soltó el cuello. —¿Qué ha pasado con el marshal?

Rodney sonrió.

—El hombre era demasiado confiado. —Tocó un botón de la pulsera y las tobilleras se abrieron—. ¿A quién le importa? ¿Crees que nos iba a soltar de verdad? ¡Ni de coña! Tenemos aeromotos aquí, y hasta las placas de identificación de los investigadores científicos. Vámonos antes de que llegue la banda de Mazor.

T-Bone se rio a carcajadas. La hilaridad de la situación y el alivio de sentirse libre se apoderaron de él. Ya no había El Indio en el horizonte, y corría mucho menos riesgo.

—«El hombre era demasiado confiado». Vaya, vaya. Buen trabajo, chaval. Y yo que pensé que eras una nenaza.

—¿Está vivo? —preguntó Marduke.

—¿Quién? —respondió Rodney.

—El marshal.

—Creo que sí... No sé. Le metí bastante fuerte. —Rodney caminó hacia las aeromotos. Los niños, que presentían el peligro, se apiñaron cerca del cubo prisión encogidos de miedo.

—Me gusta esa preciosidad de ahí. ¿Y a ti, Rodney? —T-Bone volvió a lanzarle una mirada lasciva a la rubia. Ella se deslizó bajo la pared del cubo prisión, agarrándose a un barrote e intentando esconderse detrás de este.

Marduke observó a los criminales, hombres como él, con pasados inmundos y morales quebrantadas. Hombres que conocía de toda una vida. En ese momento, escuchó la voz de Raynor como un murmullo de la mente: «lo único que tiene un hombre en esta vida es su palabra, Marduke. Y yo te estoy dando la mía».

—¡T-Bone! —gritó.

Cuando Smalls se dio la vuelta, Marduke le dio tal puñetazo en la cara al convicto y con una tan inconmensurable que hizo que cayera al suelo.

—¿Qué demonios estás...? —Pero Rodney no pudo terminar la frase. Marduke lo golpeó en el puente de la nariz, lo que le provocó un desmayo inmediato.

Los niños observaban en total confusión. Habían visto más violencia en la última hora que la que muchos otros habían presenciado en toda sus vida. Nada de esto tenía sentido para ellos.

* * *

—Bueno, bueno, mirad lo que tenemos aquí: un auténtico marshal confederado. —Mazor miró a Raynor con una sonrisa dorada que sugería el sádico deleite de su descubrimiento. Su ojo cibernético amplió la imagen haciendo un ruido.

Raynor parpadeó con dificultad. Sus ojos estaban pegados por la sangre que se había secado a su alrededor. La cara le dolía mucho. Podía sentir cómo se hinchaba como un globo. Apenas si podía distinguir a través de la sangre y la confusión al hombre que lo miraba. Cuando por fin pudo ver, solo dijo:

—Mazor.

La gran sonrisa de Mazor brillaba bajo la luz del sol. Se volvió hacia los dos traficantes de esclavos que estaban detrás de él y dijo:

—Mirad eso, chicos, soy famoso.

—Un famoso esclavista —dijo Raynor con dificultad. La sangre le corría por la garganta.

—¿Y quién dice que eso sea algo malo? ¡Levántate! —Mazor apuntó su lanzaproyectiles a la cara de Raynor.

Jim miró el cañón del arma. Y así es como iba a acabar la cosa: por perseguir la estúpida idea de que, de alguna manera, podría llegar a ser mejor persona de la que alguna vez fue. Los remordimientos que sentía por su pasado lo habían metido en este lío, y lo sabía. Su patético deseo de compensar las atrocidades que había cometido y de confiar en la idea de que otros también podrían redimirse. ¡Qué inmaduro! ¡Qué

ingenuo! Iba a pagar por todos sus errores, pero lo peor es que Liddy y el bebé también pagarían.

—Diablos. —Raynor se levantó tambaleándose. Intentó ponerse recto para poder mirar a Mazor directamente a los ojos. No iba a darle la satisfacción de que lo matara de rodillas o suplicando. Si era así como todo iba a acabar, al menos sería con un poco de dignidad.

Mazor le devolvió la mirada. El servomecanismo chirriaba cuando el ojo cibernético se ajustaba. —Quiero enseñarte algo. Date la vuelta.

—No —dijo Raynor.

—¿No?

—Si vas a matarme, que sea mirándome a los ojos.

Mazor así lo hizo; su mirada era letal. Pero luego su gesto se relajó y dejó entrever una sonrisa de superioridad adornada por un diente de oro y la podredumbre de sus caries. En un instante, la sonrisa desapareció y su rostro exhibió una colérica mirada; hundió el lanzaproyectiles en el vientre de Raynor y este cayó de rodillas en el suelo, escupiendo trozos coagulados de sangre.

Raynor podía oír la cacofonía de risas a su alrededor. Sentía como si sus tripas goteándose desparramaran en su interior. Una vez, el lanzaproyectiles apuntó a su cabeza.

—Marshal, creo que sus servicios en Mar Sara ya no son necesarios.

Jim cerró los ojos. Pensó en cómo había llegado hasta allí. Pensó en sus días junto a Tychus, y en la guerra de aquellos años pasados. Deseó en su fuero interno haber hecho lo suficiente para que la gente lo recordase como un buen hombre. Esperaba que Liddy pensara eso de él cuando llegara el momento de hablar a su hijo de su padre ausente. Inspiró profundamente y se preparó para el olvido.

Exhaló al ritmo de un *ra-ta-ta-tá*, el sonido de las púas hipersónicas al desgarrar la carne. Sus ojos se abrieron de inmediato y observó que ya no había nadie frente a él. Mazor yacía muerto junto a los otros dos traficantes de esclavos. Las púas surcaban el aire a su alrededor mientras los traficantes restantes intentaban escapar sin éxito de la una lluvia de acero. Raynor hizo lo único que podía en ese momento: echarse al suelo y mantener la calma. La nube de polvo que se había levantado le impedía ver qué estaba ocurriendo; solo podía oír los gritos de los hombres desangrándose y el letal traqueteo del arma de fuego.

Aquello pareció durar una eternidad, pero al fin el tiroteo cesó. Una vez la polvareda se hubo asentado, Raynor se encontró mirando al ojo sin vida de Mazor. Su órbita cibernética volvió a enfocarse y el servomecanismo se movió de atrás hacia adelante. Raynor cogió su arma y comenzó a arrastrarse en busca de un lugar donde poder esconderse. No estaba seguro de a quién podía encontrarse y de si pensarían que era amigo o enemigo.

—¿Marshal? —llamó una voz—. Marshal, ya no hay moros en la costa.

Raynor conocía esa voz.

—¿Marduke? —murmuró en voz baja antes de gritar—: Saul, ¿eres tú?

—Mantuve mi palabra, marshal.

Raynor pudo verlo al fin, una figura borrosa en medio del remolino de arena, una silueta musculosa que contrastaba con la intensa luminiscencia enrojecida del crepúsculo. Jim intentó levantarse, pero un dolor punzante en el estómago lo obligó a doblarse. Los cadáveres estaban por todas partes, desperdigados y hechos pedazos hasta el punto de ser irreconocibles. «Qué forma más extraña de redimirse», pensó Jim. Todavía estaba débil y tenía la vista nublada, pero era capaz de mantenerse en pie.

—La pregunta es —dijo Marduke—: ¿mantendrás tú la tuya?

* * *

Raynor estaba casi fuera de Cruce de la Perdición cuando realmente comprendió todo lo que había sucedido. Había recogido a la investigadora científica en Cañón del Juicio y la había traído al campamento base. Juntos, habían enterrado a los muertos. Sabía que esos niños nunca olvidarían ese día, que sus noches estarían llenas de pesadillas durante muchos años; pero también sabía que recordarían lo que él y Marduke habían hecho. Esperaba que se concentrasen más en ese aspecto y que el hecho de que esos dos hombres se enfrentaran a toda la oscuridad que la vida podía haberles traído los reconfortase. Ahora, sus escáneres estaban parpadeando de nuevo y podía oírse a través del comunicador del buitre el bullicio de camiones mineros, naves de evacuación y algunos palurdos intercambiándose pullas. El Indio estaba solo a 320 kilómetros de distancia. Llegarían en cualquier momento.

Sin embargo, en vez de entregar tres prisioneros, solo entregaría dos: T-Bone Smalls y Rodney Oseen. Marduke Saul, el asesino, había muerto en el ataque a la banda de Mazor. Saul y el resto de criminales fueron enterrados junto a unos desgraciados investigadores científicos en una fosa común que tuvieron que cavar ellos mismos.

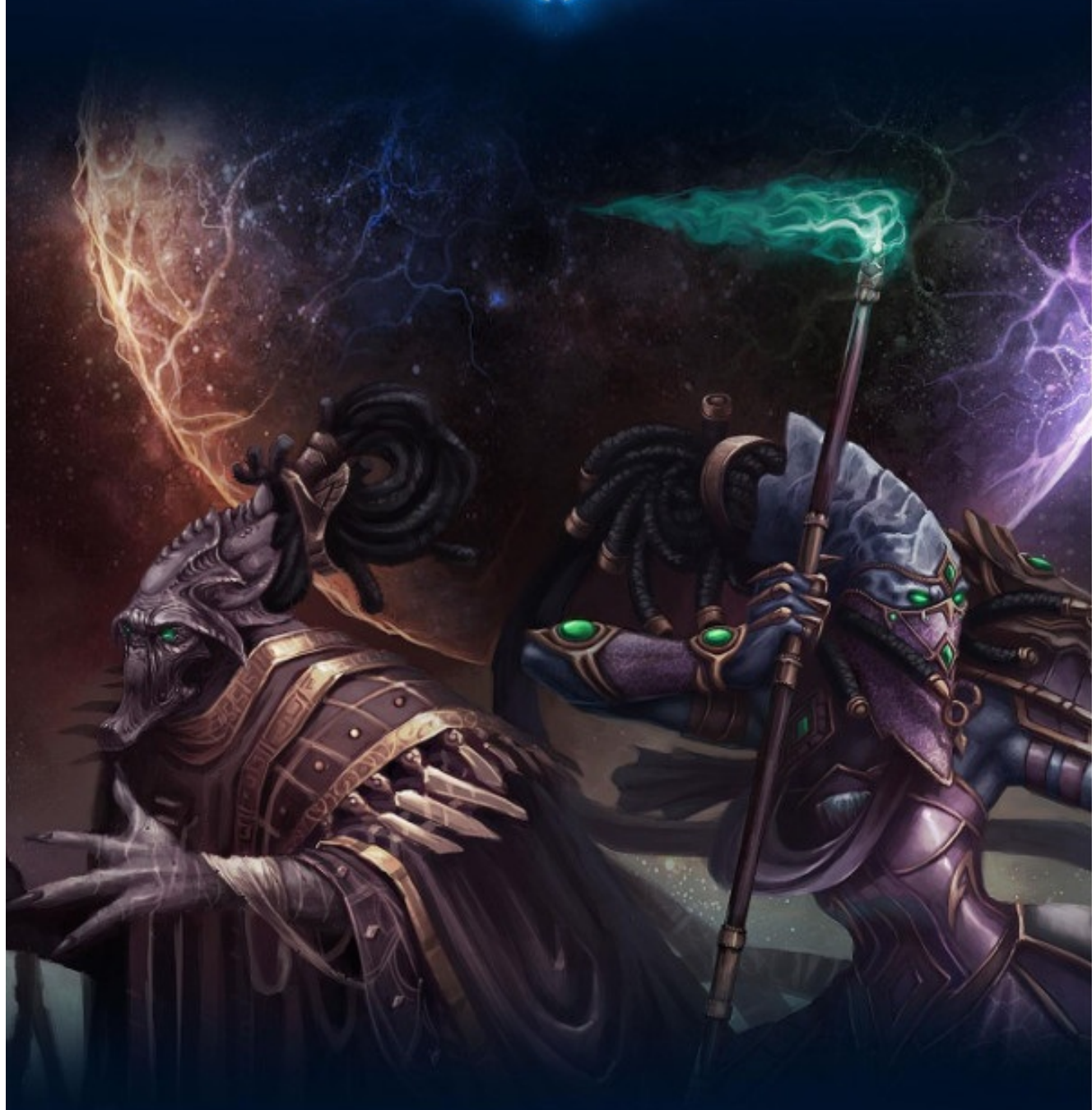
Esa es la historia que repetía en su cabeza y que se preparaba para contar. Pero la realidad era que Saul se había marchado. Jim era un hombre de palabra y puso a Marduke en libertad con la idea de que pudiera empezar una vida nueva, con esperanzas renovadas y la posibilidad de ser lo que quisiera.

Mientras sentía el silbido del viento en sus oídos, Raynor cruzó la línea oficial de salida y se preguntó si había hecho lo correcto. Se imaginaba a Marduke por Cruce de la Perdición, en dirección al sol poniente, montado en una de las aeromotos de la banda de Mazor igual que él, Jim, pensando en hacer borrón y cuenta nueva (con un poco de suerte). Se preguntaba si eso sería posible, no solo para Marduke, sino también para sí mismo. Quería creer que sí.

Regresaba a casa con Liddy y su bebé, a una vida que nunca imaginó merecer. Era consciente de esa realidad, y se deleitaba en ella. Le encantaba.

STARCRRAFT

LEGACY OF THE VOID™



HIJOS DEL VACÍO

MATT BURNS

HIJOS DEL VACIO

Cuando una insurrección nerazim amenaza a los daelaam, Vorazun —hija de la matriarca Raszagal— tendrá que decidir a quién mostrar su lealtad.

Un observador invisible surcaba el silencioso cielo de Shakuras sin rumbo fijo. Era una de las muchas sondas automatizadas que patrullaban el planeta día y noche. Esta, en particular, rastreaba una ruta de vigilancia en una pequeña sección de la capital, Talemатros.

La ciudad se prolongaba kilómetros de distancia en todas direcciones y constituía una extensión de piedra y metal que se asemejaba a una inmensa piel de reptil. Miles de espirales puntiagudas sobresalían de la superficie. Una densa niebla difuminaba y reflejaba la luz de los cristales iluminadores que poblaban el paisaje urbano. A esta hora de la noche, reinaba la calma. La mayoría de los protoss de Aiur y los nerazim que vivían en Talemатros dormían. Los únicos movimientos que el observador detectaba eran los de los centinelas y otras sondas de seguridad en alguna parte de la ciudad.

La matriz sensorial bulbosa del observador giraba de lado a lado como un enorme ojo de insecto, captando toda la información. La sonda determinaba qué guardaba y qué descartaba de lo que veía. Su propósito principal era proteger a los habitantes de Talemатros de cualquier peligro posible, incluyendo las amenazas que suponían los unos para los otros.

El observador no podía comprender las sutilezas de la relación entre los nerazim y los protoss de Aiur, ni las razones por las que las tensiones entre ellos habían alcanzado cotas tan febriles últimamente. La sonda solo tenía una consigna: ayudar a preservar a los daelaam, el gobierno de la unidad.

Al no percibir nada fuera de lo normal, el observador se giró para regresar a su ruta preprogramada. Fue entonces cuando detectó la anomalía. Algo había cambiado en la Ciudadela: la base daelaam. No había saltado ninguna alarma en el edificio, pero los centinelas no respondían.

Un propulsor gravítico impulsó al observador hacia la Ciudadela para investigar. La estructura piramidal se elevaba sobre la niebla, que ocultaba la mayor parte de la ciudad. Intrincados patrones geométricos entrelazaban la brillante superficie hecha con aleaciones de la Ciudadela. El edificio se ubicaba sobre un inmenso disco que solía levitar durante el día, elevando la Ciudadela entera por el aire. Pero de noche, el disco se posaba en el suelo. Un largo estandarte colgaba de una ventana cercana al vértice de la Ciudadela. Cuatro círculos en equilibrio, el símbolo daelaam, aparecían tejidos con hilo de oro brillante.

El observador se detuvo y planeó unos cuantos metros desde la ventana. La sonda intentó comunicarse con los centinelas apostados dentro del edificio, pero no respondieron.

Alguien se movió al otro lado de la ventana. Alguien rodeado por un campo de invisibilidad. Los sensores del observador vieron a través del camuflaje. La figura era un varón nerazim. Tenía los ojos verdes, no azules como los de los protoss Aiur. Los nervios que sobresalían de la parte posterior de la cabeza habían sido cercenados, una costumbre nerazim. Pero el observador no pudo identificar quién era exactamente el extraño. Su cara permanecía oculta tras una máscara esculpida en un cráneo de hidralisco zerg.

Una cuchilla de distorsión apareció fulgente de un guantelete blindado que se escondía en la muñeca de la figura. Deslizó la cuchilla de energía dibujando un arco cerrado por fuera del marco de la ventana. El estandarte daelaam cayó, seccionado del edificio, y se alejó dando vueltas sobre sí hasta desaparecer entre la ondeante niebla.

Un nuevo estandarte se desplegó en la ventana. Era de color verde, con los bordes rasgados y hechos jirones, y veintisiete cristales violetas bordados a lo largo.

El nerazim levantó la vista al cielo, y sus radiantes ojos se fijaron en el observador invisible. Habría sido imposible verlo, a menos que el extraño hubiera establecido sus propios dispositivos de vigilancia dentro de la Ciudadela. Puede que lo hubiera hecho. La sonda detectó fuentes de energía que palpitaban dentro del edificio, pero no pudo determinar su propósito.

Consciente de haber sido visto, el observador comenzó a alejarse de la ventana. Pero ya era demasiado tarde. El nerazim apareció y atravesó con su cuchilla de distorsión el casco de metal de la sonda.

El observador solitario se precipitó desde el cielo, dejando un rastro de humo, y desapareció entre la bruma.

* * *

Vorazun colocó su bastón en el suelo y cerró los ojos mientras la plataforma de transporte aceleraba y la elevaba desde un nivel inferior de Talemатros hasta el nivel más alto de la ciudad.

Los recuerdos volvieron a aparecer: una grabación holográfica de una nave de transporte nerazim colisionando contra un escuadrón de fénix de Aiur que orbitaba sobre Shakuras. Los escudos se quebraban. Los cascos de metal y los cuerpos se desintegraban. Gritos psiónicos de dolor se silenciaban mientras los veintisiete nerazim del transporte se fundían con la noche eterna.

Vorazun había visto la grabación tantas veces que era lo único que se le aparecía cuando cerraba los ojos; lo único que soñaba por las noches. Volvió a preguntarse si podría haber evitado la tragedia. Siempre se había opuesto a que los nerazim se

unieran al ejército unificado daelaam, la Gran Armada. ¿Tendría que haber hecho algo más para impedir que su pueblo formara parte de ella? Si lo hubiera hecho, ¿seguirían vivos los veintisiete? ¿Podría haber evitado el incidente de la Ciudadela?

—¿Quién más conoce la situación?

Vorazun abrió los ojos mientras proyectaba sus pensamientos hacia el sistema de enlace psiónico de su guantelete. El aire silbaba en el exterior de la plataforma de transporte, sacudiendo con fuerza sus ropajes violeta y el velo de su rostro.

—Solo unos pocos, aparte del jerarca Artanis y la ejecutora Selendis —replicó Zahan a través del enlace—. Estaban supervisando maniobras con la Gran Armada en otra parte del sistema solar cuando oyeron las noticias. Les llevará una hora llegar a Shakuras. Mientras tanto, han enviado a Mohandar y a un puñado de fanáticos a vigilar la Ciudadela.

Tras una breve pausa, Zahan añadió:

—Los demás miembros de la Jerarquía no han sido informados. Incluido yo, pero eso no es ninguna sorpresa.

Vorazun comprendió por qué Artanis no se había puesto en contacto con ella. Era el crítico más honesto de la Jerarquía. Artanis y los demás miembros protoss de Aiur del gobierno siempre habían desaprobado a Vorazun y sus «tendencias nerazim» cuando hablaba contra las actividades daelaam. Las filosofías colectivistas de los protoss de Aiur los hacían incapaces de comprender por qué alguien querría llevar la contraria a la mayoría. Con demasiada frecuencia, sacrificaban el sentido común en virtud de la conformidad.

La tensión entre Vorazun y Artanis no había hecho más que aumentar tras la negativa de Artanis de asistir a los ritos funerarios de los veintisiete nerazim. Según sus consejeros, había estado demasiado ocupado con la Gran Armada.

Demasiado ocupado. Solo pensarlo, enfurecía a Vorazun. ¿Cómo esperaba Artanis ganarse su confianza —la confianza de los nerazim— si no encontraba tiempo para honrar a los muertos?

—Pero el hecho de que Artanis no informe a los demás miembros de la Jerarquía es algo sorprendente —dijo Vorazun—. Parece que quiere mantener este incidente en secreto. Quiere resolverlo antes de que la ciudad despierte.

La estrategia resultaba extraña y nada convencional para un protoss de Aiur. Artanis solo había llamado a Mohandar, el líder de los nerazim, para ayudarlo a resolver la situación.

—Eso sería sensato. Los protoss de Aiur no se pondrán muy contentos si descubren que los nerazim han invadido la Ciudadela —replicó Zahan—. No después de lo que ha ocurrido recientemente.

Cientos de nerazim habían abandonado la Gran Armada a raíz del accidente. Esto había provocado la ira de muchos protoss de Aiur, que veían la deserción como un acto de traición, y habían conducido a pequeños casos de violencia entre miembros de las dos sociedades protoss. Nunca había existido tensión entre ellos, pero las

muerter de los veintisiete habían despertado algo oscuro que los empujaba a actuar con un odio que siempre habían logrado controlar.

—¿Conoces la identidad de los responsables? —preguntó Vorazun.

—Me temo que no. Lo siento, te he fallado.

—Has hecho todo lo que has podido, amigo Zahan.

Pocos fieles eran tan ingeniosos y fiables como Zahan. Formaba parte de una red de inteligencia que trabajaba para Vorazun reuniendo datos sobre los nerazim de Talemartos y cualquier problema que hubiera entre ellos y los protoss de Aiur. Si no fuera por Zahan, Vorazun nunca habría sabido lo que ocurría en la Ciudadela, lo cual la preocupaba.

Ella fomentaba la libertad de expresión entre su pueblo. La mayoría de los nerazim que tenían pensado protestar contra los daelaam o Artanis venían en busca de su aprobación. Quizás los de la Ciudadela daban por hecho que desaprobaría sus planes. Atacar la sede del gobierno era demasiado, incluso para el gusto de Vorazun. ¿Pero podía culparlos por intentarlo?

No, no podía, y menos después de lo que había ocurrido. La decisión de Artanis de no asistir a los ritos funerarios solo fue una parte del problema. Tras el accidente, él y los demás protoss de Aiur de la Jerarquía habían proseguido con los preparativos de la Gran Armada como máquinas frías y calculadoras. Ni siquiera habían diseñado medidas para impedir este tipo de incidentes en el futuro. Lo único importante para ellos era finalizar la Armada y enviarla a su gran misión para recuperar Aiur de las garras de los zerg. Para esos miembros de la Jerarquía, ¿qué importaban veintisiete muertes cuando el destino de una raza entera estaba en juego?

—¿Cómo debemos proceder? —preguntó Zahan.

Vorazun consideró la pregunta mientras la plataforma deceleraba y se detenía con suavidad en su destino. Salió de la cámara de transporte hacia la pegajosa niebla y el gélido aire nocturno. Sabía que no podía cambiar el pasado. No podía salvar a esos veintisiete. Lo único que podía hacer era impedir más muertes innecesarias entre los suyos.

—Me encargaré personalmente. Ambos sabemos que no podemos depender totalmente de Mohandar.

* * *

La estatua de la última matriarca Raszagal asomaba sobre Mohandar. El anciano y encorvado nerazim elevaba la vista hacia la efigie de piedra de su antigua gobernante, la líder que había acogido a los protoss de Aiur en Shakuras cuando su planeta natal cayó en manos de los zerg. Al hacerlo, Raszagal había sentado los cimientos de los daelaam y cambiado el destino de los nerazim para siempre. La estatua le devolvía la mirada con el mismo estoicismo y aire sosegado por el que la matriarca había sido famosa en vida.

Mohandar se estremeció y alejó la mirada de la estatua. Esa noche, algo flotaba en el aire. Nunca había sido sensible a las premoniciones, no como Raszagal, pero una intensa sensación de inquietud estrangulaba su alma con dedos helados. Su entorno se sacudía en discordia, y la oscuridad del cielo crepuscular parecía infinita e implacable en su profundidad.

Se preguntó si los diez fanáticos protoss de Aiur que patrullaban el perímetro de la Ciudadela también lo sentían. Marchaban a pares por el patio exterior del edificio y vigilaban a todo el que se aproximaba. Incluso a través de la densa cortina de niebla, su armadura resplandecía con sombras brillantes de oro y blanco. Los fanáticos no hablaban mientras estaban de servicio, al menos no que Mohandar pudiera oír. Pero sabía que compartían pensamientos y emociones a través del Khala, el enlace mental común que conectaba a todos los protoss de Aiur.

Mohandar envidiaba la juventud de los fanáticos. Desplazó su peso mientras otra ráfaga de dolor sacudió sus viejas articulaciones. Siglos de vida hacían que le resultase difícil aguantar de pie durante largos periodos. En momentos así, estaba especialmente contento de ser un nerazim y no tener el Khala; de lo contrario, todo el mundo conocería el sufrimiento que padecía.

—¿Mohandar? ¿Alguna conclusión sobre este asunto? —preguntó el jerarca Artanis a través del sistema de enlace psiónico del guantelete de Mohandar.

El pulso de Mohandar se aceleró. Se había vuelto a perder en sus pensamientos. Artanis y la ejecutora Selendis iban de camino a Shakuras y se habían puesto en contacto con él para debatir sus planes para erradicar a los rebeldes nerazim de la Ciudadela.

Artanis debió sentir la confusión de Mohandar. —Nuestro principal objetivo es eliminar a los nerazim antes de que el resto de Talemattros reaccione— dijo el Jerarca—. El tiempo es crucial. Selendis liderará a un grupo de fanáticos para introducirse en la Ciudadela y detener a los rebeldes. Me garantiza que no habrá derramamiento de sangre.

—Sí —respondió Mohandar con rapidez al recordar lo que habían estado hablando. No era la primera vez que se sentía inútil esa noche. Sus facultades mentales se habían degradado durante los últimos años a un ritmo alarmante. No le había hablado a nadie de su estado, pero daba por hecho que los demás miembros de la Jerarquía se habían percatado—. No envidio tu posición —continuó el anciano nerazim—, pero tu plan es sensato si nuestro objetivo es solucionar este incidente con discreción.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Nos pondremos en contacto contigo en cuanto lleguemos a Shakuras. Manténnos informados de cualquier avance —dijo Artanis.

—Como desees, Jerarca.

Como desees. Las palabras acudían a Mohandar con facilidad. Se preguntó si Vorazun y los demás nerazim que lo criticaban tenían razón. ¿Se ponía demasiadas

veces de parte de los protoss de Aiur a expensas de su propio pueblo? ¿Y por qué se hacía esas preguntas, precisamente ahora?

¿Esto es lo que querías, verdad, Raszagal? ¿Los daelaam? ¿La raza protoss unificada después de mil años de separación? Los pensamientos invadían la mente de Mohandar mientras volvía la mirada a la estatua de su antigua matriarca. Antes de su muerte, Raszagal le había dicho que las cosas no serían fáciles, pero que al final todo sería por el bien común.

Un día mi hija también lo entenderá, había dicho. *Pero, para ello, necesitará tu ayuda.*

—¡Mohandar!

Un fanático irrumpió a través de la niebla y saludó con un puño cerrado sobre su pecho.

—¿Sí? —preguntó Mohandar.

El guerrero señaló hacia la amplia escalera que conducía al patio interior de la Ciudadela. Al pie de la escalera se alzaba una figura, una pequeña nerazim ataviada con togas púrpura que llevaba un bastón. Un cráneo de hidralisco adornaba su hombro, un trofeo de un zerg que había liquidado cuando los alienígenas invadieron Shakuras, años atrás.

Vorazun.

—Yo me encargo —dijo Mohandar al fanático—. Sigue vigilando, joven.

El anciano nerazim avanzó presuroso, con su bastón de hueso de zerg claqueteando contra las grises piedras bajo sus pies. De nuevo, el dolor le sacudió las articulaciones, pero no flaqueó.

Vorazun observaba a Mohandar mientras esta se aproximaba. Desde lejos, le recordaba mucho a Raszagal. Vorazun tenía ese mismo porte orgulloso, los mismos rasgos finos y moldeados que muchos nerazim consideraban elegantes y hermosos. Pero las similitudes no iban más allá de los ojos. Vorazun no tenía esa tranquilidad interior que Raszagal poseía. No... Los ojos de la hija resplandecieron con un brillo salvaje y, en cierto modo, peligroso.

—*En taro Adun*, anciano —dijo Vorazun cuando Mohandar llegó a las escaleras.

—*En taro Adun*. Mohandar siguió mascando sus pensamientos. No había hablado mucho con Vorazun desde la discusión que se había producido entre ellos tras el accidente de la Gran Armada. —Esperaba que vinieras— dijo al fin. —No ocurre nada en Talemayos sin que tú te enteres, ni siquiera a estas horas de la noche.

—Quizás sería más sencillo si vinieras a verme directamente.

—El jerarca Artanis quería conservar esto en secreto —replicó Mohandar.

—También planea enviar a Selendis y a un equipo de fanáticos a encargarse de los nerazim por la fuerza. ¿Cómo crees que nuestro pueblo reaccionará cuando se entere, sobre todo después de los últimos acontecimientos? Al menos, debería haber pensado en incluir a guerreros nerazim en el equipo.

Interesante. Estaba mejor informada sobre la situación de lo que Mohandar

esperaba. ¿Acaso uno de sus fieles supervisaba las comunicaciones de enlace psiónico? No importaba. Incluso Mohandar tenía seguidores en la ciudad que le proporcionaban información.

—Artanis lo pensó, pero concluyó que sería más inteligente recurrir solo a los protoss de Aiur. Tomar la Ciudadela es un acto de traición contra los daelaam. Podría haber otros nerazim colaborando con los perpetradores... E incluso infiltrados en el ejército. —Cualesquiera sean los deseos del jerarca Artanis, debemos permanecer a su lado— dijo Mohandar. —La solidaridad es crucial.

—El bienestar de nuestro pueblo es crucial. ¿Te has puesto en contacto con los nerazim para ver si tienen alguna exigencia? —preguntó Vorazun—. Tienen que haber hecho esto por algún motivo.

—Por ahora no tienen ninguna exigencia —dijo Mohandar—. He intentado ponerme en contacto con alguien de dentro, pero nadie me ha recibido. Los nerazim han tomado el control de las sondas centinela de la Ciudadela y las usan para sellar las entradas con campos de fuerza.

—Ya veo.

Vorazun se giró y comenzó a subir la escalera.

—¿Adónde vas? —Mohandar caminó pesadamente tras ella.

Vorazun se detuvo y giró la cabeza, devolviendo la mirada a Mohandar con un ojo parpadeante. —Artanis y Selendis no llegarán hasta dentro de una hora, ¿verdad? ¿Qué problema hay en intentar volver a contactar con los nerazim? Yo no cederé tan fácilmente como tú.

La hija de Raszagal subió a lo alto de las escaleras y, tras ella, caía una niebla que parecía querer advertir a cualquiera que osara seguir sus pasos.

* * *

Un campo de fuerza azul claro brilló en la entrada acorazada de la Ciudadela. Otras barreras sobresalieron de las ventanas en los niveles superiores del edificio. Nada se movía al otro lado de los escudos traslúcidos.

—Deben saber que estamos aquí —dijo Vorazun, cada vez con menos paciencia.

—No escucharán. La gente razonable no haría algo así. —Mohandar clavó su bastón en el suelo y removió los restos de un observador que había caído de las alturas—. Y entablar una discusión con ellos no haría más que legitimar sus acciones. Quizás otros se sientan inspirados a actuar contra los daelaam. Ahora vivimos en una sociedad unificada. Debemos considerar lo que es mejor para...

—Nuestro pueblo y los protoss de Aiur. —Vorazun finalizó su pensamiento—. Sabes que apoyo la unidad.

Era algo que Artanis y los demás miembros de la Jerarquía no parecían entender nunca. Solo porque Vorazun criticara a los daelaam no significaba que se opusiera a la unidad. Solo si esa unidad se producía a expensas de su pueblo. Desde el día en

que los seguidores del Khala habían huido de Aiur y encontrado refugio en Shakuras, Vorazun había observado cómo su hogar cambiaba. Había observado cómo los daelaam desguazaban el planeta para alimentar la máquina de guerra de la Gran Armada. Había observado a jóvenes nerazim abandonar sus antiguas tradiciones en favor de las de los protoss de Aiur. Había observado cómo su cultura se transformaba, cómo se minimizaba. *Se debilitaba.*

Los daelaam se formaron bajo una promesa de unidad, pero siempre parecían favorecer a los protoss de Aiur. Siempre parecía como si tuvieran el control, incluso en el mismísimo planeta natal nerazim.

—Cuando desafías a Artanis, animas a los demás nerazim a llevar a cabo este tipo de actividades rebeldes —dijo Mohandar.

Un atisbo de culpa se percibió en su voz psiónica, una sutil implicación de que Vorazun era en cierta forma responsable del incidente. Si lo hubiera percibido en cualquier otro, se habría puesto furiosa. Pero para Vorazun era muy difícil enfadarse con Mohandar. El anciano había sido amigo íntimo de su madre. Tras la muerte de Raszagal, Mohandar ayudó a Vorazun a superar el abismo de tristeza, a pesar de que casi la devora. Por ello, ella siempre lo quería.

Y por eso cuando Mohandar fue nombrado líder de los nerazim, ella no discutió la decisión. Él era su mayor, y había servido a Raszagal durante muchos años. Sin embargo, en los últimos meses, cada vez más nerazim habían comenzado a buscar liderazgo en Vorazun en lugar de Mohandar. Algunos incluso solicitaban que el anciano se echara a un lado. Pero Vorazun nunca apoyó esas peticiones, aunque con frecuencia se cuestionó si Mohandar sería el mejor líder para su pueblo. Podría serlo... si le hiciera frente a Artanis de vez en cuando.

—Es decisión de los nerazim hacer lo que consideren oportuno —afirmó Vorazun—. ¿Acaso no es esa libertad la piedra angular de nuestro pueblo? ¿No es lo que nos separa de los protoss de Aiur?

—Eso y muchas otras cosas. —La voz retumbaba en la cabeza de Vorazun. No pertenecía a Mohandar. Pertenecía a alguien que conocía.

Vorazun giró mientras cordones de niebla formaban una espiral entorno a ella. Vio al orador en pie, al otro lado del campo de fuerza. La figura estaba distorsionada por la barrera, una silueta difusa de brillantes ojos esmeralda. Pero Vorazun reconoció al emisor de la voz psiónica.

Taelus. Uno de sus fieles; un guerrero orgulloso al que un tiempo atrás había adiestrado en el arte del combate y la filosofía. Vorazun estaba complacida, pues era alguien que la escucharía.

—Tomar el control de la Ciudadela —dijo ella—. Gran hazaña, joven Taelus. Aplaudo tu osadía, pero es una solución bastante extrema y la ciudad está bajo una gran conmoción.

Taelus no respondió. Su silencio inquietaba a Vorazun.

—¿Qué es lo que quieres? —Mohandar golpeó el suelo con el bastón para

reafirmar sus palabras.

De nuevo, sin respuesta.

Vorazun se acercó a la barrera. Su piel se entumeció con las oleadas de energía psiónica que irradiaban del campo de fuerza. —Entiendo por qué haces esto. Estoy tan triste como tú por la muerte de nuestros guerreros, y...

—Ahórrate tus pensamientos. —La voz de Taelus sonaba dentada, rayando en un asalto mental psiónico—. «Las palabras sin acción no son más que una táctica que nos conduce a una falsa sensación de victoria. Una forma de deslustrar nuestro fuego hasta que solo queden ascuas. Y si caemos en la autocomplacencia, los protoss de Aiur de la Jerarquía habrán conseguido salirse con la suya, porque habremos olvidado por qué luchábamos». ¿Reconoces estas palabras, maestra Vorazun?

—Por supuesto. —Vorazun había pronunciado esas palabras hace más de un año en una congregación de sus fieles. Había pronunciado ese discurso en respuesta a la propuesta de la Jerarquía de minar Naszar, una cordillera montañosa considerada sagrada para los nerazim. Durante siglos, el pueblo de Vorazun había viajado a la región para meditar y entrenarse para dominar el Vacío a su voluntad. Las montañas parecían contener algunos de los mayores depósitos de recursos de Shakuras. Finalmente, Vorazun había convencido al resto de la Jerarquía de que abandonara el plan de excavar el lugar.

—Y, aun así, no cumples tus propias enseñanzas —dijo Taelus—. Te has vuelto como Mohandar. Otra voz vacía en la Jerarquía. ¿Pero qué se podía esperar de la hija de Raszagal?

Mohandar se inclinó hacia delante. —Tratarás a la matriarca con respeto.

Vorazun colocó una mano sobre el hombro del anciano para calmarlo. No era la primera vez que la comparaban con Raszagal. Los demás miembros de la Jerarquía solían decir que ojalá Vorazun se pareciera más a su madre. Usaban el nombre de Raszagal como herramienta para cumplir sus fines; una salida fácil cuando la antigua matriarca no estaba para aprobar o rechazar lo que estaba sucediendo.

Como consecuencia de la instrumentalización del nombre de Raszagal, muchos jóvenes nerazim habían empezado a verla con otros ojos. Consideraban su calma constante y su filosofía de unidad signos de debilidad. Vorazun era en gran parte responsable de que el recuerdo de su madre hubiera cambiado. Más de una vez había criticado abiertamente las decisiones de Raszagal. Era una táctica para neutralizar el abuso de los demás miembros de la Jerarquía del símbolo que representaba su madre. Pero Vorazun sabía que era había algo más. En el fondo, quería distanciarse de Raszagal, quería librarse de esa pesada carga y crear un legado por sí misma.

—Yo no he renunciado a la lucha —dijo Vorazun—. He protestado por el accidente y por la forma en que Artanis lo gestionó.

—Un acto para acallar a tus seguidores, nada más —replicó Taelus.

—Pero hay más... —Vorazun se preguntó qué más debía decir, sobre todo con Mohandar presente. No tenía sentido contenerse—. Creo que lo mejor para los

nerazim es abandonar la Gran Armada por completo. Acogimos a los protoss de Aiur en nuestro planeta y les dimos cobijo, pero eso no significa que debamos librar sus batallas. ¿Cuántos nerazim morirán si los ayudamos a recuperar su hogar de los zerg? Miles, como mínimo. Debemos conservar nuestra vida para proteger Shakuras y nuestra cultura, no sacrificarnos por un planeta que no es nuestro.

Mohandar se giró hacia ella, pero no dijo nada.

—Por eso estoy aquí —continuó Vorazun—. Los protoss de Aiur pretenden enviar soldados para expulsaros. ¿Entiendes lo que ocurriría si eso llegara a suceder? Los nerazim de la ciudad, y en todo Shakuras, atacarán a los protoss de Aiur. Habrá violencia, e incluso muertes. Quiero protegeros, a vosotros y al resto de nuestro pueblo.

—«¿Acaso no es mejor morir con el fuego aún ardiendo en la sangre, que vivir para ver cómo vuestra cultura se desvanece en la noche?» —dijo Taelus, citando otro fragmento del discurso de Vorazun—. Dile a los protoss de Aiur que vengan. No nos iremos sin luchar. *Korshala Adun*, maestra.

Y después se fue, desapareciendo de nuevo en las profundidades de la Ciudadela.

—*Korshala Adun* —repitió Mohandar.

—Lo he oído —replicó Vorazun. ¿En qué estaba pensando Taelus? *Korshala Adun* era una frase que los nerazim usaban antes de partir a la batalla. Era un adiós que significaba «Hasta que nos volvamos a ver», y señalaba que el guerrero no esperaba volver con vida—. No querrá decir...

La tierra gimió y se elevó bajo los pies de Vorazun. Sus músculos se contrajeron mientras luchaba por conservar el equilibrio y mantenerse firme. En lo alto, una explosión invadió la parte superior de la Ciudadela e iluminó el patio interior con una luz esmeralda. Vorazun agarró a Mohandar por el antebrazo y lo empujó contra el lateral del edificio. Fragmentos de piedra cayeron de las alturas, impactando contra el suelo con fuerza suficiente para hacer añicos el cráneo de Vorazun.

Cuando el temblor cesó, Vorazun examinó los daños de la parte superior. Donde antes la Ciudadela finalizaba en una espiral afilada, ahora metal fundido y roca quebrada coronaban la cima. La explosión no se había provocado para destruir la Ciudadela. Su objetivo era despertar a Talematos.

Taelus, y quienquiera que estuviera dentro, solicitaba audiencia para presenciar lo que iba a suceder.

—Hay otras —dijo Mohandar.

—¿Otras qué?

—Explosiones. Artanis se ha puesto en contacto conmigo a través del enlace psiónico. Han detonado bombas en algunos de los astilleros orbitales. No parece que haya bajas.

Mohandar se quedó en silencio un momento y siguió hablando con Artanis. —El Jerarca estará aquí enseguida. Cuando llegue, Selendis y sus fanáticos se introducirán en la Ciudadela y detendrán a los rebeldes.

—Eso es exactamente lo que Taelus quiere.

Vorazun sacudió la cabeza. Esperaba que esto no fuera más que una mera protesta, un acto de desobediencia para avergonzar e irritar a la Jerarquía.

—Quería sacrificarse en una lucha con los protoss de Aiur. ¿Cómo puede ser tan insensato? Debemos entrar. Puedo hablar con él; me escuchará.

Mohandar se tambaleó en silencio. El sistema de enlace psiónico de su guantelete emitía pulsos de energía. —Por fin se lo he explicado al Jerarca. Cree que es demasiado peligroso que vayamos solos.

—Aún hay una posibilidad de resolver esto de forma pacífica.

—Artanis nos ha pedido que nos contengamos por ahora —dijo Mohandar.

—Adelante pues.

Las palabras brotaron de forma más áspera de lo que Vorazun pretendía. Dio la espalda a Mohandar para sumirse en sus pensamientos. Lo que estaba sucediendo no era culpa del anciano. De algún modo, Vorazun temía haber sido la responsable. ¿Cómo no había predicho esto de uno de sus seguidores? ¿Había habido alguna señal? ¿La había pasado por alto?

Mohandar se desplazó al campo de fuerza. —Necesitarás un centinela para perforar esto, o algún otro tipo de arma. Pero no tenemos tiempo.

—¿Tenemos?

—Tienes razón. Si podemos poner fin a esto sin la intervención de los protoss de Aiur, será beneficioso para todos.

El bastón de Mohandar claqueó contra el suelo. Extendió sus manos arrugadas hacia el campo de fuerza, mientras su frágil cuerpo temblaba por el sobreesfuerzo. Un pequeño orbe de energía esmeralda del Vacío tomó forma entre las palmas de las manos de Mohandar.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí o me vas a ayudar?

El anciano gruñó con una voz psiónica que apenas se quedó en un suspiro. —Soy viejo, pero todavía tengo algunos trucos.

Vorazun comprendió de inmediato lo que estaba haciendo. Soltó el bastón y extendió las manos, centrando su mente en lo invisible. Se introdujo en el éter, en el Vacío que los rodeaba, y reunió toda la energía que pudo. Una esfera se generó en sus manos, entumeciendo la piel de las palmas. Al unísono, Vorazun y Mohandar canalizaron la energía hacia el campo de fuerza. Un enorme boquete se abrió en la barrera, lo bastante grande para que pudieran cruzarlo.

* * *

Mohandar trastabilló con los restos de un centinela desperdigados por el pasillo interior de la Ciudadela. Por su aspecto, Taelus y su acompañante habían desmontado el centinela y arrancado su generador de campo de fuerza. Después, lo usaron para crear una barrera permanente en la entrada de la Ciudadela. No era una tarea sencilla.

Los rebeldes eran ingeniosos y expertos, lo cual los convierte en oponentes bastante peligrosos.

—Descansemos un momento.

Mohandar se derrumbó contra el suave y plano muro del pasillo principal. Atravesar la barrera le había costado más de lo que esperaba. Su mente volvía a nublarse. Quería disponer de sus facultades mentales íntegramente para lo que estaba por llegar.

—Por supuesto. —Vorazun se inclinó contra el muro frente a Mohandar y colocó el bastón a su lado. Lo miró fijamente, y sus ojos verdes como estrellas brillaron en el oscuro pasillo—. Gracias por venir conmigo.

—Tenemos que hacer algo, en eso tienes razón —dijo Mohandar—. Pero sobre lo que dijiste antes de retirar a los nerazim de la Gran Armada... —continuó. No quería sacar el tema en ese momento, pero aún seguía impactado por el hecho de que Vorazun se planteara esa idea.

—Mantengo lo dicho. ¿No es suficiente que hayamos dado un nuevo hogar a los protoss de Aiur? —dijo Vorazun—. ¿Que les hayamos ayudado a crear la Gran Armada? No creo que los nerazim debamos morir en una guerra que no nos atañe.

—Aiur es el hogar de todos los protoss —replicó Mohandar—. Que vivamos allí o no, no importa. Es un símbolo que nos representa a todos.

—¿Y cuál es el precio de recuperar ese símbolo?

—¿Es perder la vida lo que te preocupa? ¿O es pensar que quizás algunos de los nuestros decidan vivir en Aiur si la Gran Armada triunfa? —preguntó Mohandar.

—Ambas —dijo Vorazun.

Su sinceridad sorprendió a Mohandar, y sintió que lo había pillado desprevenido. Le devolvió la mirada a la joven nerazim en silencio. Puede que fuera la tenue luz, pero volvió a recordar lo mucho que Vorazun se parecía a su madre.

Los pensamientos de Mohandar volvieron a la estatua de Raszagal, al legado que había dejado atrás. ¿Cómo recordarían los nerazim a Mohandar cuando ya no estuviera? ¿Dirían que no fue más que un paso intermedio entre Raszagal y Vorazun? ¿Un líder prescindible que vivió a la sombra de Raszagal primero y a la de Vorazun después, pero nunca tuvo su propia presencia?

A pesar de las circunstancias, esos pensamientos caldeaban el alma de Mohandar. Estaban bien arraigados en la ideología nerazim de individualismo y legado. Eran asuntos por los que los colectivistas protoss de Aiur no se preocupaban. Al menos, no la mayoría de ellos.

Si Mohandar podía hacer algo para ayudar a su pueblo, sabía que dependía de Vorazun. No tenía intención de manipularla. Cómo Vorazun decidiera vivir, era su decisión. Él solo podía servir de ejemplo.

—A menudo, solo te fijas en las diferencias entre nuestro pueblo y los protoss de Aiur —dijo Mohandar.

—Somos diferentes —añadió Vorazun—. Es lo que nos hace únicos.

—Sí, pero también somos iguales. Lo que define a *todos* los protoss es nuestra voluntad de arriesgar nuestras vidas para proteger a los demás. De sacrificarnos por el bien común.

«El bien común», eso es lo que define a los protoss de Aiur —replicó Vorazun.

—También es nuestro legado. Siempre lo ha sido, desde que el primer nerazim partió de Aiur para refugiarse en este lugar.

—No partieron, fueron expulsados —replicó Vorazun.

—Porque los nerazim eran diferentes. Los protoss de Aiur los temían por ello. Y a pesar de lo que le hicieron a nuestra especie, tu madre acogió a los seguidores del Khala cuando lo necesitaron. Lo hizo porque sabía que, si les daba la espalda, no seríamos mejores que los protoss que habían hecho eso mismo con los primeros nerazim.

Mohandar se alejó del muro. Dio un torpe paso hacia delante y se inclinó más cerca de Vorazun. —Debemos ser mejores que eso. *Podemos* ser mejores que eso— dijo el anciano—. Nuestra cultura es lo bastante fuerte para sobrevivir a los daelaam. Preservarla no tiene por qué ser a costa de la unidad. Si convences a nuestro pueblo para que abandone la Gran Armada, estarás traicionando nuestro orgullo y nuestro honor... La costumbre nerazim que tanto luchas por proteger.

Vorazun no dijo nada. Sus ojos se entrecerraron mientras reflexionaba sobre las palabras de Mohandar.

—Soy viejo —continuó Mohandar—. Cuando muera, tú serás la matriarca de nuestro pueblo. Te seguirán igual que siguieron a tu madre e igual que ahora me siguen a mí. Tu palabra decidirá su destino, y tendrás que encontrar el equilibrio entre proteger a tu especie y la unidad.

Mohandar elevó una mano arrugada. El sistema de enlace psiónico de su guantelete emitía pulsos brillantes. —Artanis y Selendis aparecerán pronto en la ciudad. Debemos apresurarnos. Si Taelus no atiende a razones, ¿estás preparada para hacerle frente?

—Me escuchará —insistió Vorazun.

Pero Mohandar sintió la intranquilidad y la confusión de sus pensamientos. *Korshala Adun* no era una frase que se usara a la ligera. Renegar de una declaración de sacrificio propio se consideraba un acto de cobardía.

—Vamos —dijo el anciano mientras comenzaba a caminar por el pasillo—. Veamos qué nos aguarda.

* * *

Avanzaron a través de la Ciudadela en silencio hasta alcanzar la cámara interna. La inmensa entrada que conducía al interior permanecía abierta, una invitación a lo desconocido. Vorazun accedió primero, con los músculos tensos y la mente alerta. Se detuvo en el umbral, desconcertada por las señales de calculado vandalismo que

presentaba la sala de reuniones de los daelaam.

Las antecámaras y pasillos de la Ciudadela eran planos y no tenían nada que llamara la atención. Pero el corazón de la Ciudadela, donde la Jerarquía llevaba a cabo sus asuntos, era diferente. Había cambiado en el transcurso de los años. Antiguamente, su apariencia había destacado por los intrincados patrones murales y coloridos estandartes que representaban las diferentes tribus protoss. Los paneles de cristal encajados en los laterales de la sala habían exhibido un bosque de estrellas y galaxias, proyecciones del espacio en tiempo real que registraban los satélites en órbita alrededor de Shakuras.

Ahora todo era diferente: las cicatrices marcaban los bellos dibujos murales, los paneles de cristal estaban fragmentados y los coloridos estandartes, excepto los de los nerazim, habían sido arrancados y remplazados por largos jirones de tela adornados con veintisiete gemas brillantes —versiones menores del estandarte gigante que colgaba en el exterior de la Ciudadela.

Taelus no estaba solo. Se le habían unido otros cuatro nerazim con rostros cubiertos parcialmente por máscaras hechas con los cráneos de hidraliscos zerg. Los cinco rebeldes estaban reunidos alrededor de una inmensa losa de metal que servía como mesa de reuniones de la Jerarquía. Sobre ella, resplandecía una imagen holográfica de la Ciudadela que ilustraba datos dinámicos. Por su aspecto, Taelus y sus seguidores habían asumido el control sobre todos los sistemas de seguridad de la Ciudadela.

Vorazun se fijó en los otros rebeldes nerazim mientras Mohandar se unía a ella. A pesar de las máscaras que llevaban, podía distinguir algunos de sus rasgos. Reconoció a los aliados de Taelus como jóvenes guerreros que habían asistido a sus discursos en el pasado. Cada uno de ellos estaba armado con un guantelete de cuchilla de distorsión y togas púrpura.

Los cinco rebeldes apartaron la vista de la imagen holográfica para observar a los recién llegados. No realizaron ningún movimiento hacia Vorazun o Mohandar. Tenían un aspecto sosegado y confiado.

—Os hemos visto atravesar el campo de fuerza. —Taelus señaló el holograma. Su voz sonaba áspera por la molestia—. Estáis perdiendo el tiempo. No tengo nada más que deciros. Si no habéis venido a uniros a nosotros, debo suponer que estáis contra nosotros.

—Escuchadme, por favor —suplicó Vorazun. Sabía que solo tenía una oportunidad de conseguir que Taelus se uniera a ella—. Me conocéis, sabéis cuál es mi propósito.

—Te conocía. —Las palabras de Taelus estallaron con la fría furia de una cuchilla de distorsión nerazim. Su fuerza provocó un pinchazo de dolor en la mente de Vorazun—. Viví bajo tu sombra durante muchos años. Tú me enseñaste nuestras costumbres; crecí dotado de tu instrucción y tu sabiduría, pero ahora tengo mi propia sombra. Y veo que la tuya se ha vuelto... vacía.

—¿Cuál es tu objetivo? ¿Te sacrificarías para incitar a la violencia entre los protoss?

A medida que Vorazun hablaba, percibía un cambio en Mohandar. Su forma marchita irradiaba una intensa energía psiónica, como un músculo vendado a punto de liberarse.

—En cierto modo —replicó Taelus—. Le daremos a nuestro pueblo el impulso que necesita para liberarse de este sinsentido daelaam y su guerra. Sí, habrá violencia. Sí, protoss de Aiur y nerazim morirán. Pero las pérdidas de nuestro pueblo serán mucho menores que si participamos en la invasión de Aiur.

Un orbe rojo relució en el holograma de la Ciudadela. Flotaba en el aire, titilando suavemente.

—Los sensores detectan un prisma de distorsión en las alturas —informó uno de los seguidores de Taelus—. Son Selendis y sus fanáticos; están rastreando los pasillos internos.

Vorazun se dio cuenta de que se había acabado el debate. Ella y Mohandar tenían que actuar. Por mucho que quisiera creer que Taelus y los demás atenderían a razones, sabía que no lo harían. Vorazun asintió levemente a Mohandar y se preparó para lo que venía.

—Si lo que quieres es derramar sangre de protoss de Aiur, antes tendrás que derramar la nuestra —dijo Mohandar.

Los rebeldes intercambiaron miradas cautelosas; todos menos Taelus. Pasó a adoptar una postura de preparación para la batalla. Sus ojos verdes se fijaron en Vorazun, encendidos con una furia fría y honesta.

Recuerda mis palabras, joven. Debes encontrar un equilibrio... El mensaje de Mohandar, destinado únicamente a Vorazun, sonaba tranquilo en la mente de la protoss. Ella le miró a los ojos y sintió una mezcla de alegría y tristeza.

De repente, Mohandar había desaparecido. En su lugar, una nube de humo aceitoso se arremolinaba en el aire. Lo único que quedó fue su bastón, que caía lentamente al suelo. Una fracción de segundo más tarde, el anciano se volvió a materializar tras uno de los rebeldes nerazim. Mohandar golpeó los extremos de las fibras nerviosas cercenadas del guerrero con la palma abierta. Un destello de energía esmeralda del Vacío refulgió en el punto de impacto. El cuerpo del joven nerazim se desmoronó antes de tener la oportunidad de reaccionar. Se desplomó al suelo hecho un bulto inerte.

No estaba muerto; solo inconsciente. Mohandar había enviado una descarga de energía del Vacío a través de las fibras nerviosas cercenadas de su enemigo. Una maniobra de combate no letal desarrollada por los nerazim.

Las cuchillas de distorsión esmeralda silbaron desde los guanteletes de Taelus y los otros rebeldes. Giraron en dirección al compañero caído, pero Mohandar ya se había vuelto a camuflar entre las sombras. Era más ágil de lo que Vorazun habría imaginado.

Vorazun aprovechó la distracción. Se comunicó con su mente para alcanzar las energías del Vacío que sobrepasaban los límites del plano físico. Un fuego helado, familiar después de toda una vida de entrenamiento, ardía en lo más profundo de su pecho y se extendía por sus huesos. Vorazun tejió una energía primigenia a su alrededor, y la utilizó para camuflarse y abalanzarse hacia delante a gran velocidad.

Volvió a aparecer ante el rebelde nerazim más cercano, un varón joven con los nervios extirpados y adornados con un puñado de pequeños huesos zerg. Vorazun golpeó al guerrero con el tacón haciendo añicos su guantelete. La cuchilla de distorsión del rebelde chisporroteó y luego desapareció. Vorazun rodeó a su adversario, golpeando los extremos de sus nervios e inundando su cuerpo con energía del Vacío. El guerrero cayó de rodillas y se desplomó en el suelo.

En el tiempo que tardó Vorazun en neutralizar a este nerazim, Mohandar ya se había encargado de los otros dos rebeldes. Estaba apoyado en la mesa central, temblando por la fatiga.

Vorazun buscó a Taelus por la sala. Había desaparecido y permanecía oculto.

Y llegó el ataque... Vorazun se echó a un lado para evitarlo, pero no lo sintió.

Taelus volvió a aparecer tras una turbia masa de humo. Era una maraña de togas violetas, gemas verdes y huesos zerg que traqueteaban. Su cuchilla de distorsión talló una media luna esmeralda en el aire mientras lanzaba un ataque y apuñalaba con el arma la espalda de Mohandar. La punta de la cuchilla de distorsión atravesó el pecho del anciano. Fue un ataque limpio... Un golpe mortal.

Taelus dio una voltereta hacia atrás y volvió a camuflarse. Mohandar se desplomó sobre la mesa; su cuerpo se sumergía a través del holograma de la Ciudadela. Se sacudió una vez... Y dos. Se agarró a la mesa en un intento desesperado de aguantar mientras las fuerzas le abandonaban.

—¡Mohandar! —Vorazun se lanzó hacia él, soltó su bastón y atrapó al anciano antes de que cayera. Se arrodilló y lo sostuvo en sus brazos. La sangre violeta manaba entre sus antiguas togas. Mohandar miró a Vorazun y observó cómo sus ojos palidecían. Los huesos nudosos y escuálidos del anciano rozaron su rostro.

—Matriarca Raszagal... Te he echado de menos... —La voz del anciano era como una sombra, tenue y carente de vida—. Has vuelto... ¿Cómo puede ser? ¿Cómo... puede...?

Mohandar murió en brazos de Vorazun.

Ella permaneció en el sitio, acunando al anciano con incredulidad. No estaba muerto. No podía estar muerto.

Pero lo estaba... Ella lo sabía.

La furia y la tristeza hervían en su interior y sacudieron su incredulidad. Su cuerpo tembló a medida que las emociones brotaban. Un aura salvaje y brillante de energía del Vacío cobró vida a su alrededor, con jirones de luz esmeralda golpeando su entorno.

—¡Taelus! —aulló Vorazun.

Una ola de calor sacudió la parte derecha del rostro de Vorazun. El instinto se impuso. Arrancó el bastón del suelo y apartó el cadáver de Mohandar a un lado. Dio salto mortal hacia atrás cuando Taelus atacó. Su cuchilla de distorsión atravesó el aire vacío y se clavó en la mesa.

—¡Tú no eres el guerrero que yo entrené!

La fuerza del grito psiónico de Vorazun sacudió los muros marcados de la sala. Atrajo las energías del Vacío a su bastón para generar una cuchilla de distorsión en cada extremo del arma. Lo giró en el aire, poniendo a prueba su agarre.

—Me dijiste que si vivíamos demasiado tiempo bajo la sombra de otro, jamás averiguaríamos lo que somos y de lo que somos capaces.

Taelus se apartó hacia la derecha de Vorazun, con su cuchilla de distorsión aún apuntando al aire desde el extremo del guantelete.

—¿Y este es quien eres? ¿Es este el legado que has elegido dejar? ¿Un legado de sangre? —Vorazun acechó por la sala imitando los movimientos de Taelus—. ¿De asesinato?

—Yo elijo un futuro en el que los nerazim puedan dictar los términos de su destino —replicó Taelus—. Elijo un futuro en el que podamos estar orgullosos, donde no seamos extranjeros en nuestro propio planeta.

Trece luces rojas aparecieron en el holograma de la Ciudadela. Selendis y sus fanáticos habían aparecido en los niveles superiores del edificio. Los sistemas de seguridad los rastreaban mientras avanzaban a la cámara de reuniones. Vorazun observó las luces y luego volvió la vista hacia Taelus.

—¿Y también me matarás a mí? —preguntó.

—Sí, si debo hacerlo —respondió—. *Korshala Adun.*

Korshala Adun.

Al unísono, los guerreros se envolvieron en sombras para ocultar sus movimientos.

Vorazun usó toda su fuerza de voluntad para dejar de lado sus emociones de furia y rabia, pues en esta situación no le resultarían útiles. Era un duelo de guerreros nerazim, una prueba de voluntad y paciencia. Un ataque: era lo único que hacía falta para decidir quién vivía y quién moría.

Percibió movimiento a su izquierda y se abalanzó hacia la figura invisible. Cargó hasta que supuso que su adversario se encontraba al alcance. En ese momento, se despojó de las sombras y blandió su arma.

Taelus hizo lo mismo. Había anticipado bien los movimientos de Vorazun, aunque no lo suficiente...

El arma abrasó el hombro desprotegido de Vorazun en el mismo instante en que una de las cuchillas de distorsión de su bastón perforó su pecho. Un géiser de sangre violeta manó de la herida de Taelus y se esparció por la mesa de reuniones. El joven guerrero se derrumbó.

Vorazun luchó contra el dolor que le punzaba el hombro. No era una herida seria.

Se desplazó a donde Taelus había caído con la intención de volver a atacarlo, pero verlo tendido al borde de la muerte apaciguó su furia. El guerrero era como un hijo para ella.

La confusión y la pérdida invadieron a Vorazun. Había venido a proteger a los nerazim, a impedir más derramamiento de sangre. Había fracasado.

—Lo hice... por nuestro pueblo... —La voz de Taelus era débil, como la de un fantasma en alguna parte del Vacío.

—Lo sé. Vorazun soltó su bastón y se arrodilló junto al joven guerrero. Ella tomó su mano, aunque en parte esperaba que la rechazara. Pero no lo hizo. Taelus la cogió de la mano con sorprendente fuerza.

—Me voy... hacia la noche eterna... —dijo Taelus—. Protege nuestra cultura... como prometiste que harías...

—Lo haré —dijo Vorazun mientras los ojos de Taelus se apagaban—. Lo haré.

Desde el exterior de la cámara se percibieron los pesados pasos de Selendis y sus fanáticos blindados. Vorazun no les prestó atención y siguió pendiente de los muertos. A un lado, Mohandar; al otro, Taelus. Dos nerazim que había conocido y querido, a cada uno de forma distinta.

Uno fue un maestro, el otro un alumno. Uno el pasado, el otro el futuro.

Y en medio, atrapada entre ambos, Vorazun.

* * *

—Va a salir —dijo Selendis a través del enlace psiónico—. Traeremos a los demás.

Su voz no denotaba ninguna emoción, pero Artanis percibió la agitación de Selendis a través del Khala. Apenas podía contener su propia furia e inquietud a través de la estructura comunal que vinculaba las emociones de los protoss de Aiur entre sí. Nada había salido según el plan.

Nada.

Artanis comprendió por qué Vorazun y Mohandar no habían obedecido sus órdenes. Los nerazim rebeldes habían planeado sacrificarse ante los protoss de Aiur para iniciar una revolución en Shakuras. La intervención de Mohandar y Vorazun la había detenido, pero a un alto precio.

Su mente volvió al informe que le había dado Selendis sobre la muerte de Mohandar. Artanis aún intentaba hacerse a la idea de la muerte del anciano. Mohandar había sido uno de los miembros más sabios de la Jerarquía y un aliado crucial para construir relaciones con los nerazim.

Yo podía haberlo evitado, pensó. Debería haber enviado a un equipo de fanáticos antes de que la explosión despertara a la ciudad... Antes de que Mohandar y Vorazun entraran...

Y más aún, Artanis sabía que podía haber tomado medidas mayores para aplacar a

los nerazim después del accidente de la Armada. Circunstancias más allá de su control le habían impedido hacerlo. Los nerazim no fueron las únicas bajas de ese día. Dos pilotos fénix —dos seguidores del Khala— también habían perdido la vida. Muchos protoss de Aiur habían estado envueltos en un tumulto tras el incidente. Culparon a los pilotos nerazim de la nave de transporte de lo acontecido. Incluso algunos guerreros de Artanis habían discutido sobre si debían seguir luchando junto a los nerazim, sobre si el ejército debía dividirse en dos fuerzas distintas para evitar futuras catástrofes.

Artanis había elegido dedicar su tiempo a calmar a los protoss de Aiur en vez de acudir al funeral de los nerazim. No fue una decisión fácil, pues, hiciera lo que hiciera, se arriesgaba a contrariar a una parte de los daelaam. Pero sabía que conservar la fuerza vital de la Armada era fundamental, y eso significaba centrar sus esfuerzos en los seguidores del Khala, sin importar las consecuencias.

Artanis había tardado días en aplacar las tensiones entre los protoss de Aiur. Al final, habían entendido que la misión de la Armada era más importante que sus recelos personales. A través del Khala, el pueblo de Artanis había encontrado el equilibrio y vuelto a un estado de cooperación. Los nerazim, sin embargo, no lo habían conseguido. Muchos seguían resentidos y rencorosos por el incidente y la reacción de Artanis.

Muchos, como Vorazun. Con la muerte de Mohandar, se había convertido en líder de los nerazim. Ese giro de los acontecimientos preocupaba a Artanis. Él y Vorazun rara vez se ponían de acuerdo en algo, pero Artanis estaba sorprendido por sus actos aquel día. Vorazun había arriesgado su vida para impedir que los rebeldes nerazim se salieran con la suya. ¿Lo había hecho para socavar la autoridad de Artanis en Talemartos? ¿O sus actos respondían a intenciones más nobles?

Artanis lo desconocía. Ya no estaba seguro de qué pensar de Vorazun.

Caminó al pie de la escalera que conducía a la Ciudadela, observando a la muchedumbre congregada. Cuando Artanis había vuelto a aparecer en Shakuras, cientos de protoss ya habían llegado al edificio. Habían formado dos grandes grupos: los protoss de Aiur, con sus togas elegantes azules y doradas, y los nerazim, con sus atuendos harapientos y oscuros, y trofeos de huesos zerg. Los rumores sobre lo que ocurría en la Ciudadela se habían extendido entre la muchedumbre. Influenciados por las habladurías y una profunda cólera, ambos bandos se encontraban al borde de la violencia.

Artanis había convocado a decenas de fanáticos blindados para impedir el derramamiento de sangre. También había convocado a los guerreros nerazim como apoyo, a pesar de sus reservas iniciales de incluirlos en el equipo de asalto de Selendis. Los soldados daelaam se interponían entre los protoss de Aiur y los nerazim, una exigua línea de defensa en caso de que estallara la violencia.

Un débil y plano murmullo de voces psiónicas surgieron de pronto de entre la multitud. Tanto los protoss de Aiur como los nerazim fijaron la vista en el hombro de

Artanis, que se volvió y presencié lo que los demás estaban viendo: una figura en la niebla que se disipaba en lo alto de las escaleras.

Era Vorazun, y llevaba un cuerpo en sus brazos.

* * *

Los brazos de Vorazun ardían de fatiga. Sangre violeta manó de la superficial herida de su hombro. Se arrodilló y colocó a Mohandar a sus pies. Cuando volvió a alzarse, oyó las voces psiónicas de la muchedumbre, un coro de descontento que se levantaba como el viento que precedía a una terrible tormenta.

—Típico comportamiento nerazim. Traidores.

—¿Cómo os atrevéis a juzgar, protoss de Aiur, sin conocer los hechos?

—¡La Ciudadela pertenece a los nerazim! ¡Nuestros antepasados la construyeron!

—¿Es así como los protoss de Aiur solucionan sus problemas? ¿Con la fuerza bruta?

—Parece la única manera de tratar con vosotros, nerazim.

—¿Ves el cuerpo? ¡Es Mohandar!

Varios nerazim, con velos largos y oscuros, se abalanzaron sobre los soldados daelaam que se interponían entre ellos y los protoss de Aiur. La amenaza de la violencia se propagó como una enfermedad infecciosa. Más protoss comenzaron a empujarse entre sí en un esfuerzo por superar la línea de soldados.

—¡Alto! —Vorazun se esforzó por proyectar su voz psiónica sobre el ruido de la muchedumbre, pero sin resultado.

—¡Mohandar ha muerto! —gritó un nerazim invisible—. ¡Esto es obra de los protoss de Aiur!

—¡Fuimos nosotros! —replicó Vorazun—. ¡Nosotros hicimos esto!

Esta vez el gentío la oyó. Uno a uno, los protoss se calmaron y se giraron hacia Vorazun. La inquietud se dibujó en los rostros de los nerazim. Los protoss de Aiur no eran fáciles de interpretar, pero Vorazun sabía que debían de estar experimentando su propia confusión a través del Khala.

—Fue un nerazim el que acabó con Mohandar —continuó Vorazun—, y un nerazim el que tomó el control de la Ciudadela. Querían volvernos contra los protoss de Aiur y acabar con los daelaam, pero... —Vorazun se apagó, sin saber qué decir.

Volvió la vista a la figura inerte y arrugada de Mohandar. Sin el anciano, el liderazgo de los nerazim recaía en Vorazun. Ella tenía el poder de decidir el futuro de su pueblo, y del mundo.

Vorazun podía persuadir a los nerazim para abandonar la Armada. Si lo hacía, salvaría vidas nerazim, pero su pueblo sería recordado por haber dado la espalda a los protoss de Aiur cuando más lo necesitaban. Una decisión tan radical no era la respuesta. Solo alimentaría más odio entre los nerazim y los protoss de Aiur, que a su vez provocaría la aparición de más rebeldes violentos como Taelus. Los daelaam no

sobrevivirían a esa tensión. Se hundirían desde dentro.

Mohandar tenía razón: los nerazim podían ser mejores que todo eso. Vorazun tenía que encontrar el equilibrio entre proteger a su pueblo y la unidad. Y Aiur era crucial para ese equilibrio.

—Sé que muchos de los míos temen por el futuro —dijo por fin Vorazun—. Yo también lo hago. Los daelaam han constituido todo un reto. Han puesto a prueba nuestra voluntad. Pero somos nerazim. Nuestros antepasados se enfrentaron a lo desconocido y vinieron a este planeta a forjar una nueva identidad. No tenemos que abandonar a nuestros aliados para conservar esa identidad. Es lo bastante fuerte para sobrevivir a *todo*, ¿o acaso no es así?

Vorazun percibió que algo cambiaba en los nerazim congregados. Sutiles cambios de postura y expresiones faciales que indicaban que estaban de acuerdo con ella. Su furia se desvanecía.

—Nuestro deber es apoyar a los daelaam y ayudar a que los protoss de Aiur recuperen su planeta natal —continuó con una voz cada vez más llena de poder—. Perderemos vidas en la guerra, pero serán por una causa justa. ¡Y al final, en la victoria y en la derrota, seguiremos siendo nerazim!

* * *

La muchedumbre se dispersó pacíficamente. Tras hacerlo, los fanáticos acompañaron a los prisioneros nerazim fuera de la Ciudadela. Resplandecientes campos de energía azules envolvieron a los jóvenes rebeldes. Correas de metal de cobre que vibraban con poder psiónico esposaron sus manos. Ninguno de los rebeldes quería cruzar la mirada con Vorazun al pasar, aunque tendrían que hablar cara a cara con ella más tarde.

Los últimos dos fanáticos portaban el cuerpo de Taelus.

—Colocadlo aquí. —Vorazun se desplazó hasta donde se hallaba el cuerpo de Mohandar.

—¿Junto a Mohandar? —preguntó uno de los fanáticos—. Es un asesino.

—Aun así, merece ritos funerarios. Es la costumbre nerazim.

Tras un breve titubeo, los fanáticos colocaron el cuerpo de Taelus en el suelo. Vorazun se arrodilló para inspeccionar al nerazim muerto. La sangre manaba de los ropajes del pecho donde le había asestado el golpe mortal. Se tocó la frente y susurró:

—Has luchado bien, joven.

—Es muy noble por tu parte mostrarle ese respeto.

Artanis se acercó a Vorazun, ataviado con sus vestiduras de batalla doradas. Se arrodilló cerca del cuerpo de Mohandar y estrechó una de las frías y arrugadas manos del anciano.

—Hizo lo que consideró mejor para su pueblo —replicó Vorazun—. Y era un amigo.

Artanis asintió. —He perdido a muchos amigos, y me temo que perderé aún más en los próximos días. Pero con el apoyo de los nerazim, sé que venceremos y recuperaremos Aiur. Gracias por lo que dijiste, y por lo que hiciste en la Ciudadela. Serás una gran líder para tu pueblo.

—¿Apoyarás mi proclamación?

—Lo haré —dijo Artanis.

La afirmación sorprendió a Vorazun. Levantó la vista de Taelus y se topó con la mirada de Artanis. —Yo ayudaré en la invasión lo que pueda— dijo Vorazun—, pero no soy Mohandar, ni Raszagal. No puedo comprometer todas mis fuerzas en la guerra y dejar este planeta indefenso. Por lo tanto, debo quedarme con un contingente de guerreros nerazim y proteger Shakuras.

—Lo comprendo, y rindo honor a esa decisión. —Artanis ofreció la mano abierta a Vorazun—. Sabes lo que es mejor para tu pueblo y tu mundo.

Vorazun tomó la mano del Jerarca y se puso en pie.

—¿Adónde los llevamos ahora? —Artanis señaló los cuerpos—. Si me lo permites, me gustaría llevar a Mohandar y asistir a los ritos funerarios.

—¿Tendrás tiempo, con todos los preparativos de la Armada?

Vorazun sabía que Artanis podía ofenderse con esa pregunta, pero era una preocupación lógica. Para su sorpresa, el Jerarca no mostró signo de irritación.

—A partir de ahora, intentaré disponer de todo el tiempo posible.

Vorazun asintió, y levantó a Taelus en sus brazos. Artanis hizo lo mismo con Mohandar.

Juntos, descendieron por la escalera de la Ciudadela. Cristales esmeralda y encarnados brillaron por el nivel más alto de Talemayos, señalando el comienzo de un nuevo día.

Y entre las estrellas del cielo, invisibles al ojo desnudo, decenas de miles de protoss proseguían sus preparativos para la Gran Armada. Uno de estos días, partirían a Aiur. De los nerazim que fueran con él, muchos no volverían. Pero siempre serían recordados y, de las sombras que proyectaban, un nuevo y glorioso legado surgiría.

STARCRRAFT
LEGACY OF THE VOID™



SECTOR SEIS

MICKY NIELSON

SECTOR SEIS.

Se rumorea que el Sector 6, la División de Investigación Avanzada de la Fundación Moebius, lleva a cabo experimentos en xenobiología. Durante su misión en el Sector, el Escuadrón Brutal descubre la horripilante realidad tras todos estos experimentos.

Parecía que los gritos no iban a cesar nunca.

Cualquier veterinario que se precie sabe que si se inyecta una aguja candente en el alimentador de plasma del guantelete de un murciélago de fuego en el ángulo correcto, el pobre ingenuo de su interior se achicharrará dentro de su traje cuando intente activar el lanzallamas perdición... Una lección que en esos momentos estaba siendo ilustrada por la pobre criatura que agitaba sus brazos y saltaba por el «suelo» fangoso de Beta Saul, lanzando alaridos de muerte a través de los altavoces de su ridículo traje naranja mientras los servomecanismos mantenían el exoesqueleto en pie.

El comandante Dorian mentiría si dijese que no había disfrutado escuchando a esa escoria pirata aullar y gemir como una escaleta al espeto.

Finalmente, los aullidos cesaron y el traje dejó de intentar mantener a su ocupante en posición vertical. El exoesqueleto se inclinó hacia delante, dispersándose y desapareciendo en la densa niebla.

El «aire» de Beta Saul, desde el suelo a la exosfera, era un cóctel nocivo de gases letales condensados que se traducían en visibilidad cero aproximadamente a un metro de la superficie. Esta superficie era un denso lodazal atravesado aquí y allá por extrañas proyecciones de raíces de ciprés, algunas solo de dos metros de altura, y otras como el doble de un hombre de estatura media.

Lo único que aún se podía ver del murciélago de fuego eran los tanques que sobresalían de la espalda del traje. En algún lugar de la ciénaga circundante yacían tres cuerpos más, uno de ellos con un exoesqueleto de agujas tan obsoleto que hacía que el traje CMC que llevaba Dorian pareciera tecnología de vanguardia. Los otros dos iban ataviados con un batiburrillo de equipo protector que en ningún caso era merecedor del nombre «armadura». La nave de evacuación que había soltado a este escuadrón suicida había desaparecido en el mutante cielo de bilis.

—¿Volvemos?

La voz de Spanneti sonó a través de los altavoces externos. Dorian cambió la posición de sus botas en el lodo para poder vislumbrar el rostro de su subordinado a través de la placa frontal. Él y Spanneti eran los dos únicos que se habían escindido del Escuadrón Brutal. Spanneti había recibido un impacto en la parte superior derecha

del brazo, con suerte nada que su médico, Zimmerman, no pudiera solucionar, y el exoesqueleto de Dorian se había abrasado cuando aquel simio con una antorcha le había prendido fuego, provocándolo... Aunque fue Dorian el que dijo la última palabra... Algo así como que le gustaba la carne churruscada.

—Sí, vamos...

La voz estática de la sargento de segunda Bekkins irrumpió a través de la frecuencia encriptada del escuadrón.

—Señor, aquí Bek. La entrega era un señuelo. Vienen a por el paquete.

Su voz transmitía sosiego y corrección, al menos para lo que ella era. Dorian una vez la había llamado «imperturbable». Spanneti asintió, afirmando que él había intentado perturbarla muchas veces, pero ella se había negado.

—¡En marcha! —le gritó Dorian a Spanneti. Los servomecanismos se sacudieron cuando los dos hombres comenzaron a pisotear el fango en dirección al templo Xel'Naga, una especie de estructura piramidal que emergía a través de la pútrida bruma.

Entonces, otra voz sonó en el oído de Dorian.

—Escuadrón Brutal, aquí el puesto de mando. Informe de estado. Cambio.

Como era habitual, el puesto de mando era inútil. Explicar lo que estaba haciendo llevaría a Dorian mucho más tiempo que el hacerlo, sencillamente.

—El estado es «ocupado». ¿Por qué no me dices *tú a mí* tu posición y el tiempo estimado de llegada?

Se oyó un bufido proveniente del otro lado.

—El tiempo estimado de llegada son diez minutos. Cambio.

El oficial de comunicaciones parecía irritado.

Incluso con el aumento de blindaje CMC, Dorian y Spanneti necesitarían, como mínimo, un minuto para cubrir la distancia. Haber traído aquí a los dos —y solo a los dos— había sido una apuesta arriesgada, pero a Dorian le gustaba apostar a los dados. Al fin y al cabo, hacer las cosas según el manual era de novatos. Los «expertos» que escribieron el libro nunca habían visto la acción a través del cañón de un fusil de asalto AGR-14.

A veces basta con usar el sentido común. Justo después de oír los informes de contacto enemigo, Dorian había sospechado un engaño. ¿Por qué si no iba la nave de evacuación a sobrevolar directamente la posición de vigilancia de Spanneti? El piloto quería ser visto, para distraer la atención del objetivo de los piratas: la reliquia.

Siempre era por una reliquia. O un artefacto. O algún objeto con un nombre impronunciable y una finalidad que nadie podía adivinar.

La reliquia no era una excepción. Era vieja, muy vieja, y eso era todo lo que Dorian sabía. La información sobre las operaciones de la compañía se divulgaba solo si era necesario. «La Dirección», también conocida como la Fundación Moebius, estaba especializada, entre otras cosas, en investigación arqueológica de civilizaciones alienígenas extinguidas. No siempre había sido así para el Escuadrón

Brutal. Su jefe era Arcturus Mengsk, y el equipo estaba formado al cien por cien por marines del Dominio. Pero después de unos cuantos apretones de manos y reuniones secretas, el Escuadrón Brutal fue transferido a Organización Moebius, el brazo militar de la Fundación.

Así pues... la Fundación Moebius dictaba las órdenes. Cuando los exploradores de avanzada localizaron este templo extraño que pertenecía a una raza milenaria conocida como Xel’Naga, enviaron al Escuadrón Brutal a buscar y recuperar la reliquia de su interior. Así de sencillo. Al fin y al cabo, los exploradores habían informado de que el planeta no estaba habitado y el templo estaba abandonado... Y así era, hasta que el «Club de los jugadores» (los grupos de piratas tenían un talento especial para elegir los nombres más absurdos) apareció.

La estructura alienígena se amplió para completar el campo de visión de Dorian mientras él y Spanneti se acercaban a la entrada sur. Oyeron disparos, y después un intenso bombardeo seguido de tres explosiones. O Dorian estaba muy equivocado, o la artillería pesada era obra del especialista Cranston, su merodeador: un profesional fuertemente armado que lanzaba granadas castigadoras como un soldado de permiso soltando dólares en un club de *striptease*.

Cuando rodearon la base del templo, Dorian vio la nave de evacuación del Escuadrón Brutal justo donde la habían dejado, a varios metros de la entrada de la estructura, a un lado. También había otra nave, un viejo carguero. Dorian tenía que admitir que los «Jugadores» no eran completos idiotas; habían colocado el carguero en ángulo opuesto a la nave de evacuación de Moebius y usaban su armamento de abordaje, además de fuego de cobertura desde detrás de la nave, para mantener al equipo de Dorian sitiado en la entrada del templo. Muy propio de «Zeus». (Zeus era el nombre que había elegido el pedante líder de los piratas). El Escuadrón Brutal y Zeus ya se habían encontrado alguna vez en el pasado. Por desgracia, los piratas siempre se habían salido con la suya... normalmente a costa de la vida de varios jugadores. Pero, de algún modo, siempre se las había ingeniado para reclutar a más.

Claramente, en esta ocasión los piratas esperaban alejar a la mayoría de las fuerzas de Dorian. Al fin y al cabo, ¿qué tipo de líder de escuadrón habría destinado solo a dos soldados a enfrentarse a una nave de evacuación llena de enemigos?

Dorian sonrió tras su visor. Un líder de escuadrón que fuera un paso por delante, por supuesto.

Y ahora él estaba unos cuantos pasos por detrás... por detrás de la posición de cobertura de los piratas en la nave de evacuación de Moebius.

Con una señal, Dorian hizo que Spanneti se detuviera. Los dos hombres elevaron sus armas y las vaciaron sobre los piratas, acribillando a los tres pobres ingenuos que se agrupaban cerca de la nave de evacuación y, sí, de paso haciendo unos cuantos agujeros en el casco exterior y en los soportes de la nave.

Dorian, Spanneti, Bekkins y Cranston, todos abriendo fuego sobre el carguero. Incluso el soldado Hopper, el miembro más joven y menos propenso al riesgo del

escuadrón, disparaba a cubierto. La armadura del carguero no aguantaría mucho, y el piloto lo sabía. El líquido del motor salpicó a Dorian y pintó de verdes brochazos el aire. Dorian observó cómo el transporte se elevaba, cabeceaba y finalmente zarpaba como un fantasma adentrándose en la oscura bruma.

Spanneti fue a ver cómo estaban los demás. Zimmerman estaba con ellos, lista para proporcionarles asistencia médica si era necesario.

—Puesto de mando —dijo Dorian tras activar la frecuencia encriptada—, parece que el grupo está liquidado. —Caminó hacia la nave de evacuación del escuadrón sin dejar de observar a los dos cadáveres—. Vamos a...

«¿*Dos* cuerpos?».

Tenía haber tres. Uno de ellos llevaba blindaje CMC. Debe de haber sobrevivido.

Una voz fornida irrumpió en frecuencia abierta. —Me has dado, Comandante. Pero no lo bastante como para dejarme fuera de combate. Tú eres el que debería estar muerto. Tú y tus soldados de juguete. Pero no has seguido el protocolo, ¿verdad? No como los demás robots del Dominio habrían hecho... Lo recordaré. Para la próxima vez.

Esa voz pertenecía a Zeus. Él era el del blindaje CMC. Dorian podía haber acabado con él, había tenido al pirata orinándose encima, a su merced... Y ahora se escapaba. Otra vez.

«Y una mierda». Teniendo en cuenta el escenario, solo había una dirección en la que Zeus podía haber huido sin ser visto.

—Puesto de mando, aquí el líder de escuadrón. En persecución del principal sospechoso, Zeus. Repito...

—Negativo, líder de escuadrón. Si el paquete está asegurado, la extracción es la única prioridad. Cambio.

Dorian podía haber usado su clásica broma «¿Qué...? ¡Esto se corta!», pero después de las primeras veces, los superiores ya lo habían pillado. Esta vez ni se molestó; simplemente prefirió no responder.

Spanneti hizo un gesto para preguntar a Dorian si necesitaba refuerzos. El Comandante gesticuló en contra. No tenía sentido que reprendieran a *todos* por desobedecer las órdenes.

Tras girar una esquina de la pirámide, Dorian vio la silueta de Zeus en pie en campo abierto con el arma levantada. Zeus disparó. Dorian disparó. Las espigas pasaron volando por el aire justo a la izquierda del Comandante, muy cerca. La descarga de Dorian dejó un recuerdo imborrable en el brazo izquierdo, el hombro y el filo del casco del exoesqueleto del pirata; justo entonces, una inmensa forma apareció en el cielo, emitiendo pútridas columnas de humo en su descenso. El carguero bloqueó la línea de tiro de Dorian, mientras que Zeus, ahora fuera de alcance, sin duda subía a la nave.

La descarga de Dorian continuó, pero las espigas rebotaron en el robusto blindaje de la bestia y la nave se elevó y desapareció entre la confusión.

* * *

Varias horas más tarde, el comandante Dorian miraba por la ventana de observación de un transportador planetario. Asteroides, algunos del tamaño de aeromotos buitre y otros de cruceros de batalla, aparecían y desaparecían, y en muchas ocasiones silbaban a una distancia en absoluto prudencial.

El ordenador de a bordo de la nave había sido programado con un plan de vuelo específico para navegar por el cinturón, llamado Revanscar. Un error de un metro podría comprometer la integridad de la navegación, un bello eufemismo para indicar que la nave se haría pedazos contra una de estas rocas espaciales y todos sus ocupantes, incluido el Escuadrón Brutal, irían directos al campo de asteroides... un campo compuesto por los restos del planeta Revan.

Ahora que lo había pensado, no podía sacarse esa imagen de la cabeza: Dorian y los miembros de su equipo flotando en medio de restos desperdigados con una esperanza de vida de apenas noventa segundos en el vacío... o menos, si eran pulverizados por un proyectil de piedra que viaja a veinticinco kilómetros por segundo. Y la valiosa carga, la losa por la que habían arriesgado su vida, ¿cuánto duraría? Quizás más que cualquiera de ellos. Al fin y al cabo, había sobrevivido hasta ahora. Quizás encontraría un hogar permanente en el frío y silencioso vacío.

El piloto anunció que llegarían a la instalación de la Fundación Moebius en breve. Un rápido vistazo por la ventana sirvió para verificar que se acercaban a una inmensa roca que funcionaba como base de operaciones de Organización Moebius. Al acercarse, el Comandante pudo disfrutar de una mejor vista de la instalación, que dominaba casi la mitad de la masa terrestre. La base estaba compuesta de estructuras de neoacero lisas y desperdigadas que se extendían desde un núcleo central como los dedos de una inmensa mano.

La nave pasó de largo varias torretas y fue conducida hacia el puerto estelar, preparándose para el aterrizaje. Dorian estaba deseando deshacerse de la carga para ir a ver al comandante Braxton y recibir el siguiente encargo para su equipo. Fuera lo que fuera.

* * *

—Olvídate de Braxton —dijo el teniente coronel Sparks con brusquedad. Sparks, como Dorian estaba descubriendo, decía todo con brusquedad. Al igual que todos los oficiales al mando con los que había servido—. Ahora me informas a mí.

Dorian ya lo odiaba. El motivo por el que todos esos soldados de despacho recurrían a la condescendencia y la falta de respeto para demostrar su superioridad escapaba a su entendimiento.

—Claro, el Comandante habló en tu favor, elogiando tu historial operativo.

¿Sabes lo que yo pienso? ¡Creo que estaba deseando librarse de ti! Convertirte en el problema de otro. Sospecho que esa puede ser la misma razón por la que Arcturus te entregó a Moebius antes de echar el cierre, para soltar lastre. Si consideramos el índice de éxito, sí, eres una superestrella. A juzgar por las acciones disciplinarias, eres escoria inútil.

La mesa del Teniente Coronel estaba impecable, igual que el resto del despacho. Dorian supuso que si pasaba el dedo sobre cualquiera de las condecoraciones del muro de Sparks no sacaría ni una mota de polvo. Los únicos dos objetos sobre su mesa eran un holoprojector y un mando fino y estrecho, e incluso estos habían sido colocados *exactamente de ese modo*.

—Bueno, ¿sabes qué? —continuó el viejo pajarraco, graznando tras la mesa mientras Dorian escuchaba impertérrito—. Ahora eres un grano en mi culo. ¡Y no me gustan los granos en el culo, Comandante!

«Ese fino mando, con su extremo ligeramente puntiagudo, sería un arma punzante excelente», pensó Dorian. Era lo bastante largo como para alcanzar el cerebro del Teniente Coronel si se lo clavaba en el lagrimal.

Dorian disfrutó con la imagen de Sparks convulsionándose en el suelo, agarrado al mando incrustado, sangrando, escupiendo y salpicando sus últimos segundos de vida por aquellos impolutos paneles.

—¿Bien? —Ladró Sparks.

—¿Señor? —respondió Dorian. No se había dado cuenta de cuánto había desconectado de lo que decía aquel viejo simio. Es cierto que fantaseaba con estrangular a gente de vez en cuando, pero normalmente no con tanto *detalle*.

—Te he preguntado si tienes alguna idea inteligente para evitar que entregue un inútil saco de huesos como tú a otro capullo con mala suerte. Obviamente la respuesta es no. Y el motivo, mi ignorante amigo, es porque estoy corto de personal. Así que, ¿sabes lo que vais a hacer tú y tu equipo de superestrellas?

—Ni idea, señor.

Sparks dejó de andar de un lado para otro, colocó una mano en la cadera y con la otra señaló a Dorian, enfrentándose a este con gesto desafiante.

—Vais a hacer maniobras de seguridad. Aquí, en la base. Sector 6. División de Investigación Avanzada.

¿Maniobras de seguridad? ¿Hablabas en serio? ¿Cuidar de ratas de laboratorio y de toda su basura experimental? Protegerlos a ellos y a sus proyectos, ¿de quién? ¿O de qué? Nada podía atravesar ese campo de asteroides.

—¿Acaso no te resulta emocionante? ¿Acaso no te hace feliz? Supongo que no te sorprenderá saber que no me importa una mierda. Puedes apostar tu penoso cuello a que ese viejo Braxton, sea cual sea la misión supersecreta en la que esté metido, se está partiendo el culo de risa ahora mismo.

Dorian no lo dudó ni un instante.

* * *

—¿Pero qué mierda es esta? —Spanneti estaba cabreado, agitaba las manos en el aire y tenía el rostro enrojecido.

—¡Eso no es lo que hacemos!

Spanneti tenía suerte de *poder* agitar los brazos. Zimmerman había hecho un buen trabajo con su extremidad herida. Por supuesto, había curado heridas mucho peores al equipo a lo largo de los años.

El soldado Hopper se inclinó, apoyando los codos en las rodillas.

—Esto no me gusta nada. Algo pasa. Hay algo que no nos cuentan. —Dorian solía acusar a Hopper de asustarse con su propia sombra—. Es mala señal —continuó—. Nos van a echar a patadas del cuerpo.

Hopper lanzó una mirada penetrante hacia Dorian. El chico no se atrevía a decirlo; de hecho, nadie lo ha dicho aún, pero...

—¿Es porque fuiste a por ese pirata, Zeus, verdad?

Zimmerman no tenía miedo a decirlo. De brazos cruzados, se apoyaba contra una pared, clavando en Dorian una mirada francamente desaprobadora. Todos sabían que Dorian tenía especial facilidad para... tocarle las narices al alto mando. Incluso desde los días del Dominio. El remordimiento y la culpa compungieron el pecho del comandante. Su cabeza palpitaba con fuerza. Aquella iba a ser la madre de todas las jaquecas.

—No es ningún secreto que Braxton me la tenía jurada —respondió Dorian—. Casi desde el principio. Y sí, quizás esto sea una especie de venganza. Pero si de algo estoy seguro, chicos —Dorian señaló a todos con el dedo—, es de que sois los mejores en lo que hacéis.

Miró a todos los miembros que se encontraban sentados en la mesa de la sala de descanso. Zimmerman parecía un tanto escéptica; Spanneti, asentía; Hopper se agitaba inquieto; Cranston —al que habían lavado el cerebro, o «resocializado neuralmente»— lo miró con los ojos como platos y una ligera sonrisa emergió en sus labios; y Bekkins... bueno, era Bekkins. Insondable, como siempre. Se estaba masajeando la sien con un dedo, lo cual hizo que Dorian se plantease si ella no tendría también una jaqueca. Además... un leve brillo se percibía en sus brazos desnudos y en la parte superior del pecho. Dorian y el resto del escuadrón llevaban camiseta y pantalón corto, pero a pesar de eso parecía hacer más calor en la sala de lo habitual. Dorian sintió cómo una gota de sudor descendía por su sien.

—Zimmerman —continuó Dorian—, ayudarás al personal médico del Sector 6 durante esta misión. Los demás, como he dicho, maniobras de seguridad e informes de estado. Acabemos con esto cuanto antes. Cuando Sparks se haya divertido, volveremos a entrar en acción y a hartarnos de repartir cera.

No tenía ni idea de si sería cierto, pero le parecía lo mejor que podía decir en ese

momento. Spanneti habló. —Nos salvaste el culo en Braxis... nos llevaste al a victoria en Korhal, Estación Ghobi, Pantera Prime... Diablos, si no podemos confiar en ti a estas alturas, más vale que hagamos las maletas—. Uno a uno los demás asintieron, incluso Zimmerman, aunque la última.

Dorian sonrió. Era agradable saber que su equipo confiaba en él, independientemente de lo que pensara el mando. —Eso es lo que me gusta oír, Escuadrón Brutal.

El Comandante puso fin a la reunión cuando notó que su cabeza estaba a punto de explotar.

* * *

Las primeras cuarenta y ocho horas fueron un aburrimiento. A Dorian le había costado mucho conseguir una respuesta directa de Sparks sobre cuánto tiempo duraría la misión. El Comandante esperaba un servicio de seis meses, que era más o menos lo normal, pero en la Organización Moebius no había garantías de nada.

Su fiebre y sus jaquecas eran habituales, pero no tenía síntomas de gripe o similares, así que Dorian hizo caso omiso, como si fuera un leve contratiempo. Los demás también lo sufrían, pero no afectaba a su trabajo, así que no le dieron importancia.

Lo más extraño era lo que lo había despertado la noche anterior: un chillido muy agudo, distinto a cualquier cosa que hubiera escuchado antes. Lo más parecido que se le ocurría era aquel largo pitido que emitía el equipo del hospital cuando un paciente sufría un paro cardíaco. Lo había sacado de su sueño, pero había cesado pocos segundos después.

Cuando echó un vistazo por la puerta, no había nadie en la sala, ni en el pasillo del barracón de oficiales. Lo atribuyó a algún sueño extraño que no podía recordar, pero ahora, ante la puerta cuatro del Sector 6, ya no estaba tan seguro. No podía sacarse aquel sonido de la cabeza, y juraría que había continuado brevemente cuando ya estaba despierto.

Dorian deseó con todas sus fuerzas que pusieran el aire acondicionado. No ayudaba mucho llevar puesto el equipo táctico. Tenía blindaje básico, pero si llevara el traje CMC completo, al menos podía controlar la temperatura del traje. Echó un vistazo a la hora en el dispositivo integrado en su casco, y se estremeció al pensar en lo que le depararían las próximas dos horas.

Y entonces comenzaron los chillidos.

Los gritos no eran como el lamento de su sueño, si es que eso es lo que había sido. Estos eran humanos, el tipo de grito desgarrador emitido por alguien que está a punto de morir o que *creía* sin lugar a dudas que iba a hacerlo. Dorian había oído gritos así antes, normalmente sofocados por los disparos.

¡Bum! ¡Bum!

Y ahí estaban los disparos.

Dorian ya estaba en marcha. Deslizó su placa por el escáner para acceder a la entrada, y entró con la culata del fusil de asalto pegada al hombro, oscilando de izquierda a derecha, cuando la puerta se abrió. Despejó el pasillo con rapidez y siguió avanzando.

Una técnico de laboratorio salió corriendo de una sala al final del vestíbulo, con la boca abierta, los ojos como platos de miedo y resbalando sobre los paneles del suelo en su huía despavorida.

Un alarido siguió a la salida del técnico. Luego, un disparo. Y el silencio.

Dorian despejó la esquina. Un hombre de pelo gris con una bata de laboratorio blanca estaba junto a un banco de trabajo y observaba el cuerpo inerte de otro técnico que yacía boca abajo en el suelo y cuya sangre se vertía sobre el metal pulido. El hombre contemplaba a la víctima con expresión vacía, sin sentimientos, y sostenía una especie de arma compacta que Dorian nunca había visto.

El Comandante avanzó, esperando que el técnico lo viera y alzara su arma para poder descerrajarle dos disparos, uno en el pecho y otro en la cabeza, pero ese momento nunca llegó. Cuando Dorian se acercó, el hombre elevó la mirada y un extraño destello iluminó sus ojos, algo que podría haber sido... reconocimiento. Entonces, el desgraciado sonrió y dijo...

—Su sombra... se alarga.

Dorian golpeó a aquel pirado esquizoide con la culata del fusil en la mandíbula por toda respuesta. El hombre soltó el arma y se derrumbó sobre un banco de trabajo, esparciendo equipo por todas partes. Quedó inerte en el suelo. Sonó una alarma de fondo.

* * *

—El arma era un fusil de plasma experimental —dijo Sparks. Estaba tras la mesa de su despacho con los brazos en jarras—. La robó de otro sector de la base.

Dorian se mantuvo en posición de descanso, con el ceño fruncido. —Y la trajo al Sector 6. Para disparar a gente... al azar, por lo que parece. Quisiera saber por qué.

Se había tomado unas pastillas para la migraña que no habían mitigado en absoluto el dolor que sentía. Gusanos... Sentía como gusanos agujereándole el cerebro... Era peor que ningún otro dolor de cabeza que hubiera padecido antes. Quizás ayudaría que no hiciera tanto *calor* en el despacho.

—Bueno, a partir de ahora parece un trabajo para los investigadores —replicó el Teniente Coronel—, y tú no eres investigador. —Sparks se inclinó sobre la mesa, con las manos separadas como diciendo «Esta mesa es mía»—. Eres un segurata. Un agente de seguridad que permitió que dos hombres murieran durante su guardia.

—Quizás podría haberse evitado —replicó Dorian— si alguno de los miembros de mi equipo pudiera hacer guardia *dentro* del sector.

—Os quedaréis donde os ordenemos —respondió Sparks.

—Lo que volvió loco a ese viejo... ¿podría ser lo que fuera en que estuviera trabajando? ¿Existe riesgo de otro incidente?

Sparks dictaminó que todos los oficiales del Sector 6 llevaran armas de fuego a partir de ese momento. Entonces continuó con una serie de estupideces sobre autorizaciones de seguridad y protocolos y toda la parafernalia «confidencial» de toda la vida. Era cierto: el Sector 6 estaba más que clasificado. Nadie sabía lo que se hacía en los recovecos más profundos de la instalación, aunque corrían rumores de experimentos en xenobiología.

Mientras el Teniente Coronel seguía parlotando, una imagen de Sparks apareció en la mente de Dorian, por sorpresa y sin invitación; exactamente en la misma posición en la que estaba, pero despellejado. Dorian lo imaginó con todo detalle, sin ropas ni cabello, solo músculos animados, tendones, venas... Sparks retiró las manos de la mesa, y en la imaginación de Dorian dejó dos huellas sanguinolentas en la madera.

Dorian cerró los ojos y contó hasta tres. Los volvió a abrir y vio la cara de Sparks triturada, como si fuera una repugnante papilla que acabase de regurgitar.

—Quizás tengas que ver a un médico —dijo el Teniente Coronel, lanzando el comentario de forma acusadora—. Tienes un aspecto horrible.

* * *

Dorian estaba de vuelta en su habitación intentando descansar cuando la cabeza robótica holográfica de una ayudante apareció sobre su mesa afirmando que la sargento de segunda Bekkins había solicitado hablar con él en sus aposentos.

La habitación de Bekkins en los barracones de reclutas era una nevera. Le recordó a Dorian la temperatura de su propio alojamiento, que junto con los analgésicos, había aliviado sus dolores de cabeza lo suficiente como para poder funcionar. Cuando Bekkins respondió a la puerta, estaba pálida y sudorosa, con una camiseta y un pantalón corto, a pesar del gélido frío. Retrocedió y se sentó en su litera; Dorian se sentó al otro lado, en una silla pequeña.

—Algo no va bien —comenzó. Inclino los hombros hacia delante y se rascó el brazo izquierdo—. No sé lo que está pasando, pero... he visto cosas raras por el rabillo del ojo. Movimiento, sombras, cosas que no encajan. —Ella lo miró, y por primera vez Dorian observó que cierta emoción trascendía en sus rasgos. Fue sutil, pero ahí estaba.

Miedo.

—Se me pone la piel de gallina. Y también oigo cosas —dijo—. Cosas detrás de los muros. Arañazos. A veces... gritos. Gritos largos e interminables, y ni idea de dónde provienen. Llevo tiempo sin dormir, pero es casi peor cuando duermo... porque sueño. Las cosas que hago en mis sueños...

Dorian esperó para responder. Pudo adivinar que ella quería hablar de ello.

—Y no soy solo yo —continuó—. Los otros también lo tienen, pero no tan intenso. Excepto, quizás, Cranston... Es imposible saberlo debido a sus lobotomías. ¿Cuántas veces lo borraron?

Dorian se encogió de hombros. Corrían rumores de que la primera resocialización neural de Cranston no funcionó y fue necesario repetir el proceso. Decían que la operación tuvo que hacerse varias veces, lo cual provocó un daño cerebral permanente. Pero nadie del equipo conocía toda la verdad, ni siquiera Dorian. Lo único que sabía el Comandante era que Cranston era un soldado eficaz.

—Todo comenzó cuando nos hicimos con esa cosa en Beta Saul —continuó Bekkins—. Yo fui la única que lo vio, lo recogí, lo transporté... Me dio escalofríos. Aún lo hace.

—¿Te examinó un médico? —preguntó Dorian.

Bekkins negó con la cabeza.

—Aún no. Hay algo en esto... que no quiero que el mando sepa. No quiero que me apliquen una carga psíquica.

—Bien —dijo Dorian. Eligió su respuesta con cuidado—. Yo también he estado algo... desconectado. Quiero que te examinen, sobre todo los síntomas físicos. E igual con el resto del equipo. Quizás... quizás nos contagiamos con algo allí... Incluso con los trajes puestos. No lo sé. O en el camino de vuelta. Tal vez los médicos puedan aclararlo.

La mesa que estaba junto al Comandante emitió un pitido. El holoprojector mostró la cabeza de una ayudante. —Sargento de segunda Bekkins, llamada del soldado Hopper— anunció.

—Acepto —respondió Bekkins.

La voz de Hopper salió de la base del proyector.

—Sargento de segunda, aquí Hopper. ¿Has visto a Spanneti?

—Creía que estaba en maniobras de vigilancia —respondió Bekkins lanzando una mirada inquisidora a Dorian. Dorian asintió en gesto afirmativo.

—Sí, soy su apoyo —dijo Hopper— pero cuando llegué ya se había ido. No es muy propio de él abandonar su puesto, ¿sabes? Me preocupa...

Hopper siempre se preocupaba. A Dorian le preocupaba que, en este caso, no obstante, la preocupación de Hopper estuviera justificada.

* * *

Cuando Dorian llegó, Hopper caminaba nervioso delante del almacén B, donde se suponía que tenía que relevar a Spanneti. El almacén B también era donde se guardaba la reliquia que habían extraído de Beta Saul.

—¿Lo has encontrado? —preguntó el chico, secándose el sudor de la frente.

Dorian se detuvo y observó la puerta, pensando que lo que había tras ella lo había

dejado temporalmente fascinado... hipnotizado.

—No —respondió. Y sin detenerse a pensar sus acciones, se acercó a la puerta y deslizó la placa que llevaba colgada de la manga por el lector.

—Eh, se supone que no puedes entrar ahí —dijo Hopper.

—Lo sé —replicó Dorian mientras la puerta se abría.

Entró, y la puerta se cerró tras él. Era una habitación vacía de tamaño medio, inundada de una luz blanca brillante que entraba por la parte superior. En el centro del lugar había una tarima, y sobre ella, flotaba la reliquia. Era un objeto sencillo: una losa negra y rectangular, la mitad de alta que Dorian, cuyos bordes se combaban ligeramente hacia el interior en su parte intermedia lo bastante como para parecer... algo antinatural. Aunque no había mucho que ver, la verdad.

Spanneti estaba a un metro de ella, observando.

No advirtió la Dorian. Spanneti se mantuvo quieto, con la cabeza inclinada y los brazos caídos a los costados, con la mirada en blanco como si estuviera perdido en una especie de profunda hipnosis. Su rostro lánguido, al igual que su postura, recordó a Dorian cómo el técnico de laboratorio demente se inclinaba sobre su víctima.

—Spanneti —llamó Dorian.

No hubo respuesta.

—¡Spanneti! —Esta vez su voz retumbó en las paredes.

El soldado parpadeó, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—Oh —se sorprendió—. Hola, señor.

—Hopper te relevó hace quince minutos.

—Supongo que perdí la noción del tiempo —dijo Spanneti. Sus ojos seguían perdidos, como si estuviera sonámbulo.

Dorian miró la reliquia. Había algo en ella, algo insondable, algo en su piel de ónice que remitía a los inmensos vacíos entre las estrellas. Con gran esfuerzo, Dorian retiró la mirada del objeto.

—Se supone que no puedes entrar aquí —dijo al joven.

—Sí, señor, sí. Yo... ¿estoy en un lío?

Dorian se giró y deslizó su placa.

—No —respondió—, pero te voy a llevar al servicio médico.

* * *

Al Escuadrón Brutal le prescribieron medicina contra la gripe. Dorian sospechaba que la mayoría —si no todos— sabían que estaban infectados con algo mucho más maligno que la gripe.

Quería hablar con el técnico de laboratorio demente, al que retenían en alguna parte de la celda de aislamiento del Sector 6. Como era de esperar, el teniente coronel Sparks se negó a proporcionarle acceso a aquel hombre. Dorian tenía talento para superar ese tipo de obstáculos, pero esta vez iba a necesitar un cómplice. Alguien de

dentro.

Le llevó solo quince minutos convencer a la teniente Zimmerman de que sus motivos estaban justificados. Zimmerman era una de los jefes médicos del Sector 6, y como tal, disfrutaba de autorización de seguridad de mayor nivel que Dorian. También era la doctora de atención primaria del profesor Benz, que resultó ser el nombre del técnico de laboratorio chiflado.

Zimmerman había oído y visto cosas que escapaban a su control y la tenían en un permanente estado de confusión. Había contraatacado con un régimen de tratamientos autoadministrados, un cóctel de su propia confección que redujo los «síntomas» aunque también la volvió muy perezosa. Había administrado una variante del mismo mejunje a Benz. El estado del profesor, comunicó, era «extremo». No dio más detalles, más que decir que aunque no había podido diagnosticar la causa de la dolencia, creía que había tenido algo que ver con la reliquia y, posiblemente, con los experimentos de xeno-vida que se desarrollaban en las cámaras más profundas del Sector 6, un área llamada «Ala Negra».

Dorian quería saber de dónde sacaba esa información. En lo referente a la reliquia, Zimmerman había averiguado que el profesor Benz había sido el técnico principal del análisis. Según los datos que había obtenido sobre él, el viejo nunca había mostrado signos de hostilidad antes de que se le asignara la investigación. El resto de la información provenía de un «amigo» que Zimmerman había hecho en la cantina, un trabajador de seguridad que, al parecer, tenía debilidad por ella. Su trabajo era observar las imágenes de las cámaras de vigilancia de todo el Sector 6. En el Ala Negra, según había compartido el trabajador, *no había* imágenes de cámara.

Aunque Zimmerman no creía que su admirador estuviera «afectado», lo cierto es que este mostró signos de leve paranoia. La médico, no obstante, no consideraba sus sospechas fundadas. Sus superiores la vigilaban de cerca y la habían sometido dos veces evaluaciones psiquiátricas que tenía que superar de forma obligatoria para poder seguir trabajando. Su pretendiente también las había pasado, y los dos creían que las evaluaciones eran requisito para el personal clave del Sector 6. En cuanto a sus superiores, todos los oficiales de alto rango habían comenzado a llevar un dispositivo en el oído. Zimmerman no estaba segura de lo que era exactamente, pero había oído que la gente lo llamaba «pantalla psi».

La médico expresó su reticencia a cooperar con el plan de Dorian. Últimamente, no obstante, creía que el riesgo de no hacer nada superaba con creces las posibles repercusiones por hacer algo. Y estaba claro que algo andaba mal, muy muy mal... Y ya iba siendo hora de encontrar respuestas.

* * *

No había cámaras en el interior de la celda de Benz, y nadie podía ver directamente su interior. Había cámaras en el exterior y en el Ala Iso, y en los pasillos

del Sector Seis. Como preparación previa, Zimmerman había comentado a Watkins, así se llamaba su pretendiente de la cantina, que ella escoltaría a un especialista foráneo a la celda de Benz para realizar un diagnóstico más exhaustivo. Por suerte, debido a su interés por ella, Zimmerman sabía cuándo Watkins estaba «disponible», y por consiguiente, cuándo estaría de servicio.

Así, tanto la doctora como Dorian sabían que Watkins probablemente los observaba mientras avanzaban por un laberinto de pasillos por los pasadizos del Sector Seis al Ala Iso. Aunque nunca habían llegado tan lejos dentro del sector, Dorian sentía que su laberinto solo se hacía cada vez más profundo, que algo más se ocultaba en el corazón más oscuro de la instalación, esperando como una araña saciada en el centro de su tela.

La mayoría de técnicos no levantaban la vista de sus puestos, y las pocas personas que pasaban por los pasillos no parecían prestar atención a Zimmerman y al hombre que la acompañaba con una bata blanca. Sin embargo, la doctora tenía los nervios a flor de piel, y le dijo sin rodeos a Dorian lo ansiosa que estaba por su pequeña huida. A pesar de sus nervios, ella tenía mejor aspecto que Bekkins. Zimmerman había ofrecido unas dosis de su mejunje especial; Dorian se quedó un poco y les entregó viales a los demás. El comandante tuvo que admitir que su atronador dolor de cabeza se había atenuado hasta representar una simple incomodidad constante.

Finalmente, llegaron a la celda y Zimmerman deslizó su placa. La puerta se abrió; Dorian entró mientras la doctora esperó fuera.

Tres lados de la celda estaban formados por muros sólidos. Una ventana de observación, que llegaba desde techo hasta el suelo y daba cara al pasillo, formaba las tres cuartas partes del lado restante y servía de entrada por la que había pasado Dorian. Había una sola cama a lo largo de la pared opuesta a la ventana y un baño en la esquina, a los pies de la cama.

Las brillantes luces del techo revelaban una serie de símbolos que se habían dibujado en las paredes blancas. Al principio no parecían tener sentido, pero, cuanto más los observaba Dorian, más convencido estaba de que tenían que representar un idioma primitivo a base de pictogramas. Parecían seguir un patrón, un orden secuencial; había pequeños elementos que aparecían en lugares y luego se repetían, aunque Dorian no reconocía los símbolos. Solo uno de ellos era en cierto modo identificable. Era el más grande, y dominaba la mayor parte de la pared que estaba sobre la cama de Benz: una figura en pie, con varias extremidades y un aspecto similar a los protoss. La ilustración, como las demás, se había dibujado en una variedad de sombras carmesí.

Benz llevaba un mono blanco que le quedaba fatal. Permanecía encorvado junto a la cabecera de la cama, en la pared opuesta a donde se encontraba Dorian. Desde la posición en la que estaba el Comandante solo podía ver la espalda del viejo, que hacía algo en la pared, probablemente retocando parte de su caótica composición.

—Profesor Benz —dijo Dorian. El hombre no respondió. Por el movimiento de

su hombro derecho, parecía que el profesor se había colocado la mano en la cara y luego la había vuelto a posar sobre el muro.

—¡Profesor! —gritó Dorian.

El hombre se giró lo suficiente para ver al Comandante. Tenía las mejillas llenas de cicatrices encostradas de arañazos. Los grandes ojos se le habían hundido en las cuencas. Su rostro y, en general, su figura eran escuálidos, y su pequeño mentón y la parte frontal de su mono estaban manchados de rojo. Benz se llevó un dedo igualmente impregnado de rojo a la boca, lo removió y luego extrajo el pincel improvisado para seguir pintando.

Dorian bajó la vista a los pies del profesor y vio dos dientes; constató con repugnancia que el viejo estaba usando la sangre de sus propias cavidades como una tinta macabra. Recordó cuando Zimmerman antes había descrito el estado del técnico como «extremo». *Sí, es una forma de decirlo.*

Dorian caminó y se colocó junto a Benz, que estaba incorporando un inescrutable rasgo a su última imagen. Como estaba arremangado, el Comandante vio que los brazos del profesor estaban arañados y mostraban heridas similares a las del rostro.

—Profesor, quiero hacerle unas preguntas —dijo Dorian. Miró por encima del hombro a la ventana de observación, donde se encontraba Zimmerman. Si intentaba parecer imperturbable, estaba fracasando estrepitosamente, ya que sus ojos se movían de un extremo de la habitación al otro.

—Su sombra —comenzó el hombre— se alarga.

—Sí, lo sé —dijo Dorian, dándose la vuelta—. Lo dijo antes. ¿La sombra de quién? ¿Alguien le ha obligado a... hacer lo que ha hecho?

Benz continuó con un gruñido afónico, ceceando por la ausencia de dientes, uno de los cuales era el incisivo frontal superior. Dorian tuvo que aguzar el oído para descifrar las palabras del viejo.

—El Eterno... lo ve todo. La obediencia será recompensada. La resistencia... castigada.

—¿Quién es El Eterno? —presionó Dorian, acercándose.

Benz detuvo su labor. Se alejó de la pared, dio un pequeño paso, se inclinó sobre la cama y deslizó los dedos respetuosamente sobre la representación de la extraña forma de vida.

—Su mensajero.

Dorian observó la tosca representación.

—¿Ese es su mensajero? ¿El mensajero de El Eterno?

—Yo... obedezco —dijo Benz al ídolo, una y otra vez—. Obedezco. Obedezco. Obedezco...

Un agudo golpe en la ventana de observación sobresaltó a Dorian. Observó a una ceñuda Zimmerman, que giraba la mano con rapidez en la muñeca, llamando apresuradamente al Comandante. Dorian asintió. Sí, cuanto más tiempo se quedaran allí, mayor era el riesgo de que los sorprendieran.

Dorian caminó hacia la puerta, echando una última mirada a la deidad dibujada con sangre, o al mensajero, o a lo que quiera que fuese... y a su servil devoto.

Zimmerman sudaba cuando salieron. Sus ojos frenéticos miraban en todas direcciones. Ella y Dorian habían avanzado por el camino por el que habían entrado sin incidentes, y estaban a unos pocos metros del Almacén B cuando un agudo sonido hizo que ambos se detuvieran.

Era el transmisor de Zimmerman. La doctora y el Comandante intercambiaron miradas. Zimmerman dudaba si responder o no. Tomando un profundo respiro, retiró el dispositivo de su bolsillo, pulsó un botón y dijo con voz temblorosa: «Aquí Zimmerman».

Dorian oyó algo al otro extremo. Sea lo que fuere, parecía urgente.

—Sí, señor —dijo Zimmerman, y finalizó la llamada. Se giró hacia el Comandante.

—Hay una emergencia en la sala de limpieza. Luego te cuento.

Zimmerman intercambió el transmisor de su bolsillo por una mano temblorosa y se alejó a toda prisa.

* * *

Quince minutos después, cuando Dorian se encontró con Bekkins en el exterior del Almacén B, tenía mejor aspecto. Aun así, no quería arriesgarse a una recaída.

—Bek, puedes irte. Te doy el relevo —dijo él.

Había arañazos que habían empezado a cicatrizar en el dorso de las manos de la Sargento. Pero su cara estaba despejada y sus ojos resplandecían.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Sí, ve a descansar un poco.

—Entendido —contestó Bek y, a continuación, se fue.

El tiempo discurrió muy despacio durante la primera hora. No había nadie en el pasillo. Dorian se descubrió mirando una y otra vez hacia la puerta del almacén, pensando en Spanneti, allí dentro, perdido en la reliquia.

Cuando no estaba mirando a la puerta, Dorian pensaba en cuál debería ser su siguiente movimiento. Estaba preocupado por su equipo, sobre todo después de la conversación que había tenido con Benz, si se la podía llamar así. Al principio, el dolor de cabeza de Dorian había empeorado, pero después de la primera hora empezó a remitir. Cuanto más tiempo pasaba, más en paz se sentía. No tardó en recostarse sobre el muro que había junto a la puerta, con la cabeza inclinada. Se le cerraron los ojos. Se dio cuenta de que estaba dando cabezadas y comenzó a caminar. Pero no tardó mucho en bajar el ritmo, detenerse, volverse a apoyar contra el muro, abotargado, con los párpados que se le cerraban...

Era como si su cuerpo estuviera en otro lugar. ¿Su... alma? ¿Espíritu? Fuera lo que fuera, estaba flotando. Se sentía calmado, contento, libre de todo dolor. El vacío

—¿Acaso sabía el TC que estaba justo delante de su puerta?

—Yo... Llevo algún tiempo sin verla, señor.

—Si lo haces, ponte en contacto conmigo de inmediato. Sparks terminó la transmisión. Dorian extrajo el dispositivo y marcó el número de la médico...

Un gorjeo, apagado pero audible, se escuchó al otro lado de la puerta de Zimmerman.

Debía de estar en la ducha... Pero Sparks llevaba una hora intentando localizarla. Era una ducha muy larga.

El personal de seguridad tenía un código maestro para abrir todas las puertas de los barracones, para casos de emergencia. Teniendo en cuenta los sucesos recientes, el Comandante creyó que usarlo estaba justificado. Pulso el código en el panel que había al lado de la puerta y esta se abrió al instante.

Dorian entró en la habitación. Zimmerman estaba tumbada en su catre, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Tenía los labios azules y la piel de un fantasmal color blanco. La boca y los labios estaban completamente abiertos. La parte inferior de las piernas, donde los pantalones cortos no ocultaban la piel, era de color púrpura. Tenía la mano izquierda a un lado y la derecha extendida, de manera que quedaba suspendida a un lado del colchón. Un corte muy preciso recorría la parte interior de la muñeca. Las sábanas que había bajo su cuerpo, así como buena parte del suelo metálico, estaban teñidas con el rojo de su sangre.

El Comandante corrió hacia ella y le puso los dedos en el cuello. No tenía pulso. Comenzó a realizar compresiones en el pecho, pero en el fondo sabía que era inútil. Era evidente que llevaba muerta demasiado tiempo. A pesar de ello, siguió insistiendo durante varios minutos, hasta que sus brazos le traicionaron. Se arrodilló, sollozando, con un torrente de pensamientos que le atormentaban. ¿Se había hecho esto a sí misma? ¿Había sido otra persona? Si lo había hecho ella, ¿por qué?

Miró hacia arriba y vio que las puntas de sus dos primeros dedos estaban cubiertas de sangre. La imagen le recordó al profesor Benz...

Dorian se dio la vuelta y miró a la pared que había enfrente del catre.

En ella había dos palabras escritas, repetidas una y otra vez. Eran letras rojas sobre la superficie blanca:

NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ...

* * *

—No me puedo creer que esté muerta.

Bekkins estaba cansada, eso era evidente. También estaba atónita. Todos lo estaban, excepto puede que Cranston. El equipo se había reunido en la habitación de Dorian y era obvio por el silencio y sus miradas vacías, perdidas, que no se podían creer lo que estaba pasando. El único que no parecía demasiado afectado era, cómo no, Cranston. Miró a Dorian con expectación, como un perro que espera a que su amo

lance la pelota.

—¿Qué ha dicho Sparks? —quiso saber Bek.

—Aún no he informado —contestó Dorian. En respuesta ante las caras horrorizadas que tenía ante sí, añadió—: Creo que Moebius tiene a un xeno en el Ala Negra del Sector Seis... Y creo que se ha estado colando en nuestras cabezas. Nos hace sentir como una mierda, nos hace ver y escuchar cosas... Nos está intentando volver locos para poder controlarnos.

Spanneti asintió. Bek permaneció imperturbable. Hopper desvió la mirada. Cranston sonrió. Dorian continuó.

—También sospecho que ha estado usando la reliquia que recuperamos... como una especie de amplificador.

—Podría tener razón, señor —dijo Spanneti—. Tiene sentido.

Dorian continuó:

—No he informado a Zimmerman por dos razones. No sé si el xeno ha invadido a alguien más y, si lo ha hecho, hasta dónde ha llegado en la cadena de mando. Sparks no parecía especialmente motivado para realizar una investigación seria sobre la crisis del profesor Benz...

—¿Crees que el xeno ha invadido a Sparks? —dijo Hopper.

—No lo sé —admitió Dorian—. Puede que nuestro antiguo comandante, Braxton... no me tuviera mucho aprecio, pero creo que nos escucharía. Por desgracia, no puedo ponerme en contacto directo con él. Sparks mencionó que estaba en una operación encubierta.

—Bueno... Pues vayamos más arriba —insistió Hopper.

—¿Quieres decir, *por los canales apropiados*? —replicó Bekkins con acidez—. ¿Sabes el tiempo que supondría?

—Tiene razón —confirmó Dorian—. Incluso si pudiéramos puentear a Sparks, ¿cuántos más morirían en ese tiempo?

—Cierto —gruñó Spanneti—. Tenemos que hacernos con la reliquia y sacarla de aquí, o esconderla en alguna parte...

—No tocaremos la reliquia —contestó Dorian—; si lo hacemos, el xeno sabrá que tramamos algo.

—Dijiste que tenías dos razones por las que no habías informado a Zimmerman —señaló Bekkins—. ¿Cuál es la segunda?

—Ganarme algo de tiempo. Y aquí quiero recalcar el *me*. No para vosotros, muchachos. Lo que planeo hacer va contra todas las reglas del código y podría acabar en un consejo de guerra. O puede que peor. Diablos, podría acabar muerto. Pero si tengo razón... salvaría un montón de vidas y evitaría que el alienígena hiciera lo que sea que planea. Así que, para mí, vale la pena. Dorian dejó que sus ojos recorrieran los rostros que tenía ante él y dijo: —Lo que planeo hacer... es matar al hijo de perra.

* * *

El Comandante no había esperado que el equipo se implicara en su plan. No quería que compartieran el riesgo. Pero Zimmerman, a pesar de ser una bocazas peor que un dolor de muelas, les había salvado la vida a *todos* en algún momento. Cada uno de ellos había compartido los remordimientos que sentían por no haber podido salvar la suya y habían jurado vengarse de la cosa que se la había arrebatado.

Así que, al final, todos se implicaron. Incluso Hopper. Y no aceptaron un no por respuesta... Aunque al principio hubo algo de confusión con el plan de Dorian.

No iba a ser sencillo infiltrarse en el Sector Seis. Era posible que hubiera defensas automatizadas. Y podrían encontrar resistencia humana. Las torretas automáticas no les preocupaban, pero ¿y las vidas inocentes?

—Usaremos munición no letal —dijo el comandante—. Les dejaremos fuera de combate. Es la misma estrategia que usamos cuando hay disturbios.

Había habido ocasiones en las que la población nativa se había rebelado contra los intentos de Moebius Corps de recuperar artículos importantes. En los casos en los que la población local no usaba fuerza letal, Moebius usaba medidas menos extremas. La estrategia de dejar fuera de combate consistía en anular el sistema nervioso central y dejaba al objetivo inconsciente durante un periodo de veinte a cuarenta y cinco minutos.

Una vez que todo el equipo tuvo claro lo que se iba a hacer, tomaron dosis del mejunje de Zimmerman y se hicieron con la munición adecuada, en el arsenal. Después de eso, había que prepararse contra otro elemento del sector de seguridad: las cámaras.

Gracias a la asociación de Zimmerman con Watkins —y la visita a Benz—, Dorian conocía el horario del personal de seguridad. La hora de la cena en la cantina era justo antes de que Watkins tuviera que comenzar su turno. Antes de salir de la habitación de Zimmerman, el Comandante se había hecho con unos sedantes. Lo que no sabía era la potencia de la dosis necesaria ni cuánto tiempo tardaría en hacer efecto la droga. Una vez que pudieron investigar esas cuestiones y llegar a una conclusión, no fue difícil conseguir que Spanneti dejara caer su bandeja y causará la distracción necesaria para que Bekkins drogara la bebida de Watkins.

Dorian también contaba con que el cuerpo de Zimmerman no se encontrara antes de que él hubiera podido completar sus planes o, si ocurría lo contrario, que nadie se diera cuenta inmediatamente de que había desaparecido su tarjeta de acceso.

El Comandante había pensado en efectuar una evacuación de emergencia pero, por supuesto, eso habría atraído más atención de la que pretendía atraer y más rápido. Así que Dorian y su equipo entraron en el sector armados, con el equipo táctico completo. El plan era mantenerse en movimiento, con las armas enfundadas, y tranquilizar a cualquiera que pudiera hacer preguntas (y contar con que, el alguna parte, en una sala llena de monitores, Watkins estaría dando una cabezada en su silla).

Hasta el momento, todo iba bien.

Recorrieron las zonas exteriores de trabajo y el Ala Iso para dirigirse, con suerte, al núcleo del sector. Dorian sospechaba que podrían haber tomado otras rutas, pero lo mejor del Ala Iso es que parecía estar muy poco transitada. Después del encuentro de Dorian con Benz, entendía el porqué.

En el interior del ala, según se dirigían a la celda del profesor, pasaron al lado de algunas vacías. Pero antes de llegar allí, Dorian y su equipo descubrieron otra habitación ocupada...

En su interior había una mujer. Había despedazado zonas de su mono para mostrar una piel cortada y desgarrada. Algunas de las heridas eran recientes. Otras ya habían cicatrizado. Estaba decorando la pared de la misma extraña manera que Benz, cuando se giró y miró de reojo a Dorian. Su nariz plana y aplastada mostraba amplios regueros de sangre que surgían de sus orificios nasales para llegar a la boca y seguir hasta la barbilla, donde empezaron a gotear.

Su mirada vacía se fijó en él durante unos segundos antes de presionar un dedo contra la sangre de debajo de su nariz y volverse de nuevo para continuar con su desagradable pasatiempo. Usó el dedo para completar un símbolo esotérico. ¿Era esta la «emergencia» que había mencionado antes Zimmerman? Posiblemente. Pero ya no era importante.

Dorian explicó al equipo lo que había encontrado con Benz. Pasaron en silencio por la celda de la mujer y, al cabo de unos pocos pasos, el Comandante miró por la ventana de observación a la celda de Benz.

El mosaico de crípticos símbolos había aumentado hasta incluir la propia ventana. En la parte más a la derecha, cerca de la puerta, había algunos apelotonados, de manera que el cristal casi se volvía opaco. Las espirales y las rayas se reducían al ir hacia el lado izquierdo. El Comandante estaba perdido en uno de los extraños símbolos cuando la forma que había asumido que era Benz se lanzó contra el cristal y plantó una palma húmeda justo delante de la cara de Dorian. Retrocedió, mirando incrédulo a la grotesca figura que tenía ante él. El profesor se había arrancado casi todo el mono, junto con buena parte de su piel. Se apreciaban los músculos en la rasgada cara del anciano: ya casi no quedaba nada de la epidermis excepto por unas pocas tiras que colgaban de la nariz y el cuero cabelludo. Una de las orejas del profesor había desaparecido.

Sus fauces desdentadas pronunciaron una palabra, apenas lo suficientemente alta como para que Dorian la distinguiese. Obedezco. Obedezco. Obedezco...

Detrás del Comandante, el equipo reaccionó con exclamaciones de conmoción y horror. Dorian se alejó, miró al suelo y señaló al pelotón para que lo siguiera.

Más adelante, ya superada el Ala Iso y después de haber recorrido un pequeño laberinto de corredores, la tarjeta de Zimmerman les permitió acceder a una zona para cambiarse. En el otro extremo del suelo había una compuerta estanca. En el lado derecho había colgada una fila de trajes de protección, pensados para proteger desde la cabeza a los pies.

Bekkins miró a Dorian y preguntó:

—Supongo que nos tenemos que poner eso antes de continuar, ¿no?

—Sí —contestó el Comandante para, a continuación, girarse hacia los demás—. Muy bien, poned los trajes, pero tened las armas preparadas.

El equipo siguió sus instrucciones. Dorian no estaba seguro de hasta dónde les permitiría llegar la tarjeta de Zimmerman, pero fue suficiente para abrir la primera compuerta y la segunda.

El siguiente espacio que encontraron fue una enorme sala blanca despejada. Unos ventiladores enormes regulaban el aire desde un techo que estaba a una altura de dos pisos. Había técnicos que trabajan con desnudo en estaciones dedicadas a experimentación biorgánica, al menos por lo que Dorian podía distinguir. Había organismos (y partes de organismos) que el Comandante no reconocía junto a otros que sí: varios trozos de zerg estaban enganchados a tubos y monitores, algunos eran diseccionados por brazos robóticos en cápsulas protectoras mientras que otros estaban sumergidos en grandes tanques llenos de un líquido transparente. En la pared que había a lo lejos, a su izquierda, había toda una sala de observación, de la mitad de longitud de la sala blanca, y que parecía reservada en exclusiva para la biomateria, esa alfombra orgánica y viviente que usaban los zerg como fuente de nutrientes. Cubría diferentes partes del cristal y, por lo que Dorian podía ver del interior de la sala, la biomateria se había extendido por las paredes. El denso cieno emitía pulsaciones de una luz suave, de manera que todo el recinto tenía un sobrenatural brillo púrpura.

«¿Sería esa el Ala Negra?». Dorian creía que no. No había señales de ningún cuerpo xeno completo que no estuviera claramente muerto. Al mirar al otro lado de la sala, el Comandante pudo ver otra compuerta.

La mayoría de los técnicos estaban concentrados en su trabajo. Un par de ellos se dieron cuenta de la presencia del equipo y se detuvieron, pero no dijeron nada. Dorian estaba a diez metros de la siguiente compuerta cuando sus oídos distinguieron una voz familiar. El hombre que estaba a la izquierda del Comandante, con las manos en las caderas, gritaba a través de la máscara de su traje a un azorado técnico. Era Sparks y Dorian se fijó en la pistola que llevaba fijada a su pierna derecha, por fuera del traje.

Al acabar la diatriba, Sparks se giró y dio dos pasos antes de pararse en seco y quedarse mirando a Dorian y al resto del Escuadrón Brutal. Los ojos del TC se fijaron en las armas que llevaban. Dorian dio un paso hacia Sparks, con el brazo izquierdo levantado, enseñando la palma, pero la mano de Sparks ya había sacado la pistola de funda.

—Soltad las armas —gritó Sparks, mientras levantaba la suya.

Dorian se lanzó hacia adelante para agarrar la muñeca derecha del TC. Sparks levantó esa mano y disparó una vez hacia los ventiladores que había encima.

Entonces comenzaron los gritos. El Comandante se dio cuenta, vagamente, de la

estampida que se produjo en dirección a la compuerta por la que habían entrado. Entonces hubo disparos que Dorian supuso que provenían de las armas de sus hombres, que disparaban munición no letal para evitar que los trabajadores escaparan y dieran la alarma. Pero era algo de lo que apenas era consciente, estaba peleando con Sparks. El TC tenía una mano en la muñeca de Dorian e intentaba arrebatarle el arma. Era un toma y daca, una competición de fuerza que acercaba a ambos hombres hacia la estación de trabajo en la que había estado el TC. Sparks era fuerte para su edad y no cedía. En varias ocasiones lanzó un rodillazo para obligar a Dorian a doblarse sobre sí mismo. El Comandante contestó con un golpe en la zona dorsal y, por último, con una patada frontal que dio al TC en toda la barriga.

Sparks se tambaleó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra un tanque cilíndrico que contenía lo que podría haber sido una cría zerg. El TC se cayó de lado mientras el cristal agrietado que tenía encima vertía un líquido amarillento sobre su traje. El recipiente cedió un segundo después y vertió el resto del fluido junto con un xeno muerto encima del oficial. Con una maldición, Sparks arrojó al zerg a un lado mientras Dorian levantaba su arma y le disparaba con la munición incapacitante. El TC gruñó ante el impacto, se agitó durante unos segundos y quedó inmóvil.

Después de recuperar el aliento, Dorian se fijó en el suelo de la estancia. Había varios cuerpos con trajes especiales de la sala blanca en el suelo, repartidos en el camino que llevaba hacia la compuerta de salida. Pero había algo que no encajaba, para nada: el carmesí brillaba con fuerza en las ropas blancas y formaba charcos en las baldosas.

Muertos. Los trabajadores estaban muertos.

El equipo estaba de pie entre los cadáveres, mirando a los cuerpos y luego a Dorian mientras se acercaba tambaleando. Se quitó la máscara.

—Pero ¿cómo...?

—Ha sido Cranston, señor.

La voz era la de Bek, que se había quitado la máscara.

—Perdió la razón y se puso a disparar con munición real. —Señaló con su arma a uno de los caídos. A través del visor de la máscara, el Comandante pudo distinguir a Cranston, que sangraba por múltiples heridas.

—Tuvimos que cambiar los cargadores y acabar con él antes de que se volviera contra nosotros.

A Dorian, la cabeza le bullía. El palpitable dolor se abrió paso e hizo trizas sus pensamientos. Los demás miembros del equipo también se habían quitado las máscaras.

—Algunos trabajadores consiguieron escapar, señor —dijo Spanneti—. ¿Quieres que los persigamos?

«¿Cuántos muertos?». Dorian examinó la matanza: ocho cuerpos, incluyendo el de Cranston. «No debería haber pasado...».

—¿Señor? Dijo Spanneti.

Al final, el Comandante sacudió la cabeza.

—¡No! No... Tenemos que seguir adelante.

Dorian se arrancó el traje en su camino hacia la siguiente compuerta estanca. Intentó usar la tarjeta de Zimmerman, pero no funcionó. Entonces se fijó en el panel biométrico.

Spanneti y Dorian arrastraron a Sparks, aún inconsciente, hasta el lector retinal. Lo alzaron, le abrieron los párpados y esperaron durante unos tensos segundos... Para recibir con alivio la luz verde.

La puerta se abrió. Una vez que el Comandante y su equipo la cruzaron, habría que repetir el proceso para abrir la siguiente puerta. Al terminar, por fin entraron en el Ala Negra.

* * *

El nombre de Ala Negra tenía todo el sentido del mundo. Todo estaba construido a partir de un metal negro, pulido. Unas luces azules pulsantes iluminaban los puntos de unión entre las paredes, el techo y el suelo. El pasillo se extendía en ambos sentidos. Ante Dorian había una estructura semicircular, sin puerta aparente.

Tenía el estómago revuelto. No conseguía apartar de su mente la imagen de los técnicos cubiertos de sangre. No estaba bien. No debería haber sido así.

Sonó una alarma. Uno de los técnicos que había huido debía de haber avisado de la incursión. En el suelo y las paredes se abrieron unos paneles de los que emergieron torretas automáticas. Spanneti, que estaba al lado de Dorian, puso una rodilla en tierra y disparó dos veces. Liberó el cargador y dirigió la mano al muslo para coger el siguiente. Lo encajó y siguió disparando...

Aquellos cadáveres no deberían haber estado ahí. Nada encajaba. Había algo en todo aquello que no tenía sentido...

Los disparos retumbaban por los pasillos, reverberando en las paredes. Dorian se giró. Era como si se moviera a cámara lenta. En el corredor de su izquierda... estaba Zimmerman. ¿Zimmerman? Le miraba con intensidad. Su piel era pálida, recorrida por venas... azules. Como sus labios. Su postura rígida contradecía la fluidez de sus movimientos al girarse y entrar en el pasillo.

El martilleo en la cabeza de Dorian se hizo más fuerte. No encajaba, no podía ser.

Dorian la siguió, acelerando el paso para intentar atrapar a la médico. Más adentro, las paredes se curvaban. Dorian recorrió la curva y vio a Zimmerman entrar en un pasillo a su derecha.

«Tuvimos que cambiar los cargadores...».

El Comandante llegó a un pequeño pasadizo. Zimmerman estaba de pie al final, de espaldas a una pared negra, plana, curvada. Retrocedió, lo que hizo que entrase y cruzase la barrera.

Dorian se tambaleó hacia delante. Las imágenes se sucedían en su mente latiente:

las víctimas esparcidas, ensangrentadas; el equipo, de pie con sus trajes de sala blanca, que miraba hacia abajo; Spanneti, que liberaba el cargador y lo reemplazaba por uno del bolsillo de su muslo; Cranston, con esa sonrisa inocente e inconsciente tan suya...

El Comandante alargó la mano y tocó una pared sólida. Escuchó varios pasos tras él. Hopper, Bekkins y Spanneti estaban allí cuando se giró. Lo miraban con atención. Dorian devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—No pudisteis haber cambiado los cargadores —dijo—. Los cargadores con la munición real tendrían que haber estado... Deberían haber estado en los bolsillos de almacenamiento. Para llegar a ellos, tendríais que haberos quitado los trajes.

—Tranquilo, señor —dijo Bekkins—. Es posible que tenga la mente algo confusa. Los tres se estaban acercando. Bloqueaban la salida. Lo miraban cautelosos.

—Habéis cargado munición real desde el principio.

La mano de Dorian se tensó en su arma.

—Y Cranston... Tuvo que... Tuvo que ser el único que *no* se puso a matar a los técnicos. Porque el xeno no podía llegar hasta él... Debido a todas las veces que le habían borrado la mente...

—Ahora todo está bien —dijo Spanneti—. Hemos llegado al final. Todo irá bien.

Dorian alzo su fusil. —Bajad las armas— dijo.

—Señor, no tiene sentido luchar —dijo Hopper—. Lo intentamos.

—Si tengo que acabar con vosotros, lo haré —dijo el Comandante mientras les apuntaba con el arma. Se escuchó un sonido suave, como de algo denso resbalando en una pista, detrás de él. Dorian sintió una ligera brisa en la nuca mientras un brillo cálido iluminaba las decididas caras de sus compañeros de equipo.

—Yo lo haré... Yo...

Dorian se dio la vuelta y los ojos miraron hacia arriba. Allí estaba el xeno, de pie en la puerta. Se parecía mucho al dibujo de la pared de Benz: una mezcla de anatomía protoss y zerg, con una cara delgada, un gran caparazón en la cabeza, placas segmentadas sobre extremidades alargadas y unas garras negras enormes. Era imponente, gigantesco, una presencia dominante, extraña, única y completamente alienígena. Y sus ojos... Aquellos ojos le recordaban mucho a Dorian a la superficie negra de la reliquia. Un vacío enorme, inconmensurable, se escondía detrás de esos orbes y Dorian sintió como si se cayera en ellos, se perdiera en aquellos ojos.

—Yo...

Solo existía el abismo. Solo existía la sombra de El Eterno, que se extendía por el olvido. Aquellos elegidos para estar ante él eran los afortunados. Estaban los xenos, los híbridos, los mensajeros que cumplían con la voluntad de El Eterno. Y estaban los Elegidos... Ellos servirían.

Dorian se giró hacia sus compañeros. Los miró con unos ojos idénticos a los orbes negros del híbrido. Y una voz que ya no era la suya dijo:

—Obedezco.

STARCRRAFT
LEGACY OF THE VOID™



**AL FINAL, TODO
ARDE EN LLAMAS**

ROBERT BROOKS

AL FINAL, TODO ARDERA EN LLAMAS.

Tras la pérdida de dos naves nodriza y sus tripulaciones, las grandes conservadoras protoss Rohana, Orlana y Shantira ayudan a construir las arcas como baluarte contra posibles desastres. Sin embargo, Rohana se da cuenta de que o actúan rápido o las arcas no estarán preparadas a tiempo.

Los ocupantes de las dos naves nodrizas estaban condenados.

Rohana y sus hermanas se encontraban a miles de millones de kilómetros de distancia, pero lo sabían tan bien como ellos. Intensas emociones emergieron de entre el caos. *Desesperación. Pánico.* Se suponía que esto no debía suceder. No era posible. «Este no puede ser nuestro destino», gritaron al unísono los corazones de los miembros de la tripulación. Rohana lo sintió en su interior.

Pero la gravedad los empujaba de forma implacable hacia la muerte. También pudo sentirlo.

La desgracia de las naves nodrizas había comenzado sin previo aviso. Un cristal khaydarin —la fuente de energía vital— se había fracturado, lo que anuló la propulsión de la nave. Debido a que la nave aún no se había puesto en órbita alrededor de la estrella de neutrones, se estaba precipitando hacia ella. El comandante de la otra nave nodriza había dado la orden de anclarse a ella, con la esperanza de que el empuje alejaría ambas naves de la estrella. Y funcionó. Juntas se habían desplazado hacia una órbita segura.

Esos momentos habían estado cargados de intensidad. *Orgullo. Euforia.* Los ochenta mil cuatrocientos sesenta y tres miembros de la tripulación compartieron las mismas emociones y celebraron el ingenio y la valentía de la segunda nave.

Hasta que ocurrió lo impensable.

El cristal de la segunda nave también se atenuó. *Miedo. Incredulidad.* Dos cristales khaydarin fallando a la vez era algo impensable. Se habían fabricado con una precisión infinitesimal. ¡Solo había fallado *uno* en todos los milenios que los primogénitos llevaban recorriendo las estrellas! ¿Y ahora dos? ¿A la vez? ¿En una órbita descendente?

El Khala transmitió esas emociones y muchas más. Las grandes conservadoras fueron testigo de todo.

—Jamás habíamos presenciado un desastre semejante —dijo Rohana.

Su hermana mayor asintió. —Una tragedia única. La tarea de dilucidar las causas de este accidente recaerá sobre nosotras— continuó Orlana.

La hermana menor negó con la cabeza. —¿Accidente? Diría más bien sabotaje— replicó Shantira.

—¿De dos naves? —preguntó Orlana.

—Precisamente por eso. Piensa en las probabilidades. Si ocurre una vez, puede ser un accidente. Si ocurre dos y en tan breve intervalo, puede ser intencionado.

Las tres se quedaron en silencio. Eran grandes conservadoras, y los tripulantes aún no habían muerto... Sus emociones revelarían la verdad. Las hermanas se sumergieron en lo más profundo del Khala, inspeccionado cada onda, cada corriente. No había ni un ápice de sombría satisfacción entre los tripulantes, ni una pizca de placer. Todas las almas a bordo luchaban por sobrevivir. La presencia de un saboteador sin duda habría destacado entre el resto.

Shantira tuvo que rendirse a la evidencia. —No fue un sabotaje— concluyó.

El impulso atrajo ambas naves hacia la estrella de neutrones. *Determinación. Frustración.* No podía terminar de esta manera. No lo haría. Tenía que haber una solución. Los tripulantes correataron de forma desesperada durante horas. Pero todo fue en vano. La gravedad era despiadada. La temperatura comenzó a elevarse a medida que los disipadores de calor de la nave se sobrecargaban. Las alas refulgían a causa de la radiación de la estrella. Pronto los escudos fallarían y los tripulantes sufrirían una muerte agónica.

Una oleada de nuevas emociones recorrió las naves. Comenzó en un forjador de fase y se extendió hasta el Khala como un reguero de pólvora. *Terror. Desesperación.* Se había descubierto el problema: un nimio detalle, un pequeño fallo en el modo en que la energía sobrante se expulsaba entre las alas de la nave nodriza durante las maniobras bajo una gravedad inusualmente alta. Uno de estos pulsos había vuelto al cristal y lo había destruido. Cuando la segunda nave se ancló a la primera, el mismo defecto destruyó también su cristal.

No había sido un sabotaje, sino una probabilidad de una entre mil millones en el peor momento posible, en órbita alrededor de una estrella de neutrones desconocida. Solo allí, junto a un pozo gravitatorio tan fuerte, ese fallo podía resultar letal.

Ya no había ninguna duda, ni siquiera entre los tripulantes más positivos, de que el desenlace sería fatal. No había ninguna otra nave protoss cerca. La red de teletransporte del Imperio no se extendía hasta este sistema inexplorado. La estrella los devoraría a todos.

Ira. Rabia. Muchos de los que estaban a bordo habían soñado con una muerte gloriosa en el campo de batalla, no con *esto*: un final absurdo provocado por un accidente.

—¿No hay nada más que podamos hacer? —preguntó Rohana. Era experta en cuestiones militares, no en física. Quería un consenso. Sus hermanas lo entendieron.

Shantira ya había estado haciendo cálculos, ayudándose de forma inconsciente con los dedos, con los que dibujaba cifras en el aire. Por fin dejó caer la mano. —Han cruzado el punto de no retorno. No tienen escapatoria— dijo.

—Ninguna —asintió Orlana. Estaba estudiando las emociones de los líderes de las naves; habían renunciado a toda esperanza.

La ira solo duró unos instantes. A todos los protoss, sin importar su casta, se les adiestraba controlar sus emociones en momentos de tensión. Sin autocontrol, el Khala podía volverse indisciplinado. Incluso ante una muerte certera, no renunciarían a su honor y su herencia. La ira de los tripulantes no tardó en aplacarse. Pero ninguna otra emoción vino a sustituirla.

—Ahí está. —Los ojos de Rohana se abrieron como platos.

Miró a sus hermanas. Ellas también lo habían sentido.

—La emoción final —dijo Orlana.

Las hermanas la identificaron antes que la tripulación. La semilla de esta emoción emitió un pulso dentro del Khala, a mucha mayor profundidad de lo que cualquier protoss podía llegar de forma consciente. Pocos lo intentarían. Aunque el Khala no era peligroso, sus corrientes eran muy fuertes. En sus profundidades era difícil mantener la concentración y el equilibrio el tiempo suficiente para examinar cada pizca de emoción. Solo las mentes más fuertes podían hacerlo. La mayoría de los conservadores fracasaría.

Por eso las tres hermanas eran grandes conservadoras. Podían sentir lo que otros no podían.

Y lo que sintieron emergió borboteando desde el abismo y se propagó por ambas naves nodrizas en apenas unos segundos.

Aceptación. La emoción final.

Si el destino había decretado ese final, que así fuera. La ira era un sentimiento natural, pero había sido desechada. La emoción final llenó cada corazón como una marea creciente, y el Khala unió todos sus espíritus. Miles y miles de almas aceptaban su final a la vez, y la música de sus últimos momentos se elevó por el cosmos.

No solo llegó a oídos de Rohana y sus hermanas. Otros en Aiur también pudieron oírla. Millones de ellos se unieron y elevaron sus espíritus en solidaridad. En apenas unos instantes, todas las castas de Aiur se habían unido a las naves nodrizas y sus tripulantes. El glorioso coro se propagó a otros planetas. A otros sistemas. A la totalidad del Imperio.

Los tripulantes condenados sintieron sobre ellos las miradas de todos los primogénitos, y sus almas se elevaron aún más alto mientras se abandonaban a ese éxtasis.

Las hermanas lucharon por no unirse a ellos. Rohana temblaba a causa del esfuerzo. Ese día sería recordado durante milenios. No había nada tan puro ni hermoso como el rugido final de un primigenio. Y ahora el Imperio entero rugía al unísono...

La última vez que ocurrió algo parecido fue hace ocho siglos, en la Última Batalla de Khardalas, y antes de eso, en la Emboscada de Faranai, diez siglos atrás.

No. Ya habría tiempo más tarde para analizarlo. Ocho mil cuatrocientos sesenta y tres protoss estaban a punto de morir. Había que salvaguardar sus recuerdos. De esa forma, las grandes conservadoras experimentarían sus muertes. Todas y cada una de ellas.

—Esto no será fácil —dijo Orlana.

Rohana cerró los ojos. «Orlana tiene un talento especial para los eufemismos». Hacía generaciones que no se producía una pérdida de vidas tan elevada, y ya entonces, los conservadores solo habían logrado salvar una parte de los recuerdos de los caídos. Eso no sucedería hoy. Pero el peso de la responsabilidad sería insoportable.

Le vino a la memoria uno de los recuerdos conservados: Había una tribu antigua que había capeado incontables temporales en las montañas de Aiur. Sus miembros habían aprendido a sobrevivir a huracanes en las mesetas expuestas, con vientos tan fuertes que podían arrancar los árboles de cuajo. Había mucho que aprender de este ejemplo. —*Doblaos ante el viento. Dejad que pase sobre vosotros y alrededor de vosotros*— dijo Rohana citando las palabras que un jefe tribal pronunció ante sus seguidores. No solo las palabras de ella, sino también las de él viajaron a través del Khala hasta las mentes de las otras grandes conservadoras—. *No dejéis que os quiebre.*

Rohana sintió que sus hermanas cedían. Seguirían su consejo.

Estaban flotando en círculo a un palmo del suelo, las piernas cruzadas, manteniéndose en el aire gracias al suave influjo del poder psiónico. Unieron sus manos. Abrieron sus mentes a los ochocientos mil cuatrocientos sesenta y tres individuos y trataron de aislarse del resto. Eso sería imposible, por supuesto.

Orlana apretó las manos de sus hermanas. —Allá van— dijo.

Los tripulantes comenzaron a morir.

Los forjadores de fase, expuestos de forma más directa a la radiación de la estrella de neutrones, murieron primero. No fue un final rápido. Pero lucharon contra el dolor y prestaron sus mentes a la canción del Khala todo el tiempo que pudieron antes de que la muerte pusiera fin a su sufrimiento. Los conocimientos técnicos de los forjadores de fase, su maestría, el mismísimo latir de sus corazones, desde el primero hasta el último, fueron transmitidos a Rohana, Orlana y Shantira.

Conservados para la eternidad.

El resto de miembros de la tripulación no duró mucho más. Todos perecían a la vez en ambas naves. La fuerza de sus recuerdos se abatió sobre las tres hermanas en forma de aplastantes oleadas.

Rohana sintió como si su mente estuviera en medio de una tempestad. No opuso resistencia. Gotas de sudor le corrían por la espalda. Cada vez que una de las hermanas perdía la concentración, las otras dos le servían de sostén mientras esta recuperaba la compostura. Vidas enteras pasaron a través de la mente de Rohana. Se aferró a todas, aun cuando la canción de la gloria y la agonía de miles de muertes la

zarandeaba de arriba abajo.

Pero se dobló ante el viento. No se quebró. Como tampoco lo hicieron sus hermanas.

«Este había vivido toda su vida en Aiur... Este había superado una herida incapacitante en el planeta Zhakul y había escapado de una erupción volcánica... Esta había construido un nuevo tipo de lanzador de portanaves, y estaba empezando a trabajar en una nueva expansión de la red de teletransporte...».

El fuego extinguió toda vida en un único y explosivo instante.

Y cada alma —sí, *todas* ellas— habían sido conservadas.

Todo había terminado. Una oleada de alivio embargó a las tres hermanas. Orlana se inclinó hacia atrás y sus pies golpearon el suelo. Rohana y Shantira la sujetaron para evitar que se derrumbara por completo. Pronto se recuperó. Se elevó de nuevo en el aire.

—Gracias —dijo Orlana.

La canción del Khala continuaba. El Imperio había sentido la *aceptación* de la tripulación. Solo Orlana, Rohana y Shantira habían experimentado las ochocientas mil cuatrocientas y sesenta y tres muertes. Incluso los miembros de la tripulación solo lo habían experimentado una vez.

Las hermanas permanecieron allí juntas hasta que el dolor se desvaneció. Tardó un tiempo.

—Se quemaron vivos —dijo Rohana. Estaba llorando. Todas lo estaban.

Orlana le apretó la mano. —Lo sé.

—Ningún primogénito debería morir de esa forma.

—No. —Shantira se estremeció.

—Tenemos sus recuerdos. Aprenderemos mucho de ellos. —Rohana dudó. Tendrían que revivir esas muertes muchas veces. Pero ese era su deber. No dejarían de cumplirlo por desagradable que fuera.

—Esta tragedia no fue causada por la malicia ni la estupidez, sino por las circunstancias. Este es nuestro nuevo deber, hermanas. Contaremos al Imperio la forma de evitar que esto vuelva a suceder.

—Solucionarán el defecto de las naves nodrizas. No nos necesitan para eso —espetó Shantira.

—En efecto. No para eso —respondió Rohana.

Orlana parpadeó. Comprendía la intención de Rohana. —Un defecto oculto acabó con algo muy poderoso. Quieres encontrar una solución a *todos* los defectos ocultos.

—Puede que el próximo desastre imprevisto no solo provoque la destrucción de un par de naves —dijo Rohana—. Hoy hemos perdido exploradores. La próxima vez podría ser una colonia completa. O una flota de guerra. Imaginad lo que pasaría. Podría ser el mismísimo fin de Aiur.

—Eso nunca ocurrirá —dijo Orlana.

—Pero ves a qué me refiero.

Shantira estaba empezando a comprender, aunque aún dudaba. —Es imposible prepararse para *todos* los desastres posibles— dijo con cautela—. Todo progreso da lugar a errores. A veces se pierden vidas. Es lamentable, pero previsible. Si reprimimos la innovación por miedo a lo que *podría* pasar, podríamos fomentar el estancamiento.

—No estoy sugiriendo que podamos impedir todas las muertes. Solo digo que cada muerte es una lección. No solo las muertes de hoy. Todas ellas. Tenemos los recuerdos de cada primogénito que ha vivido desde que terminó el Eón de Contienda —replicó Rohana—. Extraeremos patrones; encontraremos puntos ciegos, tanto en esas vidas pasadas como en las nuestras; miraremos al futuro con los ojos bien abiertos; observaremos lo que hace que nuestro Imperio sea vulnerable y lo corregiremos.

Las dudas de su hermana se disiparon. Surgieron nuevas emociones. Emociones complejas llenas de *determinación*. Todas vibraban con la agonía de la tragedia de ese día. Era un dolor que no se podía soportar. Las empujaba a actuar.

—Lo haremos —dijo Orlana.

Shantira enmudeció. —Tratar al azar como enemigo. Es algo que jamás se ha hecho, nunca antes en nuestra historia—. Su humor cambió a una especie de sombría satisfacción. —¡Y qué legado dejaríamos si consiguiéramos derrotarlo!

Había llevado largo tiempo construirlo y perfeccionarlo. Ahora, por fin, estaba terminado.

Orlana guiaba la marcha hacia el puente de la nave, tan emocionada que dejó de levitar y corrió con sus propias piernas. Probablemente no había tocado el suelo desde el desastre de las naves nodrizas, muchos siglos atrás.

—Increíble —murmuró. Sus sentimientos reflejaban los de sus hermanas. Agitó los brazos por encima de la cabeza sin decir palabra, como diciendo: «Mirad todo esto».

Era la primera de su clase: la primera nave arca.

—¡Qué legado dejaríamos! —pronunció suavemente Shantira.

El nombre evocaba tiempos pasados en los que los primogénitos primitivos aún usaban las manos para trabajar la tierra y cazar. Aquellos que navegaron por los océanos de Aiur milenios atrás habían aprendido a respetar los vientos y los mares. Todo podía cambiar en minutos, y las naves pequeñas salían mal paradas en las tormentas. Esas tribus habían construido naves más grandes o arcas, refugios flotantes en los que podían huir cuando soplaban los vientos oscuros.

«Y así será de nuevo», pensó Rohana. Con esta nueva clase de arca, los protoss no tendrían que temer nunca más los vientos oscuros. Jamás. Y no solo por su armamento, aunque era considerable, ni por sus avances tecnológicos, que no tenían precedentes...

Un arca con la tripulación completa podría librar una guerra sin apoyo. Podría evacuar una colonia entera —un *sistema* entero repleto de colonias y puestos de

avanzada— gracias a sus enormes salas llenas de cápsulas de estasis. Podría quedarse sin energía e ir a la deriva durante siglos sin que ninguno de sus tripulantes pereciera. El arca tenía veintenas de kilómetros de largo y docenas de kilómetros de ancho en su parte posterior, pero aun así era ágil. Podía fabricar un escuadrón de exploradores al día, coordinar una interminable batalla espacial y teletransportar civiles a un lugar seguro, todo al mismo tiempo. Todo sistema poseía redundancias. Se había concebido y diseñado como una solución... *la solución* a cualquier desastre imaginable o guerra previsible. El Cónclave había visto la idoneidad de semejante solución y había centrado todos los esfuerzos del Imperio de los primogénitos en hacerla realidad.

La alegría de Orlana siguió aumentando y vibrando a través del Khala. Siempre había sentido un interés especial por la arquitectura. —Llevabas razón, Rohana— dijo—. Las paredes, creía que serían un estorbo, ¡pero mira!

En el puente, las paredes estaban hechas de energía pura esculpida. Invisible. El comandante de la nave tendría una vista panorámica del campo de batalla. A su alrededor podían verse las luces de Aiur extendiéndose hasta el horizonte, y sobre sus cabezas, las estrellas centelleantes.

—Es maravilloso.

¿Cuántas batallas perdidas de la historia se habrían ganado si el líder del ejército hubiera tenido un conocimiento de primera mano del campo de batalla? «Es probable que casi todas. Los comandantes sabios confirman visualmente lo que sus subordinados sospechan». El Khala solo transmitía emociones. Un guerrero inexperto podía juzgar una batalla de forma errónea.

—El crédito le corresponde a tu hermana menor, no a mí —dijo Rohana—. Sin ella, los forjadores de fase jamás habrían terminado esto.

Rohana sintió las tranquilas emociones de Shantira. *Orgullo. Satisfacción.* La tecnología que había hecho posible esta nave era sin duda obra suya. Los trabajadores khalai sabían más de ingeniería que ella, pero Rohana poseía los recuerdos de generaciones enteras de maestros, así como una gran comprensión de la física que le permitía poner a prueba las ideas de los khalai. Si querían tener éxito, debían colaborar con ella. Les haría ganarse la gloria.

Un miembro del Cónclave se acercó a las tres hermanas, un judicator llamado Mardonis. —¿Nos acompañáis abajo para la inauguración?— preguntó.

—Por supuesto —respondió Rohana. Era un momento histórico. Las grandes conservadoras tenían el deber de presenciarlo.

Mardonis las condujo desde el puente hasta el interior de la nave arca. Él caminaba y ellas lo seguían. Después de muchos kilómetros de corredores, llegaron a un núcleo que albergaba unos pocos paneles de control y una esfera gigantesca que se cernía sobre el grupo. Incluso aquí, en el centro de la nave, se podían ver las estrellas brillando sobre Aiur. Pero esas estrellas no tenían ningún interés para las grandes conservadoras ni para Mardonis, ni para el resto del Cónclave, ni para los maestros forjadores de fase, ni para el guerrero solitario que estaba de pie en medio.

Esas estrellas estaban muy lejos.

Y una estrella estaba a punto de nacer justo aquí.

Mardonis hizo un gesto al guerrero. —Adun, ¿nos haces el honor?— preguntó.

Adun presionó un puño contra el pecho. —Gracias, judicator.

Se dirigió hacia los forjadores de fase. Uno de ellos le entregó un bloque irregular de solarita. Rohana entrecerró los ojos. Estaban dejando que manejara esa sustancia volátil con demasiada despreocupación. Recordaba docenas de casos en los que eso había terminado de forma desastrosa.

«Al menos dieciocho naves espaciales han resultado destruidas debido a las bengalas de solarita... Hace ocho siglos, una aldea entera fue reducida a cenizas...».

Shantira le tocó el hombro. Rohana rechazó tanto su mano como su intento de tranquilizarla a través del Khala. —Esto es absurdo— le dijo Rohana en voz baja.

—La solarita solo se vuelve inestable cuando se agita con demasiada fuerza —replicó Shantira—. Y solo algunas veces. Digamos que una de cada cinco veces.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Piénsalo de esta forma —dijo Orlana con un toque de humor en la mirada—. Si explota, moriremos rápidamente y sin sufrir. Puede que terminemos nuestros días con elegancia.

Rohana no dijo nada, pero se sentía de mejor humor.

Adun se merecía este honor, por supuesto. Pocos comandantes con vida habían demostrado un uso tan inteligente de las tácticas militares como él. Pero los sentimientos de Rohana no reflejaban los de sus hermanas.

Ellas sentían respeto y admiración por él. Rohana albergaba ciertas sospechas. Era posible que los comandantes fueran *demasiado* listos. «Los líderes ingeniosos mueren cuando su suerte se acaba», se dijo. Por ejemplo, un comandante con una gran inventiva había intentado una vez usar su propia nave para alejar una nave nodriza moribunda de una estrella de neutrones. Una idea brillante que fracasó por un defecto oculto.

Ese recuerdo seguía incomodándola. Qué extraño. La solución estaba aquí. Sus dudas tendrían que haberse desvanecido. Dejó a un lado sus emociones. No serviría de nada dejar que sus dudas importunaran a nadie más.

Adun colocó la solarita en la base de la enorme esfera. Dio un paso atrás.

La solarita brilló. Después, la gran esfera sobre ella también brilló. Con un gran estrépito, el núcleo solar cobró vida y, a continuación, emitió un suave zumbido amortiguado. Su cáscara contenía un calor y una luz de un brillo inconcebibles. El arca comenzó a temblar. Y después a moverse. Se elevó hasta abandonar la atmósfera de Aiur con tanta facilidad que resultaba inverosímil. A pesar de su tamaño, en pocos minutos había alcanzado una órbita estable.

Tal era el poder del núcleo solar. Una estrella sintética. El uso de su energía sustentaría las operaciones de esta nave, así como a los miles y miles de soldados y tripulantes que vivirían algún día en ella, durante un número incalculable de años.

La nave arca era una auténtica maravilla. Mardonis bautizó la nave con el nombre *Lanza de Adun*.

Al término de la ceremonia, Adun fue teletransportado de vuelta a su flota. El Cónclave se quedó atrás para hablar con las grandes conservadoras.

—Tenemos desacuerdos y necesitamos vuestro consejo —dijo Mardonis.

Todos habían regresado al puente de la nave. Ahora que estaban en órbita, parecía como si Aiur girara lentamente sobre sus cabezas.

—Esta nave arca era todo lo que queráis, ¿no? Un baluarte contra los desastres imprevistos.

Orlana habló con confianza por sus hermanas. —Sin duda, Judicator.

—Ya hemos comenzado la construcción de otras dos. ¿Y después qué? —preguntó Mardonis—. ¿Cuántas más necesitaremos?

Rohana parpadeó. *Sorpresa. Confusión*. —No entiendo.

Mardonis se explicó. La construcción de cada nave arca requería una asombrosa cantidad de recursos, tantos que otros esfuerzos, como la colonización de nuevos sistemas estelares, estaban sufriendo retrasos.

—La *Lanza de Adun* es capaz de librar una guerra entera a solas, incluso contra un enemigo a nuestra altura —dijo Mardonis extendiendo sus brazos—. No tenemos enemigos. No hay nadie que pueda desafiar a los primogénitos.

—Ni hoy, ni el año que viene, ni el próximo siglo —Rohana comenzó a invocar los recuerdos del pasado. Dejó que unos pocos recuerdos selectos fluyeran a través del Khala hasta Mardonis para que este comprendiera lo que quería decir—. La mayor amenaza para un poder inconmensurable es un ataque imprevisto. Como has dicho, la *Lanza de Adun* es nuestro baluarte frente al desastre. Pero no puede estar en todas partes a la vez. Más naves arca significarán más seguridad. Tres está bien. Más sería aún mejor.

La sorprendió sentir que sus hermanas no estaban de acuerdo con ella. Se giró hacia ellas. —¿Tenemos una perspectiva distinta?

Shantira ladeó la cabeza.

—Hablas de guerras de hace milenios, Rohana. Ellos hablan de algo más insidioso: agotamiento. ¿Deberíamos gastar tantos recursos en esto...?

—Nuestro Imperio posee muchos recursos.

—Para hoy. Para el año que viene. Para el próximo siglo. —La suave voz de Shantira hacía que la reprimenda sonara menos dura. O eso parecía—. Si un día se agotaran los recursos, una flota de naves arca no nos salvaría. Necesitaríamos colonias para aprovisionarnos. La potencia de fuego tiene sus límites, al igual que nuestra red de teletransporte. Más colonias significaría mayores posibilidades de escape cuando llegase el momento.

Orlana alzó su brazo.

—Debe de haber un equilibrio. El Cónclave ha planteado una pregunta de difícil respuesta. Debemos retirarnos y debatirla. Nos llevará un tiempo —advirtió a

Mardonis.

El Judicator hizo un gesto de aprobación.

—Nuestro Imperio puede construir esas dos otras naves arca sin demasiado esfuerzo. Solo necesitamos saber si debemos construir más. Dispondréis de todo el tiempo que os haga falta.

—Entonces seremos meticulosas —respondió Orlana.

—Sí —asintió Rohana. Esa pequeña duda, ese recelo, aún no había desaparecido. Quizás esta tarea fuera lo que necesitaba para despejarla.

Los años pasaron. Las grandes conservadoras estudiaron sus recuerdos. La cuestión de las naves arca tenía muchos matices. Ningún instante único de la historia la resolvería. Revivieron guerras, desastres, descubrimientos, cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz.

Al principio Rohana había tenido la certeza de que los primogénitos debían construir todas las arcas que pudieran. De esa forma, incluso la destrucción total de un arca no tendría efecto alguno sobre la supervivencia de los protoss. Ahora no estaba tan segura. Había demasiados recuerdos de líderes insensatos que habían gastado recursos de forma imprudente y que habían pagado caro sus errores.

Y luego estaba el aspecto práctico: después de más de un siglo, la *Lanza de Adun* todavía no había entrado en combate. Ni siquiera una sola vez. Pasaba su tiempo escoltando a los colonos hasta nuevos planetas. El arca era increíblemente útil en ese aspecto. ¿Pero para qué construir más y más armas si no quedaba nada por lo que luchar? Quizás tres naves arca fueran suficientes. O quizás no.

Aún no tenía una respuesta.

Pero la pregunta no la obsesionaba, ni tampoco a sus hermanas. Eran grandes conservadoras. Tenían alumnos a los que enseñar. Recuerdos que conservar.

Y consejos que dar.

* * *

Orlana no hizo intento alguno de disimular su consternación.

—Tu plan es ridículo y lo único que conseguirás es que tus subordinados mueran —dijo bruscamente.

El líder de la colonia gesticulaba como un loco mientras hablaba.

—Ninguno de nosotros teme a la muerte, y creemos que funcionará —respondió. *Determinación. Obstinación.* Una peligrosa combinación de emociones cuando había vidas en juego—. La temperatura en ese planeta no es tan baja. ¡En ocasiones ha alcanzado 1,3 grados!

Quería decir 1,3 grados por encima del cero absoluto. Ni siquiera en el vacío del espacio hacía tanto frío.

—Vuestro equipo fallará y os congelaréis —advirtió Orlana—. Pero incluso si no lo hacéis, estáis destinados a una muerte prematura.

—¿Por qué?

Invocó un recuerdo y lo canalizó hasta el Khala para que el líder de la colonia pudiera experimentarlo.

«El gran explorador fue el primero en escalar el pico más alto de Aiur y también el primero en trazar un mapa de sus océanos. Poseía en su interior una sed insaciable de ver lo desconocido, de explorar lo ignoto. Pero siempre viajaba a solas. Insistía en ello. Sabía que algún día se enfrentaría a un desafío que no podría superar, y se negaba a condenar a muerte a cualquiera que lo acompañara. Y fue en el interior de las cuevas de los Picos Medianos donde se enfrentó a su final, cuando un temblor liberó incontables toneladas de roca que cayeron sobre él y lo mataron al instante».

—Tu ambición jamás se saciará —aseguró Orlana. Te empujará a asumir cada vez más riesgos. No es algo inmoral. Los primogénitos honran a los que tienen tu espíritu. Al poner a prueba tus límites, demuestras a un Imperio entero lo que es posible. Pero aún no entiendes que se trata de un camino que debes recorrer a solas—. Envié algunos recuerdos más al Khala de otros exploradores que habían muerto mientras viajaban rumbo a lo desconocido. —Ve a ese planeta si así lo deseas. Deja que tus seguidores te observen mientras orbitan el mundo de forma segura. No los obligues a compartir el riesgo. El orgullo y el respeto los empujarán a acompañarte si se lo pides. No lo hagas.

El líder de la colonia estaba conmovido, pero no desistió.

—No todo el mundo debe morir en combate, Gran Conservadora. Si ha de llegarme el fin en una nueva frontera, que así sea. Mis seguidores comparten mi creencia.

Orlana no cedió.

—¿En serio? Puedo sentirlos cerca. Admiran tus convicciones, pero no las comparten. Te siguen porque buscan la gloria. No entienden verdaderamente los riesgos a los que se enfrentan a tu lado.

—Reflexionaré sobre tu consejo —se despidió el líder de la colonia, dándole las gracias.

Orlana sabía que no cambiaría de opinión, y también que el líder no tenía obligación de obedecerla. Era libre de ignorar su consejo.

Un año más tarde, sintió como esas dieciocho almas se embarcaban en su expedición. Aterrizaron sobre ese planeta errante helado y desolado. Doce días más tarde, su equipo falló.

Con gran tristeza, ella conservó sus recuerdos. Otra historia con moraleja.

—Siempre habrá gente que siga a los insensatos —Orlana dijo de forma tajante a sus hermanas—. Y siempre habrá insensatos dispuestos a guiarlos.

La idea la inquietaba, pero aún no sabía bien por qué.

* * *

El maestro templario de entrenamiento se acercó a ellas y se arrodilló. Estaba temblando. Su mente y sus emociones eran presa de una gran agitación. —Presiento cambios— dijo—, y temo que traigan consigo nuestro fin.

Los protoss se habían consagrado generación tras generación a los rigores del entrenamiento de guerra ponían a prueba la aptitud para el combate de los templarios desde temprana edad. Aquellos que tenían inclinaciones espirituales eran adiestrados por el alto templario en el uso de la guerra psiónica. Aquellos mejor dotados físicamente aprendían el arte de la espada y las danzas de guerra.

Ahora algunos sugerían que ambas escuelas de entrenamiento debían combinarse. Los fanáticos guerreros dominarían el poder psiónico de formas más etéreas. El alto templario se adentraría en el campo de batalla tras ser adiestrado en el combate cuerpo a cuerpo. Quizás algún día las diferencias entre ellos desaparecerían por completo. Solo existiría un tipo de entrenamiento marcial.

El maestro rechazaba esta idea. Pero tras décadas de discusiones con filósofos y jóvenes prodigios, su voluntad se había debilitado.

—Guerras diferentes requerirán tácticas diferentes —dijo abatido—. Puede que me equivoque. Tengo el poder de rechazar el cambio, pero si me equivoco al hacerlo, condenaré a nuestros guerreros a la obsolescencia. Estarán mal preparados para librar las guerras del futuro.

Las tres hermanas asistían a la conversación, y las tres llegaron rápidamente a la misma conclusión.

—Gran maestro —dijo Rohana—, no cedas.

Alzó la vista.

Rohana no solo le mostró un recuerdo, sino docenas de ellos. Batallas. Fanáticos que destacaban en el combate. Un alto templario que cambió la suerte de la batalla en un instante.

—Mira cómo se mueven, cómo piensan —dijo Rohana—. Mira su concentración. Consegúan la victoria en circunstancias imposibles porque eran maestros de sus dones. No malgastaban su entrenamiento esforzándose por aprender técnicas poco adecuadas. Eran adiestrados para refinar al máximo su destreza y rabia fanática de acuerdo con sus talentos y aptitudes naturales. Alcanzaban ese nivel gracias a maestros como tú. Sin duda, las guerras traen consigo nuevas tácticas. Pero solo los guerreros altamente entrenados se adaptan a ellas. Solo aquellos que conocen su propio potencial saben cómo emplearlo.

—Y lo que es más importante —añadió Orlana—. Nosotros, los primogénitos, nos asentamos sobre nuestras tradiciones de la misma forma en que un edificio se asienta sobre sus cimientos. Su olvido equivaldría a un colapso seguro.

Rohana asintió. Un dicho de un antiguo poeta pasó por su cabeza. Compartió el recuerdo con todos ellos. —«No es el viento lo que hace caer el árbol, sino la descomposición invisible que devora sus raíces»— recitó.

—Ajá. Entiendo. —La tristeza del maestro se desvaneció. En su lugar, sintió con

alivio—. Os doy las gracias, grandes conservadoras.

Rohana sintió que el maestro volvía a sus quehaceres. Esas nuevas filosofías eran un desafío constante para él, pero aun así se mantenía firme. Su lealtad hacia la tradición jamás flaqueaba.

—Todos los primogénitos podrían aprender de su ejemplo —dijo a sus hermanas. Pero sentía preocupación. No siempre costarles caro.

* * *

Shantira se comunicó con una docena de forjadores de fase durante más de un mes. Se sentaron delante de ella, sumergiéndose absortos en sus interminables recuerdos de maestros antiguos. No había ninguna gran crisis que resolver. Simplemente, les gustaba aprender. Y a Shantira le encantaba enseñar.

Rohana y Orlana la dejaron en paz. Pero Shantira se quedó un tanto preocupada tras la marcha de los forjadores de fase.

—Puede que hayan dado con la respuesta a nuestra pregunta sobre las arcas —dijo.

Eso atrajo la atención de sus hermanas. Se aislaron de sus peticionarios.

—Habla, hermana. Te escuchamos —dijo Rohana.

Shantira trató de ordenar sus pensamientos. Era evidente que estaba frustrada.

—La respuesta estaba ahí. Lo sé. ¿Por qué no consigo alcanzarla?

Alzo la vista con desesperación.

—Tenía la respuesta, y ahora la he perdido. No lo entiendo.

—Comienza desde el principio —le rogó Orlana—. Te ayudaremos a encontrarla.

Los forjadores de fase se habían visto atraídos por los recuerdos de los legendarios inventores de la casta khalai. Ciertos avances habían sido posibles solo gracias a que mentes más elevadas se habían atrevido a cuestionar la sabiduría convencional. Eso había sucedido recientemente: un forjador de fase que aún vivía había desarrollado un sistema rápido de teletransporte para naves nodrizas. Esta original técnica permitía que la nave nodriza «invocara en masa» a las fuerzas cercanas y las pusiera a salvo, escapando así al instante de situaciones letales. Eliminaba de un plumazo el peligro de que se repitiera un incidente como el que se había cobrado dos naves nodrizas casi once siglos atrás.

Shantira interrumpió su explicación. Se hizo el silencio. Su frustración creció de nuevo.

—Está aquí. Hay algo aquí nadando en el Khala y *no consigo encontrarlo*. ¿Por qué la respuesta me elude *intencionadamente*?

Por supuesto, no era el caso.

—La destrucción de esas naves nodrizas fue un momento caótico. Es difícil analizar tantos recuerdos rápidamente —dijo Orlana.

—No es eso. —Shantira hizo una mueca—. Es como si hubiera una criatura

dentro del Khala que no quiere que conozca la respuesta.

Todas sabían que no existía semejante criatura, pero eso era irrelevante.

—¿Dónde está la mentira, Shantira? ¿En los recuerdos de los tripulantes de la nave nodriza o en un pasado aún más lejano? —preguntó Rohana.

—En un pasado más lejano. Mucho más lejano. —Sus ojos se abrieron de repente—. Khas. Eso es. El gran Khas.

Era un nombre que todos los protoss conocían. Khas, aquel que unió por primera vez a las tribus en guerra vinculándolas a través del Khala. Sin él, la raza entera se habría destruido a sí misma en una guerra civil.

—¿Por qué buscaban los forjadores de fase los recuerdos de Khas? —preguntó Orlana.

—Él fue el primer y más duradero ejemplo de una mente elevada —respondió Shantira—. Vio una opción que nadie más había imaginado. Y de ese modo unificó nuestras emociones. Esa previsión es el rasgo que dio lugar a nuestros mayores descubrimientos y nos permitió viajar a las estrellas.

Su frustración vaciló y después se disipó.

—Esta es la respuesta. Hemos estado discutiendo sobre la necesidad de las naves arca para impedir la tragedia. Eso no es para lo que fueron creadas. No es así como Khas habría pensado. Khas no *impidió* la guerra civil, sino que permitió que sobreviviéramos a nuestra barbarie.

Las emociones de Orlana se enfriaron.

—Siempre habrá gente que siga a los insensatos —murmuró.

Rohana se volvió contra ella.

—Espero que no estés llamando insensato a Khas.

—No —dijo de forma brusca—. Él fue el único que no lo era. Hay algo que ocupa mis pensamientos desde hace años, hermanas. Un concepto sencillo: los primogénitos no son inmunes a las malas decisiones.

Orlana desechó la respuesta que sabía que se avecinaba. No era precisamente una revelación profunda; si los protoss no cometieran errores, no habría necesidad de grandes conservadores.

—Cuando mencionaste a Khas, solo pude pensar en lo que se vio obligado a enfrentar. —Cerró los ojos—. Una guerra iniciada por necios que se creían sabios. Creían que sus razones eran justas y condujeron a los suyos al matadero. Hacía falta un punto de vista radical para ver la verdad, y el Khala nos unió de una forma que ni siquiera un necio podía estropear. Llevas razón, Shantira. Hemos adoptado un enfoque equivocado en torno a la cuestión de las arcas.

Shantira se estaba echando atrás. Sentía claramente que esto era un salto de lógica.

—La guerra civil es improbable en esta época. Pero me estremezco al pensar en lo que ocurriría si las arcas se vieran involucradas.

Era un pensamiento verdaderamente aterrador.

—Orlana, no es eso lo que quieres decir, ¿no? —preguntó Rohana.

La incertidumbre se abrió paso entre las emociones de Orlana, no por su idea, sino por su percepción de los suyos.

—No puedo imaginar que los primogénitos se dividan de nuevo. Pero a lo largo de los siglos hemos visto cosas inquietantes, ¿no? Hemos estado pensando en las naves arca como en un baluarte contra los pequeños defectos.

—El desastre de las naves nodrizas —recordó Shantira.

—Sí. *Eso* es lo que temíamos. Un pequeño defecto capaz de destruir algo poderoso. Pero el Eón de Contienda no fue resultado de un pequeño defecto. Surgió a raíz de interminables conflictos menores que incluso obligaron a los Xel'Naga a abandonarnos.

Rohana vio adonde se dirigía Orlana y se sintió enferma. «No es el viento lo que hace caer el árbol, sino la descomposición invisible que devora sus raíces». Se rebeló contra las implicaciones. Tenía que hacerlo.

—Los protoss han dejado todo eso atrás, Orlana. El Khala y nuestras tradiciones jamás dejarán que nuestra arrogancia nos arrastre a semejantes profundidades. No es posible.

De pronto, Shantira irradió miedo.

—No, Rohana. No es solo posible: es seguro.

—¿Qué?

—En algún momento fallaremos. Lo haremos. Matemáticamente es irrefutable —dijo Shantira—. Soñamos con que el Imperio protoss durará toda la eternidad. Pero sabemos —y lo *sabemos*— que no podemos eliminar todos los defectos ocultos. Hemos estado pensando en la forma de enfrentarnos a las consecuencias de los desastres individuales. Pero no hemos pensado en la forma de enfrentarnos al día de la extinción de los primogénitos. Quizás lo provoquemos nosotros, o quizás lo haga el enemigo. Pero el día llegará.

El silencio reinó en la cámara durante largo tiempo. Cada hermana podía sentir el miedo y la duda en las emociones del resto.

Orlana habló primero. —Las arcas. Siguen siendo la solución.

—No estoy tan segura —replicó Shantira.

—Nos bastaría con un arca —siguió Orlana— para que nuestra civilización pudiera resistir a todo, incluso a la destrucción de todos los planetas de los primogénitos. Podría recorrer los espacios interestelares hasta encontrar un refugio en el que establecer nuestro nuevo hogar. No hemos considerado una situación tan catastrófica, pero el arca es más que capaz de hacer eso.

—Quizás —respondió Shantira sin convicción.

Rohana las escuchaba mientras luchaba contra las emociones que surgían en su interior. *Determinación. Frustración.* Pensar en la extinción como una certeza era irritante. «Debe de haber otra solución», pensó. «Este no puede ser nuestro destino».

Con un sobresalto se dio cuenta: «Eso es justo lo que pensaron los tripulantes de

las naves nodrizas».

Una nueva emoción, *desesperación*, la embargó de forma tan repentina que las hermanas enmudecieron.

—¿Rohana? —preguntó Orlana suavemente—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un momento, por favor —respondió Rohana—. Necesito un momento.

Esperaron. Rohana dejó de luchar contra sus emociones. Permitió que jugueteasen y crecieran dentro de ella. Sus hermanas estaban allí con ella, en el Khala, y su comprensión era como un soporte en medio de la confusión. Sobreviviría.

Pero no quería explicarlo. Acababa de idear una solución verdaderamente terrible, pero pronunciarla la haría responsable del desenlace. *Ira. Negación*. Tenía que haber otra forma.

No la había.

Rohana habló por fin.

—Hemos construido las naves arca demasiado pronto.

Sus hermanas la miraron esperando una explicación. Sintieron su angustia. Le molestaba tener que compartirla.

Rohana continuó.

—Llevas razón, Orlana. Una sola arca bastaría para que nuestra especie sobreviviera al fin de los tiempos. Pero ningún arca sobrevivirá, no importa cuántas construyamos —afirmó—. Cuando llegue el fin, ¿cuál será nuestra primera respuesta? Enviaremos un arca, todas las arcas que tengamos, para afrontarlo.

Rohana envió fugaces fragmentos de vidas pasadas a sus hermanas a través del Khala. Orgullosos guerreros que se enfrentaban a la muerte con valor. Todos ellos creían en la victoria a pesar de que se enfrentaban a adversidades insalvables. El orgullo era la mayor cualidad de los protoss y también su gran maldición.

—Los primogénitos no huirán jamás. Las arcas serán malgastadas porque los comandantes no contemplarán la posibilidad de una derrota hasta que sea demasiado tarde. *Hasta que la gravedad tenga un firme control y hayan cruzado el umbral*. Y cuando las arcas ardan en llamas, también lo harán las esperanzas de nuestra especie. Nuestra cultura, nuestro Imperio, nuestra gente... Todo arderá en llamas.

Shantira y Orlana reflexionaron sobre sus palabras. Rohana podía sentir las registrando sus recuerdos conservados en busca de algo que pudiera rebatirla. Deseó que tuvieran éxito.

Pero no fue así. Los protoss buscaban la gloria en la muerte cuando la victoria era imposible. Los primogénitos guerreros eran creyentes absolutos. En caso de que apareciera un enemigo indomable, nadie contemplaría la retirada en una nave arca, aun siendo la única opción.

—Rohana, puedo sentir tu angustia —dijo Orlana—. Tienes una solución en mente y te está causando dolor.

—Espero que haya otra forma —dijo Rohana, desesperada—. Espero, por todos nuestros antepasados, que encontréis un camino que no nos separe.

Sacudidas de sorpresa emanaron a través del Khala y aterrizaron sobre Rohana como golpes físicos.

—¿Qué podría separarnos? —preguntó Orlana.

Rohana se lo contó.

El análisis de su razonamiento les llevó días de discusiones y deliberaciones. Cuando hubieron terminado, solo quedaba una emoción. La emoción final.

Aceptación.

El Cónclave estaba impaciente. Después de tanto tiempo, escuchar por fin la respuesta a la pregunta de las naves arca sería una bendición. Pero las grandes conservadoras entraron en la cámara con aire sombrío. Su humor se contagió rápidamente a los presentes.

Y después las hermanas explicaron su razonamiento ilustrándolo con los recuerdos vívidos de otros.

—Son simples matemáticas y probabilidad —concluyó Shantira—. Llegará el día en que nada, ni siquiera un arca, pueda impedir la extinción.

Los miembros del Cónclave intercambiaron miradas. *Pánico. Aturdimiento.* Las emociones anteriores —*negación, obstinación*— habían sucumbido bajo el peso de incontables recuerdos conservados. Mardonis respondió por fin.

—Hay quien podría llamaros fatalistas —dijo.

—Sí, eso es justamente lo que somos en este momento —respondió Orlana sin alterarse.

Rohana hubo de contener un súbito ataque de regocijo. Esa emoción no era acorde con el tono de la reunión.

—Pero nuestras arcas son poderosas. ¿Por qué iban a fracasar? —preguntó Mardonis.

—Las desperdiciaremos —dijo Rohana—. Las usaríamos para prevenir tragedias a las que podemos sobrevivir. Podríamos sufrir la pérdida de mil naves nodrizas durante la exploración, y nuestra raza sobreviviría. Podríamos perder un millar de colonias y aún habría esperanza. Pero, como dijisteis hace mucho tiempo, esas arcas requieren una inversión extraordinaria. ¿Tenemos tres? Bien. Podemos conservarlas. Pero no necesitamos más.

Los miembros del Cónclave se quedaron con una de esas palabras: *conservar*. A nadie se le escapó el significado, no con tres grandes conservadoras de pie ante ellos.

—Tenéis un plan —dijo Mardonis.

—Así es.

—¿Conservar las arcas hasta el momento en que más las necesitemos?

—En efecto —respondió Rohana—. La *Lanza de Adun* no está destinada a seguir guiando a los colonos. Está destinada a alzarse cuando hayamos perdido toda esperanza, a transportar los vestigios de nuestras tradiciones y a contraatacar a lo que sea que quiera acabar con nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Mardonis.

—Debemos mantener las arcas a salvo. Deben ser accesibles. No debemos precipitarnos y lanzarlas antes de tiempo —dijo Rohana—. La solución más simple podría ser la mejor. Deberíamos enterrarlas con cuidado, e instalar mecanismos para enviarlas a las estrellas.

Los ancianos escucharon sus palabras. Ahora tenían que deliberar sobre ellas. Y lo hicieron repetidas veces en el transcurso de años y décadas. Las tres hermanas se prestaron a participar en todas las reuniones. Llevó mucho tiempo.

Al final, el Cónclave llegó a la misma conclusión que las grandes conservadoras. Y los ancianos ya habían comenzado a hacer planes.

—En esos días aciagos, necesitaremos un ejército. Podemos mantener a miles de soldados y tripulantes en estasis en esas naves —dijo un comandante alto templario. Hubo un murmullo generalizado de aprobación.

—Y también a nosotras —dijo Rohana.

Ahí estaba. Sus palabras silenciaron al Cónclave. El Khala vibró de sorpresa.

El umbral había sido traspasado. «Ya no hay marcha atrás», se dijo.

—Hay tres arcas —explicó Orlana—. Y nosotras somos tres.

—Cuando llegue el momento, harán falta consejo y perspectiva —dijo Shantira.

—Y —añadió Rohana— debemos conservar nuestra historia y nuestro legado.

Un judicator anciano de mirada penetrante se levantó.

—Cuando llegue el fin, imagino que será... increíblemente caótico. Es improbable que todas las arcas sobrevivan. Y es improbable que las tres lleguéis a despertar —advirtió.

Orlana sacudió la cabeza.

—Sí, es improbable.

—¿Y eso no cambia nada?

—Nada en absoluto —respondió Rohana—. Nuestro deber es conservar. Estamos listas. ¿Y vosotros?

* * *

Las tres naves arca fueron enterradas en Aiur. Fue una tarea monumental. Nadie había tratado de excavar jamás fosas de docenas de kilómetros de profundidad. Pero lo consiguieron.

Ahora, tres ciudades diferentes de Aiur tenían enormes andamiajes de lanzamiento enterrados bajo el suelo. En caso de desastre, las arcas podrían abandonar rápidamente el planeta.

Habían tenido años para prepararse para la estasis. Las grandes conservadoras habían confiado sus propios recuerdos a otros conservadores para evitar pérdida alguna, incluso si ninguna de ellas despertaba. Las hermanas habían permanecido juntas casi todo ese tiempo.

Pero ahora había llegado el momento de separarse. Las arcas se apagaron, sus

núcleos solares se atenuaron y solo las líneas de energía más débiles siguieron emitiendo pulsos a través de las salas de cápsulas de estasis.

Shantira entró en la *Orgullo de Altaris* sin mirar atrás. *Calma. Determinación. Aceptación.*

—Las cosas serán muy diferentes cuando despertemos —dijo.

Una hora más tarde, sucumbió a la estasis y desapareció del Khala.

Su ausencia desgarró el corazón de Rohana como si Shantira hubiera muerto. Orlana también sentía lo mismo.

—Ni siquiera tenemos el honor de conservar sus recuerdos —dijo con tristeza.

Un día después, Orlana llegó a la *Recuerdo de Nezin*. Se posó sobre el suelo y entró en su interior.

—Adiós, hermana —se despidió.

—Adiós.

Rohana permaneció inmóvil, ocultando sus emociones hasta que Orlana entró en estasis. Después, cayó de rodillas y lanzó un aullido a través del Khala.

Su dolor se abrió camino entre la tranquilidad de Aiur, horrorizando a todo el mundo. Como respuesta, recibió una oleada de comprensión, a pesar de que la población no sabía por qué lloraba. No sirvió de ayuda.

Los conservadores estudiaban el pasado, pero no podían adivinar el futuro. Entonces, ¿por qué a Rohana la consumía la certeza de que despertaría y sus hermanas no?

Imploró a sus antepasados con la esperanza de que la escucharan. «Dejad que muera yo, no ellas. Fue idea mía». Podría haberse precipitado a la estasis para hallar la paz en el sueño, pero no. Se negaba. Rohana no se escondería de su dolor; lo aceptaría de buen agrado. Cada cicatriz de su corazón sería un testamento a sus hermanas y al vínculo que compartían.

Si alguna vez despertaba, sería el fin de todas las cosas. Necesitaba estar preparada. Su mente se mantendría firme. Su propósito sería claro.

Cuando la agonía se desvaneció, solo quedó una última emoción. *Aceptación.*

Viajó sola hasta la *Lanza de Adun*. Todo estaba tranquilo. Cuando despertara —si es que lo hacía—, las cosas no serían así. Rohana levitó a través de la nave. Se detuvo unos instantes en las cámaras del consejo de guerra.

—Ocurrirá aquí.

Lo supo en ese momento. Aquí es donde el Comandante y ella se comunicarían para salvar a los suyos de la destrucción.

Rohana abandonó la zona del consejo de guerra y entró en las cámaras de estasis. En la oscuridad apenas podía discernir las miles y miles de cápsulas ocupadas. No les había costado encontrar voluntarios para el largo sueño. ¿Formar parte del último ejército de los primogénitos? ¿El último bastión de esperanza frente al desastre? La mayoría de los fanáticos solo podían soñar con semejante oportunidad. Incluso el maestro templario que había velado de forma diligente por el entrenamiento

tradicional se había presentado voluntario, decidido a asegurarse de que los guerreros de los últimos días estuvieran preparados.

Rohana entró en su cápsula de estasis. La puerta se cerró tras ella. Una suave y fresca neblina llenó la cápsula y la mente de Rohana comenzó a divagar. Se preguntó quién comandaría a los protoss cuando despertara. Se preguntó si estarían a la altura del desafío.

«Si no lo están... yo me encargaré de que lo estén. Adiós, hermanas».